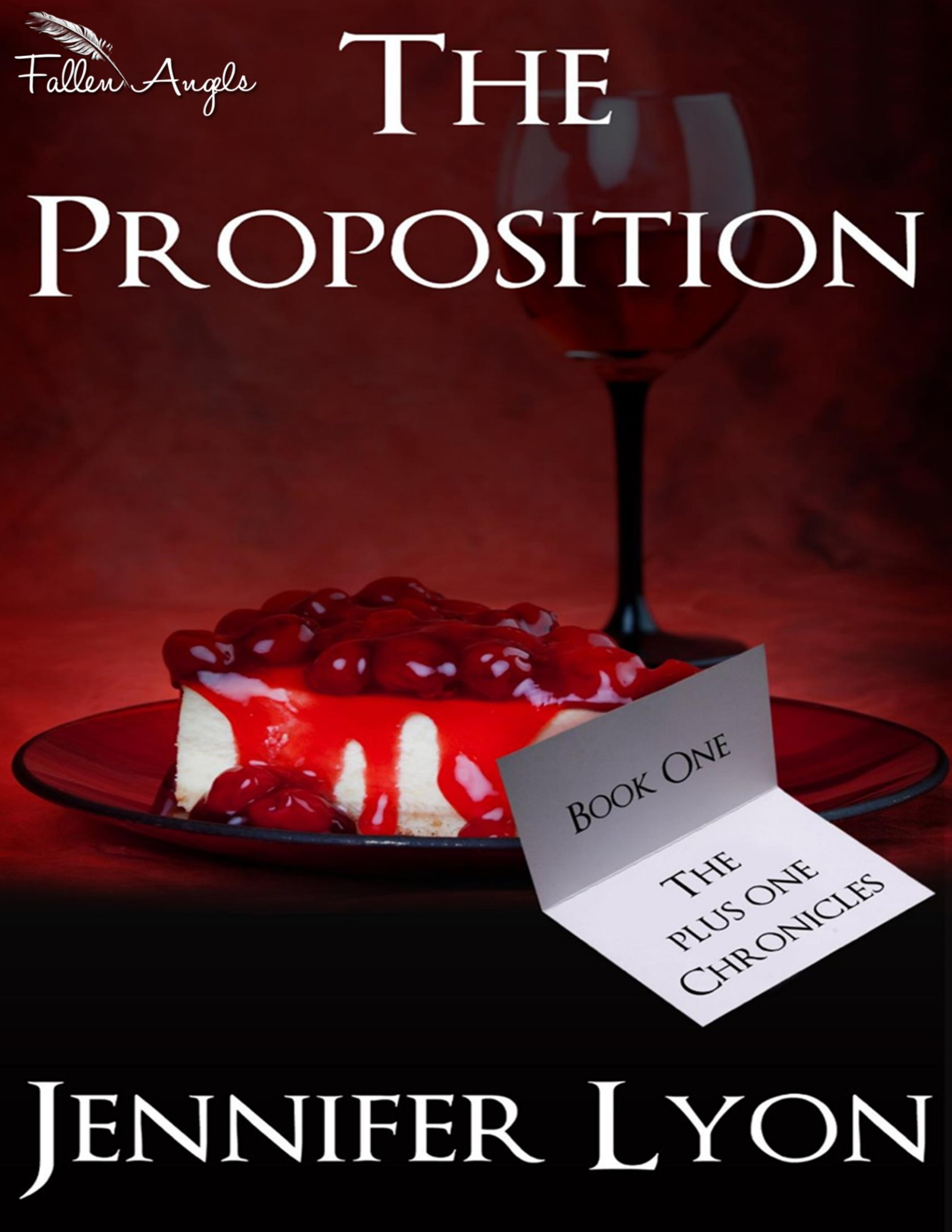
Fallen Angels

The Proposition



Jennifer Lyon

THE PROPOSITION

SAGA THE PLUS ONE CHRONICLE LIBRO 1

JENNIFER LYON



Fallen Angels

THE PROPOSITION

Jennifer Lyon

El presente documento tiene como finalidad impulsar la lectura hacia aquellas regiones de habla hispana en las cuales son escasas o nulas las publicaciones, cabe destacar que dicho documento fue elaborado sin fines de lucro, así que se le agradece a todas las colaboradoras que aportaron su esfuerzo, dedicación y admiración para con el libro original para sacar adelante este proyecto.



Fallen Angels

Créditos

Moderadora de Traducción
Lady_Eithne

Moderadora de Corrección
Lsgab38

Traductoras
Lady_Eithne
MaryJane
Savina
Dark Juliet
Andre.12
C_Kary
Lorena Tucholke
Jydaba34
Yayitaalen

Correctoras
Deyanira
Ingridshaik
Francatemartu
Samylinda
Pilar Wesc
Vickyra
Leluli
Elena89

Recopiladora
Lsgab38

Revisión final
Ilka

Diseñadora
Ivi04



Índice

Créditos....4
Sinopsis....6
Agradecimientos....8
Capítulo 1....10
Capítulo 2....17
Capítulo 3....27
Capítulo 4....42
Capítulo 5....57
Capítulo 6....69
Capítulo 7....80
Capítulo 8....89
Capítulo 9....100
Capítulo 10....114
Capítulo 11....123
Capítulo 12....131
Capítulo 13....145
Próximamente....159
Acerca del Autor....160



Sinopsis

El rico, sexy y volátil Sloane Michaels tiene unas intenciones oscuras que mantienen su corazón helado. Su extrema fortuna le dan el control que ansía y sus habilidades como antiguo luchador del campeonato de artes marciales mixtas le dan las herramientas que necesitará para extraer su venganza definitiva. Pero cuando la mujer que nunca creyó que vería de nuevo se cruza en su camino, Sloane queda atrapado entre la venganza que necesita y la conquista sexual que anhela.

Kat Thayne ha estado en modo de supervivencia durante seis años, escondiéndose detrás de las dulces creaciones para su confitería. Pero cuando un robo de coche al azar le lleva a estar cara a cara con sus miedos más oscuros y su fantasía más ardiente, Kat se ve forzada a salir del escondite y se le ofrece una proposición peligrosamente apasionada. Una que no sabe que no tiene la fuerza suficiente para rechazar.



A todos los que se niegan a rendirse. Seguid luchando y recordad que cuando la vida os da limones, podéis hacer pastelitos de limón.



Agradecimientos

Años atrás, escribí unos pocos capítulos acerca de una heroína a la que adoraba, pero la historia en sí misma no era correcta. Me frustré, incapaz de localizar el problema y finalmente tuve que continuar con otro proyecto. Aun así, Kat Thayne siempre permaneció conmigo, fuerte y viva, adelante con su ligera cojera. Era como una paciente obsesión esperando a que la viera de verdad y la entendiera.

Entonces mi hijo resultó herido en un extraño accidente y todo cambió en un instante. En esos largos meses de agonizante preocupación, ansiedad impotente y noches sin dormir mientras mi hijo se recuperaba, llegué a conocer a Kat íntimamente, sus luchas, alegrías, sueños y tristezas. Y conocí al hombre que lo cambiaría todo para ella, Sloane Michaels: Un hombre que la ve como lo hago yo, fuerte, segura, y sí, la vida le ha dado unas cuantas cicatrices, pero para él, le hacen, si cabe, aún más bella.

Definitivamente tenía que escribir la historia de Kat y Sloane. Pero todavía había mucho trabajo por hacer y a lo largo del camino, he tenido una tremenda cantidad de ayuda. Primero mi marido. Cada vez que las dudas trepaban por mi alma, él las ahuyentaba con su inquebrantable apoyo. También está mi resistente hijo que vive una nueva realidad con una fuerza y una elegancia que me asombra. Y sus dos hermanos que son como su padre, no se quejan ni lloriquean, simplemente hacen lo que es necesario. Estoy agradecida por mi familia todos y cada uno de los días.

Este libro no podría haber sido escrito sin mis amigas: Laura Wright, Marianne Donley, Maureen Child y Kate Carlisle. Estabais ahí desde el principio, siempre listas para leer páginas o el libro entero, para conspirar o simplemente escuchar. ¡Gracias!

Un enorme gracias a mi editora, Sasha Knight, por impulsarme a cavar profundo en la historia, y trabajar duro para limpiar mi escritura con su extraordinario talento y profesionalidad infalible. Este libro es mucho mejor por tu percepción y por tu implacable lápiz editor.



Finalmente a todos mis amigos/fans que son increíblemente comprensivos en mi necesidad de escribir esta saga incluso aunque es una nueva dirección para mí. Vuestra fe es modesta y al mismo tiempo, me inspira para trabajar más duro para que valga la pena. ¡Gracias!



Capítulo 1

Desconectando de la música y el ruido de la recepción de boda en pleno apogeo, Kat Thayne estudió su creación con ojo crítico. La tarta diseñada por encargo se elevaba en cinco increíbles niveles de crema de mantequilla blanca como la nieve y estaba adornado con flores de lavanda salteadas con cristales de Swarovski. Palomas de chocolate blanco portaban extravagantes cintas hechas con hilos de caramelo coloreado, que se envolvían alrededor de cada nivel. El efecto era suave aunque opulentamente romántico.

Determinada a asegurarse de que las fotos del corte de la tarta fueran matadoras, reemplazó algunas flores que empezaban a marchitarse por otras frescas.

—¿Está lista ya?

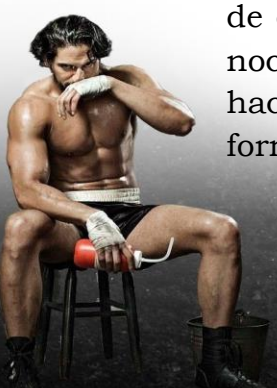
La voz impaciente del fotógrafo interrumpió su concentración. Le fulminó con una mirada.

—¿Te digo yo a ti como preparar tus fotos?

Él le dio un gruñido irritado pero mantuvo su boca cerrada hasta que ella cerró su kit de herramientas, agarró el asa y se apartó. Luego se puso rápidamente en acción, tratando la tarta como a una modelo de portada en traje de baño mientras probaba ángulos para las mejores tomas.

Kat instantáneamente le perdonó por su anterior agresividad. Trata a sus bebés de azúcar bien y ella pasará por alto casi todo.

Apartándose de su camino, se metió en uno de los muchos rincones que el Hotel California Opalescent de La Jolla (San Diego) ofrecía, e inspeccionó el salón de baile. El tema elegido por la novia, *Noches de Diamante*, había sido traído a la vida con rosas blancas y orquídeas drapeadas con metros de cintas de satén y espolvoreadas con cristales bellamente diseñados. La noche estaba representada con dramáticas luces lavanda derramándose hacia abajo desde el techo abovedado y resplandeciendo con cristales con forma de estrella.



Un escenario perfecto para la novia, con su vestido de tubo ajustado ribeteado con cristales cosidos a mano. Parecía estar disfrutando al máximo de la adoración de sus invitados.

Kat se estremeció mentalmente. La idea de ese tipo de atención apuntándole le hacía estar incomoda. Había nacido en el mundo de la opulencia y el privilegio, pero no encajaba en él y nunca lo había hecho realmente. El esfuerzo de intentar ser algo que no era casi le había destruido. Después de una brutal paliza seis años atrás…

No vayas ahí.

Estaba aquí para hacer un trabajo que le encantaba, no para revivir viejas memorias.

En lugar de eso, observó a los invitados, que estaban vestidos con trajes impresionantes y esmóquines que rivalizaban con el valor de su coche. Pululaban por allí, hablando y riendo mientras bebían champán Cristal. Los atuendos eran verdaderas obras de arte, y disfrutó estudiando las líneas de los vestidos, imaginando las filigranas y diseños que podría replicar en sus tartas.

Kat volvió su atención a la novia, que estaba rodeada por sus damas de honor con su tolerante novio siguiendo su estela detrás mientras se aproximaba a la tarta. Los invitados se reunieron. Oyó los susurros. Los elogios a su trabajo flotaban a su alrededor. Era el sonido más dulce y gratificante para Kat.

Luego una onda se desplazó a través de la multitud con un crepitar eléctrico.

Los invitados estiraron sus cuellos, mirando más allá de donde Kat estaba de pie parcialmente escondida por una columna envuelta en flores.

Incluso la novia se detuvo para escudriñar la nueva llegada.

Desde su resguardado lugar, Kat se concentró en ver que había causado la conmoción

En la entrada del salón de baile había un hombre de pie. Llegando al menos a los 195 cm de altura, se alzaba por encima de todos los del salón. Vestía un elegante esmoquin en color negro medianoche sin una mota de



color para suavizarlo. Incluso su camisa y corbata eran negras. Parecía la Muerte. Una Muerte muy sexy e intrigante.

La excitación empezó a revolver a la multitud, creciendo y bullendo. *Todo por un hombre*. Kat era inmune al encanto que era como un chisporroteo que siempre se apagaba y moría rápidamente. Pero era humana después de todo, estaba curiosa por el hombre que había dejado a los ricos y poderosos prácticamente vibrando. Se inclinó hacia fuera, saliendo de detrás del pilar para asegurarse de que no se perdía nada.

El recién llegado se movió calculadamente desde su pausa dramática en la entrada a un paso firme y ondulante. Para ser un hombre tan grande, se movía con sorprendente fluidez mientras pasaba abriéndose paso por las mesas y se acercaba a donde Kat estaba de pie. Cada ojo de la sala siguió su progreso.

Instintivamente, ella se echó atrás para escudarse en la esquina. El kit de herramientas que colgaba de su mano golpeó la pared con un ruido sordo. *Mierda*.

El hombre se deslizó hasta detenerse y dirigió una potente mirada directamente hacia ella.

Como chocolate mezclado con agua, ella se convirtió en una masa inmóvil. Sus ojos oscuros e intensos le desnudaron de su habitual sensación de fundirse con el fondo. Exponiéndole. Capturándole. Se emborrachó de toda su magnitud: pelo negro como un cuervo con ondas rebeldes, iris de abrasador color castaño iluminado por motas ámbar. Los ángulos de su rostro eran brutalmente cuadrados. Incluso su barbilla era severa, como acantilados escabrosos, escarbados por la experiencia.

Le picaban las manos deseando trazar la salvaje belleza de su rostro, memorizar esas líneas despiadadas y recrearlas luego en una de sus tartas.

Oyó su propio latido en los oídos. Su piel hormigueaba, el vello de sus brazos erizándose en una reacción eléctrica.

Maldición, no era tan inmune como pensaba.



Kat interrumpió su mirada forzándose a apartarla, determinada a recuperar el control. No había tenido ese tipo de reacción por un hombre desde… bueno…

Jamás.

Reflexivamente, apretó los dedos de su mano izquierda alrededor del asa de plástico de su kit de herramientas y se armó de valor para combatir esta extraña atracción que chispeaba en su interior. Ella no tenía citas. No podía. *No mires. Seguirá andando. Sólo soy una sirvienta. No mires*. Se concentró en la tarta. Su creación. Eso parecía ayudar.

Excepto que su visión periférica funcionaba perfectamente bien. El hombre giró a la izquierda.

Estaba viniendo hacia ella.

Cada ojo en la sala se movió con él y aterrizó en ella. *Oh, mierda.* Mientras la concentración estuviera en sus pasteles, o galletas, o incluso en su negocio en general, ella estaba bien.

Firme.

Totalmente en control.

El escrutinio de él abrasó su piel, creando una sensación de híper consciencia, el control se fundió hasta formar un charco de nervios y preocupación. Sofocando la urgencia de salir corriendo, reunió su fuerza de voluntad y le encaró.

Él estaba a unos pocos metros de distancia, aproximándose a ella, atrapándole en el rincón que sólo unos minutos atrás había sido su refugio. Mientras él estudiaba sus rasgos con una concentración singular, se sintió como si su cuerpo fuera su prisión. Inhaló aire, desesperada por el oxígeno tranquilizador.

En lugar de eso, la esencia a jabón y a algo oscuro y totalmente masculino le provocó.

Intentó comprender qué quería de ella. A su alrededor, impresionantes mujeres bien peinadas y vistiendo magníficos vestidos y joyas llenaban el salón, haciéndole ser intensamente consciente de su pelo castaño con



mechas lavanda que estaba recogido hacia atrás en una sencilla cola de caballo, su camiseta y pantalones negros cubiertos con su delantal de trabajo. ¿Así que por qué estaba centrado en ella?

Se paró justo delante de ella, y Kat lucho desesperadamente por una sensación de calma que simplemente no llegaba.

Relajando los músculos, demasiado tensos, de su garganta, pregunto:

—¿Hay algo en lo que pueda ayudarle? —Esperaba que eso sonara distante para él, porque para ella sonó débil y crispado.

Su mirada trazó un sendero pausado sobre su rostro, bajando por su garganta y todo el camino hacia abajo hasta sus zapatos deportivos.

Se sintió como si estuviera arrancándole la ropa visualmente. Kat tiró de su kit de herramientas hacia arriba y envolvió sus brazos alrededor de él para conseguir que hubiera algo sólido entre ellos.

Levantando sus cejas, él preguntó:

—¿Te conozco?

Su voz tenía un deje aterciopelado y sus palabras le sorprendieron completamente. No podía imaginar haberle conocido y haberlo olvidado. Algunas cosas podían haber sido barridas de su memoria, ¿pero él? Nadie podría haber olvidado a un hombre tan vital. En esta proximidad, vio una cicatriz cortando su ceja izquierda y otra enmarcando el lado izquierdo de su boca. No era clásicamente guapo, sino más bien salvajemente bello.

¡Contéstale!

—No.

Bajando su barbilla ligeramente, le observó bajo sus cejas arqueadas.

—¿Y si quiero conocerte?

Un calor traidor surgió en su vientre. Lo hizo apagarse clavándose la esquina del kit en el hueso de la cadera. Ese agudo dolor golpeó su cerebro para que actuase. Él tenía que estar divirtiéndose a costa del servicio. Era la única explicación en la que podía pensar.



—¿Necesita una docena de galletas? ¿Un pastel? ¿Quizás un brownie de emergencia?

Arrugas se escarbaron en las comisuras de sus ojos.

—¿Qué tipo de emergencia requiere un brownie?

Ella levantó una mano en un gesto descuidado.

—Oh, lo habitual. Rupturas. Familia política que llega inesperadamente. El siempre popular "lidiar con el capullo del jefe". Quedarte sin vino. Y el clásico… —Se fue apagando, diciéndose a sí misma que no lo hiciera. Que se callara.

El desafío chispeó en sus ojos.

—Vamos, no seas tímida. Debo saber la clásica emergencia que requiere un brownie.

No lo digas. Pero su boca ya se estaba moviendo.

—S.P.M.[1] o, para los no informados: Síndrome de la Presión del Macho.

Los segundos se alargaron.

Kat era brutal y enfermizamente consciente de que había ido demasiado lejos. Con un hombre que era claramente poderoso. Confiado. Y totalmente concentrado en ella. Su estómago se revolvió y el kit se deslizó de sus manos de repente sudorosas. Apretó su agarre y simplemente esperó.

La comisura izquierda de su boca se levantó.

—¿Tienes algún dulce en particular para un hombre sufriendo un cruel rechazo de una preciosa pastelera?

Por el espacio de un latido, todo desapareció excepto el hombre frente a ella. Como si ellos fueran las dos únicas personas de la habitación.

Alguien se aclaró la garganta.



[1] **S.P.M**. significa Síndrome Pre-Menstrual. En el original hace un juego de palabras con las siglas P.M.S. de Pre Menstrual Syndrome y Pushy Male Syndrome, que literalmente significa Síndrome del Macho Agresivo. Aquí se traduce como Síndrome de la Presión del Macho para mantener las siglas.

La realidad rompió la extraña niebla de su cerebro que le hacía creer estúpidamente en cumplidos falsos. Pero Kat sabía más que eso, estaba simplemente jugando con ella como algún tipo de entretenimiento. Era hora de terminar esto. Ahora. Bajó su kit de herramientas y caminó hasta su lado. Ignorando la opresión en su pecho, miró hacia arriba.

Justo a su cara. Él la observaba como si fuera su presa.

Recordándose que estaba perfectamente segura en una sala abarrotada de gente, canalizó una falsa confianza en su respuesta.

—Se me han acabado. ¿Quizás deberías probar en el bar local? —Sin esperar su respuesta, se dirigió a la puerta hacia la cocina del hotel.

El peso de cada ojo del salón de baile pinchó sus terminaciones nerviosas. Incluyendo los de él. Especialmente los de él. Esa mirada recorrió su espalda desde sus omoplatos a su culo, dejando un rastro de escalofríos comprimidos en una mezcla de deseo y miedo.



Capítulo 2

Kat abrió la puerta de la cocina del hotel, cruzó y dejó escapar un suspiro de alivio. Se había escapado del hombre misterioso poderosamente atractivo relativamente indemne.

Antes de que pudiera recuperarse totalmente, una nueva voz le llamó la atención.

—Felicidades, —cantó Kellen Reynolds mientras le quitaba la caja de herramientas— Sabía que podrías sacar esto adelante. Y todas las imágenes de los medios de comunicación traerán a la panadería Sugar Dancer más clientes. —Sus ojos color avellana brillaban, y luego se apagaron— Hey, ¿qué pasa?

Kat se dio cuenta de que estaba allí de pie, sintiendo todavía la quemadura de su encuentro ardiendo dentro de ella. —No lo sé. —En un estado extrañamente adormecido, notó que Kellen era casi lo contrario del hombre en el salón de baile. Dónde había sido oscuro y áspero, Kellen era rubio y suave. Sus construcciones eran completamente opuestas también. El hombre oscuro era grande y muscular, aun en un traje, mientras que Kellen era más bajo y magro.

—¿Estás bien?

Se recuperó. —Sí, claro. Era… extraño. —De todas las mujeres en la sala, ¿por qué se había centrado en ella? ¿Y quién era él?

—Explica. —La preocupación bordeó su tono.

—No hay nada malo. —Le tranquilizó. Entonces Kat lanzó la historia de la entrada dramática del rico chico.

Los hombros de Kellen se relajaron. Cruzó la gran cocina industrial a un fregadero de acero inoxidable y dejó la caja de herramientas en la barra cerca. Otros trabajadores se apresuraron a salir llevando jarras de café y jarras de agua. Estaban demasiado ocupados con sus obligaciones para prestar atención a Kat y Kellen.



Ya sintiéndose más estable simplemente al estar cerca de su mejor amigo y compañero de cuarto, se acercó a él. Con cuidado de no tropezar con la alfombra de color negro con su pierna mala, se quitó el reloj y terminó de explicar su encuentro con el hombre dinámico.

—Tal vez es uno de esos ejecutivos pomposos a los que les gusta usar su poder para obligar a los asistentes a tener relaciones sexuales con él.

Kat dudaba de ello, sin embargo, llevaba el poder con demasiada facilidad.

Kellen le entregó la bolsa de hielo utilizado, acopladores y pinzas. —O tal vez está interesado en ti.

Tomó las cosas y se rió. —No estoy interesada en él.

—Mentirosa.

¿Cómo podía desear tocarle y temerle al mismo tiempo? Maldición, era un desastre. Pero Kat no iba allí. —Olvídalo. —Levantó la barbilla y forzó una sonrisa— Mi pastel fue una obra maestra. Totalmente genial. —A pesar de que fue eclipsado por la entrada espectacular del misterioso hombre.

Kellen mostró sus hoyuelos. —Como sabía que lo haría, Kit Kat. Por cierto, llevé el auto al callejón. Tan pronto como limpiemos esto último, estamos listos para irnos.

Hundiendo las manos en el agua jabonosa, lavó cuidadosamente cada grieta de sus utensilios de decoración. —Gracias, Kel.

Kellen cogió una toalla y comenzó a secarse. —Vi la invitación para la fiesta de compromiso de tu hermano en la guantera. Es para dos.

Levantó la cabeza. —¿Qué estabas haciendo en mi guantera?

—Asegurándome de que tú seguro estaba al día.

Ella parpadeó ante su mentira inexpresiva. —¿Y lo estaba?

Mostró su sonrisa cautivadora. —Mentira, estaba curioseando. Comprobándote. Entonces, ¿qué pasa con el acompañante? ¿Tengo que marcar mi calendario?

La ansiedad quemó su estomago, enojándola. Había comprobado automáticamente el acompañante porque no quería ir sola. No era sólo su



familia, aunque por más que Kat se había alejado de ellos en los últimos años, más trataban de controlarla. Pero su verdadero problema era que su ex novio estaría allí.

—Tengo que ir, —se recordó con firmeza. No había muchas excusas aceptables para faltar a la fiesta de compromiso de su hermano.

—¿Así que soy el acompañante?

Estremeciéndose, respondió: —Tu estado de acompañante ya está ocupado ¿Recuerdas a Diego? ¿El tipo con el que ibas a comprar una casa?

Hizo un gesto ante eso. —A Big D no le importa, siempre y cuando le lleve algunas de tus galletas. —Poniéndose serio, añadió:— Siempre estoy libre para ti, Kat, sobre todo para las noches de las relaciones con la familia y ex novios.

Normalmente habría aprovechado la oferta. Quería saltarle encima. Tener a Kellen a su lado era tan fácil y siempre le hacía sentirse protegida. Era un escudo que le permitía conservar el espacio que necesitaba para respirar. Pero últimamente, estaba tratando de romper su dependencia de él. Tenía que hacerlo. Su mejor amigo se mudaba de su condominio, tan pronto como él y la casa de Diego estuvieran listos.

—¿Sabes qué? Creo que voy a pasar. Si vas puedes encontrar una manera de llegar a la casa y buscar la habitación en la que crecí y satisfacer tu necesidad compulsiva de espiar. —Enjuagó la última de sus herramientas, se las entregó para que las secara y añadió— Pero aprecio mucho la oferta y por ayudarme esta noche.

Sonrió. —Es un placer. Sabes que me encanta cuando me debes.

—Sí, lo creo. Al igual que sé lo que estabas husmeando en la guantera. —Ella golpeó ligeramente su brazo—. Pero no está allí, ni en ningún lugar donde lo encontrarás. No te mostraré el diseño de la tarta de la fiesta de inauguración. —Había estado trabajando en ello desde que él y Diego habían hecho la oferta en el lugar. Cuando no podía dormir, lo dibujaba, queriendo verter su amor por esos dos hombres en esa creación. Había vivido con Kellen durante cinco años. Ahora se estaba graduando de su doctorado en terapia física y la compra de una casa con su amante.



Ella se esforzó por guardar su humor y sus temores de estar sola y los empujó en el fondo.

Después de secarse las manos, se quitó el delantal de la Panadería Sugar Dancer y negó con la cabeza. —Vas a ver el pastel en la casa el día de la fiesta.

—Estás mintiendo, —se quejó, cerrando y asegurando la caja de herramientas.— Tal vez Diego y yo tenemos una sugerencia para el pastel. Es nuestra fiesta.

Cambió su peso, tratando de aliviar el dolor en su pierna derecha mientras escaneaba la gran cocina del local por cualquier cosa que se hubiera perdido. Todas sus herramientas estaban apiladas. Los camareros se harían cargo de las sobras y los platos. Ella oficialmente había terminado.

En cuanto a Kellen, rodó los ojos. —Tal vez eres un fanático del control entrometido. Diego confía en mí. —Lo cual era la otra razón por la que estaba decidida a dejar de depender tanto de Kellen. Los dos hombres estaban construyendo una vida juntos. Kat era una tercera rueda.

—Diego es un cachorro de zorra en toda regla por tus galletas. Eso es totalmente injusto. —Levantó el kit de viaje— Vamos a casa y a celebrar tu éxito con una copa de vino.

—Hablando de vergüenza. —Ella agarró sus llaves y el monedero de la encimera y manteniendo la mueca de su cara mientras se movía a su lado— Estás tratando de emborracharme para mirar mis bocetos.

—Un vaso de vino junto con un masaje de piernas y me darás lo que quiera. —Abrió la puerta y le sonrió— Eres tan fácil.

—Muérdeme. —Kat salió hacia su Hyundai verde claro Santa Fe SUV y abrió las cerraduras. Mientras Kellen guardaba la caja en la parte de atrás, ella abrió la puerta del lado del conductor y se dio cuenta de su muñeca desnuda—. Mierda. He olvidado el reloj. —Ella se giró para regresar y agarrarlo del mostrador donde lo había dejado al lavar sus herramientas.



—Yo lo haré. —Kellen cerró la parte de atrás de la camioneta, caminó hacia la puerta de la cocina y desapareció a través de ella.

Subió, tiró el bolso en el asiento trasero mientras se aferraba a sus llaves y llegaba a la puerta.

Fue arrancada de su asiento. Las llaves se deslizaron de su otra mano.

Ella giró la cabeza, esperando a Kellen.

En cambio, la luz de seguridad reveló a dos hombres vestidos con camisas oscuras y amenaza pura. Uno de pie, tan cerca que la atrapó en el auto. El otro estaba a pocos metros de distancia, con la cabeza girando de ida y vuelta como un perro de caza en ataque a un objetivo.

Sus labios y sus dedos quedaron insensibles. Sudor frío rodaba en su piel. Un rugido se construyó en sus oídos y todo a su alrededor se difuminaba. Gris.

El hombre disparó su mano, atrapando su cola de caballo y tirando de ella hacia él.

Sus dedos se cerraron alrededor del volante. No podía moverse para luchar, de nuevo. El miedo paralizó sus músculos de una manera demasiado familiar.

Oh Dios. ¿Voy a morir esta vez?

—¡Fuera, perra! —Él tiró con más fuerza, en serio arrastrándola fuera del coche por su pelo.

El otro chico se acercó a ellos. Algo brilló en su mano.

Antes de que pudiera identificar el objeto, la puerta de la cocina se abrió de golpe y los ciento setenta y siete centímetros de Kellen aparecieron allí. Su rostro pasó de la confusión a la furia en un instante.

El segundo hombre levantó su brazo, y Kat vio exactamente lo que estaba en su mano. *Un cuchillo.* El horror explotó. Luchó para moverse, gritando. Para advertir a Kellen.

Sin embargo, un ataque de pánico enfrió su control muscular. Atenuando los bordes de su visión.

Kellen se abalanzó hacia ella.



El segundo hombre se dio la vuelta y hundió el cuchillo en él. El rostro de Kellen se retorció.

Su boca se abrió. No salió nada. Sus piernas se derrumbaron y cayeron en un charco flojo de las extremidades.

Un grito llenó la cabeza de Kat, pero se quedó atrapado en su garganta.

Su atacante le cogió por los brazos, tirando de sus manos entumecidas del volante y la tiró al suelo.

Kat golpeó el asfalto en sus manos y rodillas. Con la cabeza gacha, luchó por llevar aire a sus pulmones. Luchó por la necesidad de bajar y acurrucarse en una pelota.

Kellen. Tenía que llegar a él.

—¡Vamos! —El de su auto gritó.

Las piernas del hombre con cuchillo atacaron su costado y la parte trasera del coche.

Forzando más aire dentro y fuera, sintió los pinchazos de sensibilidad en los dedos. Levantando una mano, la movió hacia delante y golpeó hacia abajo delante de ella. A continuación, una rodilla. Ella se arrastró con determinación por el asfalto mientras miraba a Kellen tendido en el suelo con sangre oscureciendo el área de su abdomen y pecho superior.

—Voy por las llaves de la perra.

Kat se arriesgó a mirar hacia la voz. El matón se empujó del asiento del conductor.

Oh, mierda, dejó caer las llaves. El terror se apoderó de su garganta. Ellos la matarían y a Kellen si no hacía algo.

La puerta de la cocina se abrió de golpe. Desesperada por ayuda, Kat torció la cabeza.

Él. El hombre que había llegado tarde a la recepción. Su dura mirada captó la escena, pasando de intensa a haciendo estragos en un solo parpadeo. Sus pómulos resaltaban, sus ojos brillaban. Chasqueó en



acción, arrancando su abrigo y lo arrojó a ella. —Haz presión sobre la herida. Llama al 911.

Su abrigo golpeándola fue como un jarro de agua helada, aclarando su confusión. Kat lo tomó y salió disparada hacia adelante, llegando al lado de Kellen.

Su camisa estaba empapada de sangre.

Sus labios comenzaron a entumecerse de nuevo. ¡No! Tiró de la camiseta de Kellen para ver cuán malo era.

Su estómago se revolvió. Tragó saliva y apretó el abrigo en el corte. Tomó todo su esfuerzo obligar las palabras. —Vas a estar bien.

Su expresión era tensa por el dolor. Pálido. El pánico dilataba sus pupilas. —No puedo.

—¿Qué? —Se inclinó hacia delante.

—Respirar —susurró.

Oh Dios. Tenía que hacer algo. Entonces se acordó de las órdenes de su salvador. Mantener presión sobre la herida, registró los bolsillos de Kel, encontró su teléfono y marcó al 911 con una mano.

Miró al hombre que había salido y tomado el control, y el teléfono casi se le escapó de la mano. Estaba agachado, con el cuerpo bajo, frente al hombre con el cuchillo.

El otro, el hombre que le había atacado, estaba en el suelo. No se estaba moviendo.

—911 ¿cuál es su emergencia? —dijo una voz en el teléfono.

Kat se obligó a responder con calma. —Estamos siendo atacados. Un hombre apuñalado en el abdomen superior y la parte inferior del pecho. No puede respirar. Otro hombre está tratando de quitarle el cuchillo a un atacante. ¡Dense prisa! —Dejó caer el teléfono—. La ayuda viene, —le aseguró a Kellen— Respira conmigo. Inhala, lento y fácil. Uno, dos... —Trabajó con él, desesperado por mantener su respiración.

Al oír un gruñido detrás de ella, Kat estiró su cabeza alrededor.



El tipo del cuchillo en mano atacó a su salvador.

El hombre pasó en un borrón, cogió el brazo del atacante. Lo torció.

Kat oyó el sonido de un chasquido del hueso. *Lo. Oyó.* Entonces el tipo gritó.

La bilis se disparó a su garganta. Se obligó a apartarse de Kellen. Sus ojos frenéticos le pedían ayuda. —Deja que entre aire, uno, dos… —Agarró su mano, dispuesta a que estuviera bien. Oró en silencio y se mantuvo respirando con él, a través de los sonidos de las sirenas y el caos y voces hablándole. Ninguno de ellos le importaba, sólo mantener a Kellen respirando.

Vivo.

—Señora, nosotros nos encargaremos de él.

Se dio cuenta de que la mujer hablando con ella era un paramédico. Su pareja ya estaba trabajando en Kellen. —No puede respirar. —No podía dejarlo.

Alguien se agachó a su lado. —Ellos pueden ayudarle a respirar.

Kat levantó la cabeza y el pecho se le retorció por la magnitud de él. Su rescatador se agachó junto a ella, demasiado cerca. Demasiado grande. Ejerciendo el control.

Mientras que sus entrañas se agitaban como el ciclo de agitación de una lavadora.

—¿Quién eres tú?

—Sloane Michaels. ¿Cuál es tu nombre?

—Kat Thayne.

Algo brilló en su rostro, y luego desapareció. Tendió las dos manos hacia ella. —Deja que te ayude, Kat.

Haciendo caso omiso de sus manos extendidas, se volvió hacia Kellen. Los paramédicos arrancaban paquetes de plástico, estableciendo una vía intravenosa y haciendo varias cosas con eficacia rápida. Pero Kellen no se movía. ¿Por qué no se movía?



—No, mírame. —Sloane le cogió por los brazos, levantándole.

Lejos de Kellen. Ira rugió en su cabeza. Ella apretó contra su agarre en sus brazos. —Suéltame.

Al instante, la soltó, pero mantuvo las manos en alto y sobre sus hombros sin llegar a tocarla. —Es necesario comprender que están trabajando para estabilizarle. No puedes entrometerte.

Tenía razón, pero el miedo estaba inundándola, tratando de ahogar sus pulmones en pesado, cieno verde fangoso. Podía saborear el lodo rancio en su boca. Él no podía morir. El corazón le latía frenéticamente en el barro espeso.

—Háblame —dijo Sloane suavemente— Dime su nombre.

Poco a poco, se dio cuenta de que su rostro estaba tan cerca que podía ver la cicatriz de su boca. Sus ojos café claro ardían con autoridad. —Kellen — se las arregló para decir.

—Bien. —Asintió ligeramente mientras mantenía sus manos cerca de sus brazos.

No le estaba tocando, pero si intentaba ponerse en el camino, él la detendría. No podía decidir cómo se sentía al respecto.

—¿Es Kellen tu esposo? ¿Novio? —preguntó.

La palabra novio saltó en su cabeza por un segundo. Algo importante. Un segundo después, la golpeó. —Tengo que llamar a Diego. Su novio. Están comprando una casa juntos. Él no puede morir. —¿Por qué estaba diciéndole esto? No importaba. En ese momento, Kat era la única aquí que sabía de Kellen. Tenía que ponerse bajo control y ayudar. Usando el atajo del dolor, se mordió el interior de la boca para ayudar a despejar su mente.

Sloane apartó la mirada de ella, luego de regreso. —Le tienen estabilizado. —Bajó sus manos.

Kat tomó aire y se fue a donde estaban cargando a Kellen en una camilla, preparándose para transportarle.

Las luces rojas y azules echaban un resplandor misterioso sobre su piel pálida enfermiza, pero respiraba. Gracias a Dios todavía respiraba.



Ella se acercó más. —Me voy con él —dijo a los paramédicos.

La mujer negó con la cabeza. —No podemos permitir eso. Puede encontrarse con él en el hospital. —Ajustando la camilla hacia arriba, empezaron a levantar a Kel en la ambulancia.

Kat no recordaba su propio viaje al hospital, pero recordó despertar bajo el resplandor de las luces, gente que no conocía gritándole, preguntando su nombre, qué día era...

Y el dolor.

Oh Cristo, el dolor. Y el miedo, ya que había estado rodeada de rostros extraños y no sabía lo que le había sucedido.

No dejaría que Kellen pasara por eso solo.

Extendiendo la mano, agarró la mano de Kellen, apretándola para hacerle saber que estaba allí. Miró a la mujer. —Me voy con él.



Capítulo 3

Kat se sentó en una silla incómoda, con la pierna izquierda doblada y los brazos envueltos alrededor de su rodilla. Alguna comedia con una pista de la risa del infierno estaba en el televisor montado en la parte alta. Trató de bloquear las otras cuatro personas en la sala de espera de urgencias del hospital, una con sangre que goteaba de una herida en la cabeza.

Miró de reojo las paredes de color beige y plantas falsas, esperando a perder la cordura.

Kat mantuvo la mirada en su pie y trabajó en el diseño de la tarta en su cabeza.

Haría un pastel para Kellen y la inauguración de la casa de Diego. Haría ese maldito pastel. Y todo el mundo iba a vivir jodidamente felices para siempre, después.

A menos que perdiera su cordura. Aquí mismo, en la sala de espera.

Liberando su pierna, dejó caer su pie en el suelo y se levantó. No podía sentarse. No podía esperar. Tenía que hacer algo. Ellos no le dejaban entrar en la sala de cuidados intensivos. Diego podría entrar mostrando la tarjeta de médico, pero no estaba allí todavía. Había ido a visitar a sus padres y serían otros cuarenta minutos más o menos antes de su llegada. Kat tenía que saber lo que estaba sucediendo ahora. Tenía que saber que Kellen todavía estaba vivo.

Fue a la recepción.

—Quisiera comprobar de nuevo a Kellen Reynolds. Él tiene una herida de arma blanca en el pecho, en el área del abdomen superior.

La mujer cogió la taza que estaba en su escritorio.

—Señora, como ya he dicho hace diez minutos, no tengo ninguna información. Alguien estará con usted, lo más pronto posible, cuando tengan algo que decir.



Esto era una mierda. Kat estaba más cerca de Kellen que su propio hermano.

—Kat.

La voz, profunda y vibrante, llegó detrás de ella.

Giró alrededor, abrió los ojos.

—Sloane. —Tratando de procesarlo, le preguntó—: ¿Qué estás haciendo aquí?

—Traje tu bolso. Tu auto es parte de la escena del crimen, pero conseguí sacar esto… —levantó su bolso— …para ti.

Se había olvidado de él. Ni siquiera se le había ocurrido que no lo tenía.

—Tu teléfono, billetera y todo lo que hay en ella, a excepción de la llave del coche.

—Oh. Gracias. Estaba usando el teléfono de Kellen para realizar llamadas. —Se colgó su bolso sobre su cabeza y el hombro.

—¿Has visto al médico ya?

—¿Yo? —Había visto a demasiados médicos en los últimos años—. No necesito uno para mí. Pero no puedo obtener información sobre Kellen. —Se alejó de la mesa. De él. Intentando caminar para quitarse la ansiedad.

Pero ella no quería ir de nuevo a la caja que era la sala de espera, así que se apoyó contra una pared en el pasillo fuera de la misma y al otro lado de los baños.

—Muéstrame tus manos.

Sorprendida ante su demanda, miró hacia arriba. Y arriba.

Maldita sea, ¿qué tan alto era? Ella medía un metro setenta, y él se alzaba sobre ella, probablemente por veinticinco centímetros más o menos. Su abrigo se había ido. No tenía ni idea de lo que le había pasado a él después de que los paramédicos habían llegado y apoderado de la escena. Tenía la corbata, los botones superiores de su camisa negra desabrochados, revelando la fuerte columna de su garganta. Su mirada se sumergió, deslizándose por la nuez de Adán.



Demasiado íntimo.

Llevó su mirada hacia arriba, más allá de su fuerte mandíbula y se topó con los ojos.

—¿Qué?

—Tus manos. Tus manos fueron cortadas y están sangrando. Déjame ver.

Sorprendida, levantó las manos y puso la palma hacia arriba. Eh, estaba en lo correcto, estaban lastimadas y sucias. No hay duda sobre ser arrojada al suelo y arrastrada.

—Esto no es nada. —Había que lavarlas. Tenía quemaduras peor que esas en su vida diaria.

—Estás cojeando.

Dejó caer las manos. Ya era hora de poner fin a esto, lo que fuera.

—Sloane, gracias por esta noche. Por el rescate, por traer mi bolso. Pero puedo cuidar de mí misma. Es tarde, deberías irte a casa.

—Debería —murmuró, arrastrando una mano por el pelo oscuro y ondulado. Las hebras coqueteaban con el cuello de su camisa.

Ella descartó sus pensamientos sobre la forma en que su pelo apenas demasiado largo contrastaba con su exquisito traje a medida. La cautela se deslizó a lo largo de su columna vertebral. Sloane le había tocado esta noche. Incluso después de que la soltó, parecía crear un campo de fuerza alrededor de ella que de alguna manera le mantuvo anclada cuando había estado girando por el pánico.

Ya había visto de ella más de lo que le gustaba.

Se apartó de la pared, necesitaba poner algo de distancia entre ellos.

Él se movió, un cambio sutil que bordeaba su cuerpo en frente de ella. Luego levantó una mano, la puso en la pared por encima de su cabeza.

—Parece que tienes el hábito de correr, Kat Thayne. En el salón de baile y ahora.



Su piel se tensó. Los nervios se deslizaron. ¿Qué estaba haciendo? Él dominó todo el espacio, él y ella. Sosteniendo el bolso delante de su cuerpo como un escudo, respondió: —Parece que tienes la costumbre de salirte con la tuya. —Él le puso en el borde de una forma que no podía empezar a comprender.

—Rara vez pierdo una batalla de voluntades. —Bajó un poco la cabeza— Pero en este caso, propongo un consenso.

Estaba tan cerca, captó ese olor de nuevo, jabón y masculino. No se limitó a mirarla, sino que, le penetro, invadió, empujo lo suficientemente profundo para aprender todos sus secretos. La intensidad era demasiada. Kat cambió su línea de visión por encima del hombro. Agarró el bolso apretado.

—Tú eres implacable, ¿no es así? —No era como los demás hombres, tratándola como si fuera a romperse. O como si ya se hubiera roto.

Él no se movió, no dio marcha atrás un centímetro.

—Si tú te comprometes a consultar a un médico, te conseguiré una actualización de Kellen inmediatamente.

Ahora tenía su atención. Se olvidó de mantener las distancias.

—¿Puedes hacer eso?

Sacó su teléfono, lo desplazó y pulsó enviar, a la vez que se inclinaba sobre ella con su mano en la pared. Sus ojos cambiaron de color debajo de las luces del hospital, a un bronce cobrizo.

Poniendo el teléfono en la oreja, dijo:

—Hay un Kellen…

Levantó una ceja en pregunta silenciosa. Kat saltó ante la oportunidad de obtener información.

—Reynolds. Veintiséis años de edad.

Repitió eso.

—Herida de arma blanca en el pecho. Probable pulmón colapsado. Necesito una actualización. Voy a esperar mientras lo consigues.



Kat se estremeció al oír lo del *pulmón colapsado* a pesar de que lo había oído en la ambulancia. *Por favor, Dios, rezó*. Kellen había sufrido bastante, deja que esté bien.

El tiempo pasó mientras estaba allí debajo de su potente mirada, con el brazo estirado por encima de su cabeza. Segundos. Un minuto. Dos. Tres.

—Ya veo.

¿Qué le están diciendo? Kat se obligó a quedarse quieta y esperar, pero su impaciencia se le pegó en el cuello y los hombros.

—Lo tengo. —Asintió a Kat y continuó su conversación—: Voy a necesitar un médico para ver a una amiga mía, también. Parecen ser lesiones menores, pero quiero que la examinen de inmediato. —Terminó la llamada.

El corazón le latía con fuerza.

—¿Kellen?

Deslizó su teléfono en el bolsillo.

—Acordaste ver al médico primero.

Ella no había acordado nada.

—Sí, está bien. Dime, maldita sea.

La dura expresión se ablando, sus iris de color marrón claro asumieron motas ambarinas.

—Pequeña punción en el pulmón. Parece estar cerrado. Signos vitales fuertes, es joven y está en buena forma. Tienen la esperanza que no necesitará cirugía y piensan que va a salir adelante de esto. Las próximas horas son las más críticas.

Su garganta se espesó con gran alivio. Se apoyó contra la pared. Viviría. Se recuperaría. Podría decirle cuanto lo sentía por congelarse.

Por dejar que le apuñalaran.

Más tarde. En este momento, dijo: —Gracias.

—El doctor estará aquí en un minuto.



Era hora de establecer sus límites. —¿Sloane?

Él le miró. —¿Sí?

—Gracias. Voy a ver al doctor. —Ella estaba agradecida. Verdaderamente.

Él asintió.

Luego añadió: —Ahora mueve el brazo y sal de mi espacio.

* * * *

Horas más tarde, Kat estaba rígida y dolorida cuando se sentó a la cabecera de Kellen. Un poco después de la medianoche el médico había declarado a Kellen fuera de peligro y le trasladó a una habitación privada. Miró a Diego a su derecha, el Dr. Diego Sánchez, un pediatra que se parecía a un oso de peluche. Cabello lanudo castaño, ojos suaves, poderoso cuerpo y un espíritu afable. Normalmente tenía una sonrisa fácil, pero esta noche su cara estaba marcada con preocupación.

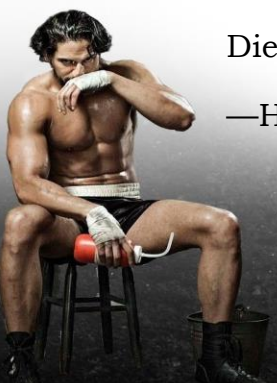
Un suave ronquido en la cama atrajo su atención a Kellen. Estaba agradecida de que durmiera. Su color era bueno, su respiración cada vez más fácil de conseguir. El descanso era exactamente lo que necesitaba.

Pero cada tic-tac del reloj en la pared amplificaba la necesidad de moverse, de hacer algo más para ayudar. Finalmente dijo: —¿Quieres un café? ¿Una lata de refresco? ¿Algo de comer?

Diego se limitó a sacudir la cabeza.

Su culpa se derramó.

—Me quedé helada. Ni siquiera podía gritar. —La imagen apareció otra vez en su cabeza— Vi el cuchillo. Si tan sólo le hubiera advertido, podría haber saltado de nuevo.



Diego colocó su mirada sombría sobre ella.

—Has pasado por suficiente esta noche sin añadir la culpabilidad inútil.

Cierto. Y esperaba ser eximida, era egoísta, cuando debía estar destruida por la lesión de Kellen. Jesús, ¿cuándo había llegado a ser tan patética? ¿Tan débil? Se recompuso y pensó en otra manera de ser útil.

—Voy a ir a casa y a recoger algunas cosas para Kellen. Puedo ir a tu casa también, recoger todo lo que necesites.

Diego le tomó la mano.

—Estamos listos para pasar la noche. Pero necesitas ir a casa y dormir. Tomate una pastilla para el dolor.

Ella negó con la cabeza.

—Estoy bien. Ese doctor que Sloane intimido para revisarme lo dijo. —Realmente no quería ir a casa. Sola. Asustada. Sola con su propia cabeza.

Sus ojos fueron al amable oso de peluche como un grizzly protector.

—Sé que caíste en tu pierna débil, cuando ese imbécil te sacó del coche. Estas lastimada. Vete a casa y toma la condenada pastilla para el dolor. Duerme. Trae las cosas de Kel mañana.

Ella hizo una mueca y contraatacó.

—Los pediatras no deben maldecir.

—Al diablo con eso, Kit Kat. Vete a casa.

Sintió un momento de respiro, como en su rutina normal, le dio una suave sonrisa. Diego podía maldecir como un marinero, pero tenía que asumir que él no lo hacía en el trabajo con los niños. Se levantó, se inclinó y le abrazó.

Luego se fue a la cama y besó la mejilla de Kellen. Apenas se movió. Ella resistió el impulso de quejarse por sus mantas o cepillarle el pelo hacia atrás. El descanso era lo que Kellen necesitaba para que su cuerpo pudiera hacer el trabajo duro de la curación. Parpadeó contra el aguijón de las lágrimas, volvió a su silla y recogió su bolso colgando de la parte trasera. Echando un vistazo a Diego, ella dijo:



—Puedo pasar por tu casa por la mañana si necesitas algo. Sólo mándame un texto. —Metió la mano en su bolso por las llaves del coche hasta recordar un pequeño detalle.

—Mierda, no tengo mi coche. —La policía lo tenía. Sloane le había dicho eso. Su mente vagó de nuevo a él, al hombre que había aparecido, rescatado y continuó ayudándole. Una vez que Kat vio al médico y el estado de Kellen siguió mejorando, Sloane finalmente le había dejado.

—Toma el mío.

—¿Qué? —Ella trató de arrastrar a su mente de nuevo a la conversación con Diego.

—Dije, puedes conducir mi coche a casa. —Diego le miró— ¿Estás tan cansada o distraída?

Había sido atrapada soñando despierta. Acerca de un hombre. Debía estar cansada.

—No me distraigo lo suficiente como para olvidar que no puedo conducir con transmisión manual. ¿Cuál es tu coche? —señaló.

—Eso es un problema. —Soltó su mano y se frotó el espacio entre los ojos—. No quiero que Kel se despierte solo o te llevaría con gusto a tu casa. Déjame pensarlo.

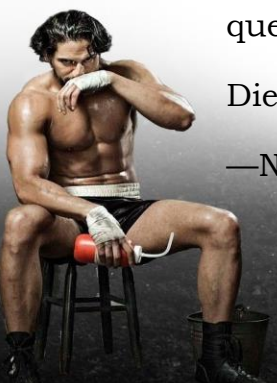
No quería dejarle sola tampoco. Podía llamar a su padre para que fuera por ella, porque sus padres se asustarían si sabían lo que había pasado esta noche. Se habrían convencido a sí mismos de que el robo de auto era una prueba más de que no era inteligente o lo suficientemente competente para cuidar de sí misma. No podía hacer frente a sus dudas acerca de ella en este momento.

Pero podía hacer frente a esto.

—Voy a llamar a un servicio de taxi de veinticuatro horas. —Ellos estaban bien. Las personas los usan todo el tiempo. Podía hacerlo. Ya era hora de que comenzara a hacer estas cosas.

Diego dejó caer la mano.

—No sé, Kat.



Echó un vistazo a Kellen, pensó en que se había congelado cuando ella había tenido que hacer algo, cualquier cosa, para tratar de evitar que le apuñalaran. No quería ser esa mujer. No quería estar tan rota. Miro a Diego y dijo: —Voy a estar bien. Voy a mandarte un mensaje una vez que esté en casa.

Podía hacerlo.

* * * *

Sloane miró por la ventana hacia la oscuridad. En la cama de un hospital detrás de él, la respiración de Drake Vaugh era irregular, la de un hombre mucho mayor que sus cincuenta y tantos años. Sloane había traído a especialistas de todo el país y todos le dijeron lo mismo.

De tres a seis meses.

Su mentor estaba perdiendo la pelea más importante de su vida.

La riqueza y todo el poder de Sloane no tenían ningún valor. Levantando su mano, frotó el viejo dolor en la nariz que se había roto un par de veces.

—Son casi las 02 a.m. Has estado de pie ahí durante una hora.

Se dio la vuelta, bajó la mano y miró al hombre encogido en la cama. Drake había quitado las sábanas, dejándole vestido sólo en una bata de hospital, dejando al descubierto los muslos que una vez parecían troncos de árboles y se habían marchitado a ramitas.

—Una mejor pregunta es por qué estás despierto. —Había mantenido vigilia en esta sala una docena de veces y Drake no se había despertado.

—Conseguiré la energía para salir de la cama y patearte el culo tantas veces como sea necesario para conseguir que cuentes lo que te preocupa.

Sloane se acercó y se dejó caer en una silla. Estirando las piernas, entrelazó los dedos detrás de la cabeza.

—Cuando quieras, viejo. —Nostalgia cayó sobre él, cayendo en su pecho y dejándole jodidamente herido.



No es el tipo de dolor que Sloane podría tratar, el tipo donde trabajaba su cuerpo hasta que sus músculos gritaban. Sí, ese es el dolor que podía manejar.

¿Este dolor? No. No se pondría de mal humor por esto. Acababa de encontrar a más médicos, tenía que haber uno por ahí que tuviera una respuesta. Las personas ganaban al cáncer todo el tiempo.

—Totalmente lo haría —dijo Drake— pero me tienen enganchado a todos estos cables.

Sloane resopló.

—Excusas.

Drake movió su mano alrededor hasta que encontró el mando, hizo clic en un botón y la luz detrás de su cama se encendió. Levantó la cama.

—Escúpelo, Michaels.

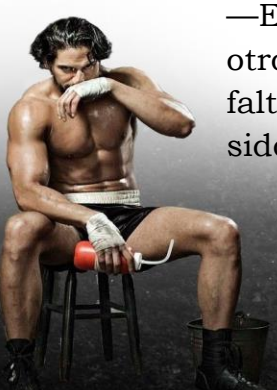
Sabía que Drake era un hombre enfermo por la delgadez que asolaba su cara, las sombras persiguiendo la vitalidad de sus ojos. Sin embargo, con el giro a la derecha de su cabeza, Sloane alcanzó a ver al hombre que hace catorce años había levantado a Sloane a metro noventa fuera de la tierra y le tiró contra una pared. Luego le había arrastrado a una estera de entrenamiento y le obligó a dar rienda suelta a la ira violenta hirviendo en su interior.

Cuando Drake había fijado a Sloane en un charco de su propia sangre y sudor, el hombre había llegado junto a su cara y le dijo: —*O controlas la violencia o dejas que te controle. Elige***.**

Sloane había vivido con esas palabras desde entonces.

Pero ahora tenía que apaciguar al hombre que esperaba que derramara sus tripas. Estaba reacio a hablar de Kat todavía, Sloane eligió un tema que estaba en el seno de Drake.

—Es Isaac de nuestro programa Combatientes a mentores. Uno de los otros niños en el programa llegó al gimnasio y me dijo que Isaac está faltando a la escuela, buscando maneras de hacer dinero. —Drake había sido mentor de Isaac, pero desde que se había puesto demasiado enfermo,



Sloane le había completado, junto con los dos niños de los que Sloane actualmente era mentor. Isaac no estaba tratando con el cambio muy bien.

El rostro de Drake se ensombreció.

—¿Qué pasó? ¿Estás herido?

—No —le aseguró Sloane, y se sintió arrastrado a través del tiempo. Había sido más joven que los trece años de Isaac cuando había comenzado a buscar maneras de hacer dinero, para mantenerlos a flote hasta que su madre encontró Maldito Príncipe Encantado. Hizo caso omiso de la bola de la rabia en su plexo solar. La ira no era productiva, la acción lo era. Echándose hacia atrás, dijo—: El chico está bien por el momento. Pero resulta que Isaac y su abuela están en proceso de ser desalojados.

—Arréglalo.

—Estoy en ello. Ya hay uno de mis ayudantes revisando los registros. Vamos a pagar la renta hasta el final del año. Pero, maldita sea —casi gruñó—. No llego al chico. Él o su abuela, deberían haberse puesto en contacto conmigo.

—Saca tu cabeza de tu culo. Estos chicos, todo lo que conocen es el rechazo, el miedo y la desesperación constante. Ellos no creen en las palabras. Sólo en las acciones. —Drake apretó la mandíbula y luego añadió—: Al enfermarme, le abandoné también. Al igual que todos los demás.

La cruda realidad en las palabras de su mentor se enredó con su propia impotencia en sus entrañas.

—Mira, voy a traer al niño mañana. Habla con él. Mantén su culo en la escuela y fuera de las calles. —Sloane conocía las calles muy bien, sabía que la degradación y el hambre despojaba a un niño de su alma. Es parte de lo que le llevó a trabajar sin descanso. No iba a estar tan impotente de nuevo.

Drake asintió.

—Necesito estar en contacto con el niño. —Su mirada afilada— Ahora dime la verdadera razón por la que estás rondando mi habitación cuando



debería estar soñando con enfermeras en hidromasajes y baños de esponja.

Haciendo muecas con la barbilla hacia abajo, Sloane frunció el ceño.

—Amigo, no necesito saber qué tipo de mierda sueñas con las enfermeras.

El otro hombre esbozó una sonrisa despiadada.

—Si no empiezas a hablar, voy a describir los sueños. En detalle hasta la erección que induce.

Sloane hizo una mueca y suspiró. Estaba acorralado y él lo sabía.

—Una mujer y su amigo fueron atacados por dos asaltantes más temprano esta noche. Uno de ellos tenía un cuchillo.

Drake se acercó a su mesa de noche, se aferró a una jarra color vómito y vertió un poco de agua en un vaso de plástico.

—No veo el problema todavía. Dos matones, un cuchillo. Eso ni siquiera es un entrenamiento para ti. —Él tomó un sorbo de agua.

—La mujer. La reconocí más temprano en la noche, pero no podía entender de donde hasta que me dijo su nombre. La vi una vez hace una docena de años, cuando era un lavaplatos en el club de campo. Era su fiesta de cumpleaños de dulces dieciséis.

Poco a poco, Drake bajó la copa hasta que se detuvo en un muslo. No dijo nada.

Sloane respiró.

—Lo tenía todo. Padres ricos, que le adoraban. Enorme fiesta. La odiaba. —Sabía que había sido irracional. Pero todavía podía recordar observarla desde la cocina. No recordaba su vestido o nada de esa mierda, pero se acordó de sus ojos, ese azul verde claro, enormes en su cara, y completamente inocentes.

—Yo la odiaba por estar viva y tener una vida perfecta.

—Cuando Sara estaba muerta —dijo Drake al fin.



Negándose a alejarse de la verdad, Sloane dijo: —Sí. —Era un hombre frío. Un hombre duro. No sabía cómo ser de otra manera, ni tampoco lo quería ser. Esta noche, Kat había disparado algo dentro de él, pero ¿qué? ¿Y por qué ahora?

—Ella es diferente.

—Una docena de años hace de eso. Lo mismo ocurre con la vida.

Esa mujer que vio esta noche estaba a años luz de distancia de la niña que él recordaba. Odiaba a esa chica, ¿pero a la mujer?

Le intrigaba. Despertando algo en él. Le hacía necesitar saber más sobre ella.

Trató de explicarse.

—En aquel entonces, había sido el lavaplatos y ni siquiera me notó. Y ella había sido la princesa, la estrella. Y esta noche... —Dejó el pensamiento colgando, aun tratando de conseguir ordenar su cabeza.

—Tú dominabas la habitación como siempre lo haces. ¿Y ella?

—Trajo la tarta. Se situó frente a una pared parcialmente oculta por una columna. Observando. Tal vez escondiéndose. Luego desapareció en la cocina—. ¿Qué había pasado para cambiarla?

—¿Cómo ocultándose?

Levantó una ceja.

—Ella es una contradicción. Ocultándose —confirmó Sloane—. Sin embargo, tiene rayas de color rosa en su pelo castaño. —Le había gustado eso. Diablos le había encantado jodidamente. Había querido sacarle la banda que sostenía el pelo en una coleta y pasar todas las hebras a través de sus dedos. Encontrar todas las rayas allí. El impulso había sido fuerte. Visceral.

Ella emitía mensajes contradictorios. Las mujeres tímidas no se ponían rayas de colores en el pelo. Tampoco le decían que saliera de su espacio. Sin embargo, mantuvo su bolso delante de ella como si pudiera protegerle de él. Había hecho lo mismo en la sala de baile con el kit de decoración.



Añadió lo que era obvio.

—Problemas, va a ser un problema para mí. Ahora, justo cuando tengo que centrarme.

—Una distracción es exactamente lo que necesitas.

Sloane desató las manos detrás de su cabeza y se inclinó hacia delante.

—Foster estará fuera en pocos días. He esperado catorce años. No me desviare. —Ni siquiera por unos tormentosos ojos azul-verdes y el pelo con rayas de color rosa. Y esas curvas... sí que necesitaba permanecer lejos de eso. Era demasiado tentadora.

Drake mantuvo su mirada.

—Hay un precio por tomar una vida, Sloane.

Sus pensamientos helados de pura venganza.

—Tienes toda la razón. Es hora de que Lee Foster pague.

—Mira a tu alrededor, hijo. Así es como se va a terminar para mí. Solo.

Sloane se levantó de su silla.

—No voy a dejar que te mueras. —Había dicho las cinco palabras con la misma fría determinación que había ganado peleas de campeonato y construyó su empresa.

—La muerte no necesita tu permiso. Y te estás perdiendo el punto. ¿Ves alguna mujer derramando lágrimas? ¿Cualquier persona a la que le importe?

Sloane cruzó los brazos sobre el pecho.

—Amigo, tú eres una puta. Ninguna mujer puede confiar en ti. —No estaba haciendo esta pequeña cosa de la lástima. Le aburría. Bueno, eso le molestó.



Drake sacudió la cabeza y se inclinó para bajar su vaso de agua.

—He tenido tiempo para mirar hacia atrás en lo que he hecho con mi vida y la vista es una mierda. Tomé una decisión, maté a un hombre. Y ese solo

acto envenenó cada maldita cosa desde ese momento. —Golpeo su mano sobre sus delgados muslos, dijo—: Te va a envenenar también.

Sloane no se inmutó.

—No es asesinato si sube al ring conmigo voluntariamente. —Se había asegurado de que Lee Foster iba a hacer exactamente eso.

Drake apretó el material de la ropa hospitalaria en sus puños.

—En una ocasión detuviste una pelea, renunciaste a la victoria, porque te negaste a herir gravemente a tu oponente.

Sloane se encogió de hombros.

—Reconozco una conmoción cerebral cuando la veo. El árbitro estaba durmiendo en el trabajo.

—No estás pensando en parar la pelea. Es un asesinato. No importa en qué etapa, sigue siendo asesinato.

La muerte de Sara fue un asesinato. La muerte de Foster sería justicia.

—Ese día me impediste matar a Foster, me dijiste que si iba a conseguir la venganza, tenía que hacer las cosas bien. Eso es lo que estoy haciendo.

El anciano suspiró.

—Eso fue por mí. Traté de darte una razón para vivir. En su lugar, te di una razón para matar.



Capítulo 4

Las palabras de Drake se hicieron eco en la cabeza de Sloane al salir del hospital a través de la sala de emergencia ya que las puertas delanteras estaban cerradas a esas horas de la noche. O de la mañana, en realidad. Salió por las puertas hacia el aire fresco perfumado con el aroma del océano y se detuvo.

Reconoció a Kat con su larga cola de caballo sujeta con una banda rosada. Sus hombros estaban tensos, y estaba de pie con la mano en la puerta trasera de un taxi. Por el ángulo de la cabeza, estaba mirando en su interior.

Sloane se quedó absolutamente congelado. Dio dos pasos más cerca. Los dedos de Kat estaban en el borde de la puerta con los nudillos blancos. Su respiración era tensa. Y tenía su otro brazo sosteniendo el bolso contra su estómago.

Aléjate de ella, se dijo a sí mismo. Sea cual sea su problema, tan sólo aléjate.

—Señora, ¿va a subir? —gritó el taxista.

Sloane desvió la atención a su perfil. Los ojos de Kat estaban muy abiertos, la mandíbula apretada en tensión.

Aléjate, maldita sea.

Poniéndose una mano en la cadera, ella murmuró: —Hazlo ya.

Las dos palabras le apretaron la garganta. Sloane reconoció la voluntad de hierro que luchaba por dominar lo que le estaba aterrorizando. No sólo era que él no se alejaría, sino que Dios ayudara a cualquiera que se interpusiera en su camino.



Se acercó a su lado. Ella respiraba por nariz y por la boca, sus ojos azules resplandecían como joyas. Había un pequeño espacio entre ellos y dijo en voz baja:

—Kat.

Ella movió su cabeza a los lados, y aspiro el aire. Las líneas de preocupación bailaban en su ceño, antes que se suavizarán con el reconocimiento.

—Sloane. Me estaba yendo.

Era poco probable, dado el agarre mortal que tenía en el marco de la puerta y sus pupilas dilatadas.

—Está bien —dijo.

Se volvió hacia el interior de la cabina.

—Tengo que entrar.

—Así es por lo general como se hace —Sloane le aseguró.

—La gente lo hace todo el tiempo.

—Sin lugar a dudas.

—De acuerdo. —Ella frunció el ceño—. Pensé que te habías ido a tu casa hace horas.

Ah, allí estaba ella, regresando en línea.

—Rara vez hago lo esperado.

Ella apretó sus labios y dejó escapar un suspiro.

—Apuesto a que podrías estar en la parte trasera de un maldito taxi.

Se apoyó contra el lado del taxi.

—No sé por qué lo haría. Tengo dos autos, además de una limusina. Subir a un taxi parece redundante.

Ella hizo una mueca apretada.

—¿Tienes uno de esos autos contigo esta noche?

—Un Mercedes CLS63. Negro. Perfectamente seguro. Incluso sé cómo cambiar un neumático en caso de necesidad. —Le llevaría a casa, sin



embargo, dejaría que ella se diera cuenta por sí misma. Pero maldito fuera, si no quería tirar la banda de su cabello de nuevo. O simplemente tocarla en general.

—El reloj está corriendo, señora.

Sloane se echó hacia atrás una fracción de segundo para mirar al taxista molesto.

El otro hombre cerró la boca y giró hacia el frente. Finalmente Kat suspiró y dio un paso atrás y cerró la puerta.

—¿No creo que me dejes conducir?

Sloane entregó al taxista un par de billetes antes de que Kat pudiera abrir la billetera.

—Te diré algo. Yo conduciré y tú eliges la música.

Levantó la barbilla. —Puedo pagar al taxista.

—Muévete más rápido la próxima vez. —Sloane cerró la mano alrededor de su codo, manteniendo su agarre suave. Ella se puso rígida. Era hora de ponerse serio—. Usa tus palabras, Kat. Tienes el control aquí. Todo lo que tienes que hacer es decirme que quite mi mano de ti y lo haré.

Ella lo miró. —Eres brutalmente franco, ¿no es así?

Satisfecho de que no le hubiera apartado bruscamente para librarse de él, la condujo hacia su auto.

—En la mayoría de los casos, la franqueza funciona.

—¿Y en otros casos?

Abriendo la puerta, esperó hasta que ella se deslizara y le dijo: —Yo hago lo que sea para ganar.

* * * *



Kat hundió su cuerpo pesado por la fatiga y el dolor en el cuero suave de color manteca. Sus ojos estaban arenosos, su cabeza palpitaba, sin embargo, estaba vitalmente consciente del hombre que tenía a su lado en el asiento del conductor. Sloane guió el auto a través de las tranquilas calles de San Diego. Tenía la camisa enrollada en sus brazos, revelando unos antebrazos fuertes esparcidos con vello y llenos de venas.

—¿Música?

Normalmente, amaba la música. Hacía escándalos al crear recetas, haciendo su versión de baile. Pero ahora estaba demasiado abrumada. —No, gracias —contestó Kat lo que parecía más como un murmullo y continuó—: Lindo auto.

—Lo suficientemente grande para mí. El otro auto que tengo es un Fisker Karma.

El nombre no le decía nada.

—¿Qué es eso?

—Un auto eléctrico con techo de vidrio solar.

—¿Tienes un auto eléctrico y una limusina?

¿No era contraproducente? Una limusina tenía que ser de consumo de gasolina, mientras que el auto eléctrico era todo acerca de las nuevas energías y protección del medio ambiente.

—El Fisker es por diversión, el Mercedes es útil, y realizo una gran cantidad de trabajo que hago cuando voy en la limusina.

—¿Mantienes a un chofer de guardia?

¿Quién era Sloane Michaels? La curiosidad le burbujeó a pesar de su agotamiento.

Sloane le miró.

—Vive en una casa de huéspedes en mi propiedad.

Ella trató de ahondar. ¿Quién era tan rico y, sin embargo se enfrentaba a un matón con un cuchillo? Diablos, ¿quién era tan rico y aun así corría hacia un cuchillo?



—¿Cómo desarmaste a ese tipo tan fácilmente? —le preguntó Kat

Llevó el auto a una esquina.

—Solía luchar.

Su estómago se apretó.

—¿Luchar? ¿Cómo… entrar en peleas o pelear profesionalmente? —¿Había sido como los matones de esta noche? ¿Por qué había pensado que estaría más segura con él que en un taxi?

Su boca se arqueó. —Las dos cosas. Luché en UFC[2] durante unos años. Antes de empezar mi empresa.

Oh Dios. No podía estar en el coche con él. Un calor violento comenzó en el centro de su pecho, pero se obligó a respirar.

En los últimos años, había ido mejorando en controlar sus ataques de pánico. Esta noche, sin embargo, le estaban pateando el culo en un implacable asalto.

—¿Por qué? ¿Por qué querrías golpear a la gente? ¿Lastimarles?

La mandíbula de granito de Sloane se apretó en silencio.

Por último, dijo: —Me gusta ganar.

Una declaración cargada. Querer ganar puede ser simple, pero el impulso que hay detrás tiende a ser un complicado nido de víboras de emociones y experiencias. Se concentró en mirar al frente, a las calles oscuras y silenciosas mientras el auto potente se deslizaba a través de la noche. Necesitando llenar el silencio espeso descendiendo sobre ellos, le preguntó:

—¿Y lo hacías?

—Dos campeonatos de peso pesado antes de retirarme.

«Yo hago lo que sea para ganar»



[2] UFC: Ultimate Fighter Championship. Campeonato de Artes Marciales Mixtas.

Eso es lo que había dicho cuando le ayudó a subir al coche. —Impresionante. —Era lo único que se le ocurrió decir. La tensión en el pecho seguía bullendo y con mucha presión. A él le gustaba la violencia. Hacía daño a la gente.

—No pareces muy impresionada.

Su mirada pasó por su piel, haciéndole sentir expuesta y vulnerable en el auto con él.

—No me gusta la violencia. Simplemente… no.

—Es un mundo violento. Puede que no te guste, pero está ahí. —Hizo una pausa y luego añadió en un tono más suave—: Como esta noche, cuando fuisteis atacados. Requirió violencia controlada para hacer frente a esa situación.

Cerró los ojos debajo de una ola caliente de náuseas con el recuerdo.

—Rompiste el brazo de ese hombre. Oí el crujido del hueso.

—Rápido y eficaz. Y luego me detuve cuando estaba en el suelo. Ese es el control.

Le miró. Exploro visualmente su boca oscuramente sensual, la nariz que tenía una curvatura natural, y los ojos que parecían penetrar a través de ella. Intenso. Peligroso. Sexual. Cuando él cambió su atención de nuevo a la carretera, le preguntó: —¿Querías seguir adelante? ¿Lastimando a ese tipo?

Su mandíbula se entreabrió.

—Cuando abrí la puerta del callejón y te vi arrastrándote sobre el maldito asfalto con esa mirada de crudo terror… —Apretó los labios.

Kat luchó contra la necesidad de encogerse de hombros.

—Adelante. —Tenía que saberlo.

—Quería matarles a los dos.

La violencia firmemente sonaba a través de su voz y se estremeció. Envolviendo sus brazos alrededor de su cintura, dijo: —No lo hiciste.



—No. Control, Kat. Vivo por ello. —Se frotó el cuello— De todos modos, me retiré de la lucha hace años. Dirijo una compañía ahora.

Luchó para llegar a un extremo más seguro con él.

—¿Cuál es tu compañía?

—SLAM Inc. Tengo gimnasios en todo el país. Desarrollamos combatientes, hacemos merchandising[3], tengo una empresa de entretenimiento. Varias cosas.

—Todo tiene que ver con la lucha.

El desafío fluyó de él. —No todo. Pero ahí es donde conseguí mi comienzo y donde construí mi riqueza. No voy a pedir disculpas por ello.

—No me debes una explicación. —Tomando nota de dónde estaban, dijo—: Mi edificio está ahí a la derecha. —Kat trató de mantener la censura fuera de su voz. No tenía derecho a juzgar al hombre que le había rescatado a ella y a Kellen. Estaba cansada, dolorida y temía estar sola—. Has tenido dos carreras muy exitosas y no puedes tener más de, ¿cuántos?, ¿treinta? Eso es algo para estar orgulloso.

—Vamos a hablar de ti. ¿Haces pasteles? —Una sonrisa se dividió en su boca, inclinándose a la izquierda en una curva sexy— Y brownies de emergencia, si no recuerdo mal.

Burbujas de diversión le hicieron cosquillas en la garganta.

—«Sugar Dancer» es mi panadería y los brownies de emergencia nos están ayudando a ser un éxito.

El orgullo acosó a su fatiga. En ese sentido, entendió lo que quería decir acerca de no pedir disculpas.

—Mi apartamento está ahí, simplemente déjame en cualquier parte. —Soltó el cinturón de seguridad y agarro su bolso. Estaciono el Auto en un espacio reservado a invitados y apagó el motor.

Sacó las llaves y dijo:

—Gracias por…



[3] Es mercadeo y venta de sus propios productos (más o menos lo que doy a entender)

—Cristo. ¿De verdad crees que te voy a dejar aquí? ¿Y alejarme conduciendo? —Abrió la puerta y salió.

Kat cerró la boca de golpe y abrió la puerta. Estaba dolorida en general, incluyendo dolor de cabeza por ese matón tratando de arrastrarla fuera del auto por su pelo. Lo peor era la pierna, sin embargo, le dolía como una perra. Usó el asiento como apoyo y logró mover su pierna derecha, luego la izquierda era bastante fácil.

Sloane se puso en cuclillas en la puerta abierta.

—Has estado cojeando de la pierna durante toda la noche. ¿Como de malherida saliste esta noche?

—Sólo cortes y contusiones. Voy a estar bien. Sloane, aprecio todo lo que hiciste esta noche. —Hizo su voz firme a pesar de estar tan condenadamente cansada—. Pero necesito que te muevas hacia atrás y no me atrapes.

Un segundo paso. Luego otro. Sólo la mirada de Sloane en ella, tanteando en sus muros de protección. Pero se negó a explicarse o justificarse a sí misma.

—Te asusto. No te intimido, pero francamente te asusto.

Sí, pero no se iba a arrinconar. ¿No significa eso que estaba cada vez más fuerte? Excepto esta noche cuando Kellen le había necesitado.

Sloane se levantó y le dio espacio.

Kat se levantó, aunque ni de lejos tan graciosamente como lo había hecho él, ¿y por qué iba ella incluso a darse cuenta de eso?

Estiró un brazo alrededor de ella y cerró la puerta.

—Dame tu teléfono. Te voy a poner mi número de teléfono.

Confundida, frunció el ceño.

—¿Para qué?

—Porque voy a ver cómo te metes en tu apartamento. Vas a comprobar todo, asegúrate de que es seguro, a continuación cierra la puerta y me mandaras un mensaje diciendo que estás bien.



—Estoy segura, tengo una alarma.

—Si no me mandas mensaje, si creo que estás en problemas, voy a entrar. Dame tu teléfono, Kat.

—Pero tú no me conoces. —¿Por qué se preocupa tanto? ¿Es tan intenso? ¿Y por qué eso le hace menos aterrada y más… interesada?

Se apoyó contra el auto. —Ahora te conozco. No me voy de aquí hasta que no sepa que estás a salvo. ¿Quieres que me vaya? Dame el teléfono.

Kat le pasó el teléfono.

* * * *

Kat levantó la masa de pan del tazón y la dejó caer sobre la superficie enharinada. La música bombeaba a través de los altavoces. Los tenía sincronizados con su Ipod que estaba programado para sonar de forma aleatoria. Este era uno de sus momentos favoritos del día, temprano por la mañana, la panadería todavía estaba cerrada y estaba en la cocina industrial, preparándose para empezar el día.

Era su zona de seguridad. Había sido pura suerte que hubiera tenido a Kellen como su fisioterapeuta y sus padres eran propietarios de la panadería. Finalmente él le convenció para conocer a sus padres, y se le ofreció un trabajo a tiempo parcial en la cocina de su panadería. Aquí había iniciado el proceso de curación, encontrándose a sí misma y averiguando quién era en realidad.

Para cuando los padres de Kellen habían estado dispuestos a vender y retirarse, Kat sabía que quería la panadería y la compró. Hacía poco más de un año se convirtió en Sugar Dancer y aún no se había arrepentido de la decisión.

Aspiró el aroma de pan de levadura cuando comenzó a trabajar la masa con las manos cubiertas con guantes finos. Los cortes en plena curación hacían que los guantes tuvieran una doble necesidad. Espontáneamente,



pensó en las manos mucho más grandes de Sloane, con los nudillos gruesos.

Las manos de un luchador.

Un escalofrío corrió por su espina dorsal. En la soledad de su cocina, podía permitirse admitirlo: Sloane le excitaba. Le emocionaba. Y le aterrorizada hasta los huesos. Un poder confiado emanaba de él y le daba una patada justo en la libido.

Golpearon la puerta, lo que le sacó fuera de sus reflexiones. El pánico se estrelló contra ella.

¿Quién era? ¿Por qué el martilleo frenético de su corazón por un simple golpe? No esperaba ninguna entrega. Nadie debía aparecer por lo menos durante una hora más. Tirando de un guante, tomó su teléfono mientras se debatía qué hacer.

—Katie. Soy David. Abre la puerta.

David. Su ex-prometido.

Un choque de recuerdos y temores le clavaron al suelo. ¿Por qué demonios vendría aquí? ¿Le había sucedido algo a sus padres? ¿A su hermano? Echó un vistazo a la pantalla de su teléfono, pero no había ninguna llamada perdida.

—Katie, sé que estás ahí. Es importante.

Debía serlo. Durante meses después de que hubiera roto con él, se había negado a verle, evitando los intentos de sus padres para que volvieran a estar juntos. Sólo algo vital le traería a la puerta de su panadería. La curiosidad apretó su ansiedad lo suficiente para mirarle. Al abrir la puerta, vio al hombre unos centímetros más alto que ella. Habían pasado cinco años y medio y definitivamente había cambiado, pero desde luego ella también.

—¿Qué pasa? ¿Por qué estás aquí?

—Me enteré del robo del auto.

La sorpresa embotó su reacción lo suficiente para que él pasará más allá de ella. Kat se dio la vuelta, dejando que la puerta se cerrara.



—¿Te has enterado? —Una vez había amado y confiado en el Dr. David Burke. Claro, había sido arrogante y mandón, pero le había hecho sentir muy querida. Pero el brutal asalto había cambiado todo eso. *La cambió*. Ya no era la chica confiada—. ¿Cómo te enteraste, David? No se lo dije ni a mis padres y ni a mi hermano, no lo oíste por ellos.

—Tengo amigos en la comisaría de policía.

¿Amigos o espías?

—Claro, porque te juntas con policías. Hey, quizás te uniste a una liga de bolos también.

—El sarcasmo es una forma muy mediocre de humor. Pero por el bien del argumento, tener metas y un enfoque en mi vida no me hace un snob. —David examinaba la cocina panadería—. Un uso interesante de tu Licenciatura en Química. ¿Por esto realmente vale la pena renunciar a cualquier pretensión sobre SiriX para gestionar una tienda de donuts?

Kat apretó los puños ante su expresión sarcástica.

—Sí. Mi panadería vale la pena. —Y una tienda de donuts también lo sería, si ese hubiera sido su sueño.

Pero eso no era lo suficientemente bueno para David y su familia. Cuando salió de la empresa familiar hace unos años, había causado una grieta grande entre ella y sus padres.

David se pasó una mano por el pelo, los finos mechones eran un recordatorio de la diferencia de ocho años entre ellos.

—Fue una estupidez lo que dije. No he venido aquí para pelear.

—Entonces, ¿por qué? —Nunca hacía nada sin una razón. Había aprendido eso trabajando para él en SiriX y saliendo con él. Pero David había sido muy protector con ella, así que no era inconcebible que le hubiera preguntado a un policía que conociera que le hiciera saber si Katt era herida o atacada. Por otra parte, había dejado de confiar en los motivos de David hacía años.

—Quiero saber si estás bien. —Hizo una pausa, tragando saliva—. Me preocupo por ti.



¿Lo hacía? Daba igual, ya no importaba si le creía o no.

—Estoy bien.

Sus ojos verdes aguijoneándole.

—Los policías dijeron que un transeúnte detuvo el robo del auto.

—Sí. —La parte posterior de su cuello y la mandíbula empezaron a palpitar con la tensión. ¿Ve esto como una oportunidad de jugar al héroe y traerla de vuelta? Recordó lo que le había dicho cuando rompió con él, y cuando se negó a tomar sus llamadas, dejando el mismo mensaje en su correo de voz—. David, sé que piensas que volveré *«cojeando»* a ti. —Esas palabras no picaban tanto como lo hicieran antes—. Pero eso no va a suceder. Ahora tengo trabajo que hacer.

Con las manos en el bolsillo, se echó hacia atrás.

—Estaba molesto, no quise decirlo cuando dije eso. Ataco cuando estoy enojado, no tiene sentido. —Con un suspiro, añadió—: Cuando se trata de ti... —se interrumpió, mirando a otro lado de ella—. Pierdo el control. Siento demasiado. —Sus ojos verdes, tan crudos y honestos, le golpearon—. No creo que supiera lo mucho que te amaba hasta que te hube perdido.

Un viejo recuerdo surgió. Kat había llevado la cena a David cuando estaba trabajando todavía con él, quería darle una sorpresa. Había interrumpido una reunión con un hombre al que no había reconocido, y David perdió el control. Le había agarrado del brazo, le arrastró fuera de su oficina y le dijo que no lo volviera hacer. Había estado furioso, su ojo izquierdo daba espasmos y su mano en el brazo estaba húmeda. Kat rara vez había visto ese lado de David, pero aun así le había hecho sentir incómoda. Más tarde David se disculpó, diciéndole que el hombre era un antiguo amigo pidiendo dinero. David dijo que no quería que el hombre se acercara a Kat, que no confiaba en él. Siempre había sido así de protector, y sí, había tendido a enojarse cuando pensaba que podría estar en peligro.

—Oye, Katie, estás andando por las nubes. ¿Estás bien? —Levantó una mano hacia ella.

Su frecuencia cardíaca se disparó. La vista de la mano que venía hacia ella le golpeó en un instinto profundo, impulsada por el temor. Tal vez era



irracional, pero para ella, se sentía real. Se retiró a su mesa de trabajo y se esforzó a decir con calma:

—Ahora me llaman Kat. —Agarrando un guante limpio, se lo puso y continuó—: La puerta se bloquea automáticamente, así que adelante y vete.

—Siempre serás Katie para mí.

Su tono de voz más suave le atrapó con un giro inesperado de nostalgia. Por la forma de deseo que una vez sintió. *Especial.* Por un tiempo Kat se había sentido como la mujer que sus padres querían que fuera. Lo suficientemente inteligente como para conseguir que un genio como el Dr. Burke estuviera interesado en ella.

Sacudió la cabeza, rompiendo el hechizo. Se había estado mintiendo a sí misma, a David y a su familia, había tratado de ser lo que David quería. Pero no lo era. Realmente nunca lo había sido. La única diferencia era que una vez al menos lo había intentado.

—Ya no soy esa chica, David. Déjalo ya. —No sabía cómo decirlo más claro.

—Lo he intentado. No puedo dejar de preocuparme. Pienso en ti, preguntándome si estás bien. —Se apoyó en la mesa de trabajo frente a ella—. ¿Sigues teniendo pesadillas? ¿Algún recuerdo más? ¿O ataques de pánico? —Su tono era suave y cariñoso, pero sus ojos detrás de las gafas se estrecharon, centrándose, como cuando examinaba los tubos de ensayo. Calculando los ajustes y correcciones.

No retrocedas. Estás a salvo.

—¿Qué está pasando aquí? ¿De repente apareces después de años, y preguntas acerca de mis recuerdos? —No tenía sentido. Apretó las manos sobre el borde de la mesa—. ¿Estás realmente preocupado por mí? ¿O por lo que podría recordar?

¿Por qué no acababa de creer en él? Sería mucho más fácil si lo hacía.

—Maldita sea, Katie. —La actitud defensiva le hinchó la nuez de Adán— Te lo dije, a la policía y a tu familia, exactamente lo que pasó esa noche. Tú eres la única que no me cree.



Destellos de imágenes sonaron en su mente. Llegaron y se fueron, dejándole jadeante y aterrorizada. Palabras al azar cruzaron su mente:

Consecuencias.

Dr. Burke.

Dios, ¡detenlos!

El ruido blanco rugió sobre el recuerdo. Sus dedos se estremecieron. Kat se negó a hacerlo, a tener un ataque de pánico justo en su panadería. Respiró adentro y afuera, recuperando el control.

—No importa lo que crea.

Su ojo débil, el que le molestaba cuando trabajaba mucho tiempo, se crispó.

—¿Sabes cómo me hace sentir ser puesto en duda por ti? ¿No es suficientemente malo que no pudiera protegerte y que ambos saliéramos heridos? ¿Tienes que hacer que me sienta peor?

¿Tanto resultó herido? *No vayas allí*. Repitió el mantra hasta que domó la furia en su interior, tratando de soltarse. Nada de eso importaba ahora de todos modos. Nadie creía que ella hubiera sufrido algo aún más horrible que un asalto violento esa noche. Algo que David estaba encubriendo.

Pero ¿cómo iban a creerle? Kat no recordaba más que un destello ocasional, una palabra, una imagen confusa. No tenía ningún sentido, no realmente. Excepto que no podía confiar en David de nuevo. Nunca. Sólo quería que se fuera. Su cocina era su zona de seguridad. Y quería que David se fuera de su panadería.

—Necesito que te vayas.

La resignación se apoderó de él.

—Estás obligada a tener una reacción al robo del auto. Quiero que sepas que estoy aquí. Me preocupo por ti, Katie. —La tristeza llenó su mirada, a través de las gafas—. Te amaba. Nunca quise que salieras herida.

Cerró los ojos, sus palabras aplastando la verdad. Eso es lo que había hecho su ruptura con él tan dura. No era una especie de psicópata que no



se preocupara. Él lo hizo. Y sabía que lo que pasó no había sido intencional por su parte, no había previsto que saliera herida. David no era muy aprensivo, pero cuando le había visto en el hospital, con la cara hinchada de color púrpura, con el brazo en un yeso y su pierna en tracción antes de la cirugía, David se había puesto verde. Su reacción había sido muy real. Más tarde, no podía mirar a su pierna con cicatrices. Tragándose el recuerdo, se contuvo de preguntar, de nuevo, lo que realmente había sucedido la noche del supuesto asalto. Conseguiría la misma respuesta: «que habían sido asaltados y que ella había sufrido una conmoción que causaba que sus recuerdos fueran confusos»

—Quiero ayudarte, Katie. Estoy aquí si me necesitas, si tienes alguna reacción al robo, llámame, y hablaremos. —Se acercó a la puerta y añadió—: De cualquier modo te veré en la fiesta de compromiso de Marshall y Lila.

David se fue.

Sola en su cocina, Kat no podía encontrar una respuesta para la repentina aparición de David en su vida. ¿Debía preocuparse? ¿O era algo más?



Capítulo 5

Kat dio a su cliente el cambio, junto con su pastel de café en caja. Rápidamente escaneó su tienda desde detrás de las vitrinas y mostrador. Las paredes de color de nuez estaban vestidas con telas pintadas con bailarines de azúcar girando de diversos colores. En el suelo tenía mesas redondas cromadas de la época de los cincuenta con tapas laminadas blancas rodeadas de sillas con asientos de caramelo de manzana roja. Contra la pared del fondo tenía una barra alta con taburetes. La mayoría de las mesas estaban llenas de sus leales, clientes consumidores de café, devoradores de carbohidratos. Servía una variedad de tés también.

Todo estaba en orden. Se volvió y tomó su taza de café frío y lo vertió. Esta era la primera mañana que sentía que podía respirar. Había estado dividiendo su tiempo entre el trabajo y ayudar a Kellen que, desde que había sido puesto en libertad, se alojaba en el apartamento de Diego.

Mientras vertía el café recién hecho y con la esperanza de tomar realmente parte de él esta vez, oyó el tintineo del timbre de la puerta. Sí, era de la vieja escuela, pero funcionaba.

—Anna —llamó a su empleada.

Anna se precipitó de atrás, como siempre con ganas de trabajar. Tenía su pelo rubio oscuro apilado en su cabeza, llevaba gafas negras elegantes y estaba eternamente linda. Pero a Kat le gustaba de todos modos.

—¿Se puede tomar…? —Miró por encima del hombro para ver quién había entrado en la tienda. Las palabras murieron en su garganta.

Anna puso la mano en el hombro de Kat.

—¿Estás bien?

No. En realidad, no lo estaba. Las pecaminosamente largas piernas de Sloane se comieron la distancia de la puerta a la caja.

Sus clientes dejaron sus teléfonos, ordenadores y periódicos para ver.



—Oh Dios mío —dijo Anna.

—Vestido con un traje gris carbón —agregó Kat sintiendo un hormigueo estallar. En todos lados.

¿Qué tenía este tipo? Claro que era alto y macizo, pero su rostro era una pizca demasiado duro para ser guapo. Y allí estaba la cresta en la nariz. Las cicatrices. Sin embargo, todos trabajaban juntos de una manera espectacularmente poderosa.

Sloane echó un vistazo alrededor de la tienda, incluyendo un pase rápido sobre Anna, entonces su sentido completo aterrizó en Kat mientras se acercaba de una zancada hasta la caja registradora.

—Buenos días, Kat.

—Sloane. —Le dio a Anna su café sin tocar y caminó los pocos pasos hacia el mostrador.

Sus cejas bajaron en un ceño fruncido.

—Todavía estás cojeando. Necesitas hacer que tu pierna sea revisada de nuevo.

Eso fue como una ducha fría. Un recordatorio de hielo.

—La cojera no tiene nada que ver con el robo de auto —dijo con firmeza, luego cambió a su voz al servicio al cliente— ¿En qué puedo ayudarte?

Puso un brazo sobre el mostrador.

—¿Tienes tiempo para hablar?

¿Hablar? ¿Sobre qué? Después de que le había dejado el sábado, le había enviado el texto que había exigido y consiguió dormir bien a cambio, y entonces él desapareció de su mundo.

Pero no de sus pensamientos o fantasías, maldita sea.

Antes de que pudiera responder, Anna rompió con:

—Te debes un descanso, Kat. Ve a hablar.

Kat miró por encima del hombro a la chica.



—Gracias, no estaba segura de que estuviera permitido.

Anna sonrió, haciendo que se arrugara su nariz y sus ojos brillaran detrás de sus gafas.

—¿Ves por qué me contrataste? —Luego pasó a Sloane— ¿Qué le sirvo, señor? Lo llevaré a la mesa para usted.

—Sólo café, gracias.

—Por supuesto. Pero Kat hizo su pastel de café especial esta mañana. Arándanos y almendras secas. La gente conduce kilómetros el miércoles para anotarse su pastel de café pecaminoso.

—Anna. —La reprimenda de Kat se volvió en una carcajada. No pudo evitarlo— ¿Pecaminoso? ¿En serio? Es sólo pastel de café.

—Voy a tomar un poco —dijo Sloane.

Anna le guiñó un ojo.

—Es el *'pecaminoso'* lo que le convenció ¿verdad? Dile Kat. Estoy tratando de adornar el menú para ponerlo en uno de esos programas de cocina. Obligatorio tener títulos atractivos, ¿verdad?

Una sonrisa tiró de las comisuras de la boca de Sloane.

Un destello de algo verde y feo se despertó en el pecho de Kat y se odiaba por ello. Anna era joven, bonita sin tratar, inteligente y atractiva. En un momento de vergüenza, Kat sintió celos. Para cubrirlo, caminó alrededor de la caja de la panadería, miró a Sloane y le dijo en el tono más ligero que pudo:

—Anna es una compañía importante.

Levantó una ceja.

—Ella tiene razón. El pastel pecaminoso de Kat me llamó la atención.

Apostó a que era Anna quien llamó su atención, no sus ideas. Furiosa consigo misma, se fue a una mesa vacía en la esquina. Si todavía quería hablar, le seguiría. Si no era así, se pararía allí y charlaría con Anna.



Haciendo su mejor esfuerzo para ignorar la sensación de malestar en su estómago, cogió el respaldo de la silla.

Sloane se acercó, deteniéndose tan cerca que su calor inundó su lado derecho. Caliente. Potente. Cubrió su mano con su mano sobre el respaldo de la silla. Con la mesa, delante de ella, le tenía rodeada. Envolviendo su larga mano alrededor de la de ella, sacó la silla.

Para ella.

Inclinando la cabeza, obtuvo todo el impacto de su escrutinio centrado en ella. No había imaginado esas motas ámbar ardiendo en sus ojos marrones. O su jabón y aroma masculino que se encontró queriendo inhalar.

—Siéntate —gruñó suavemente con los dedos sobre la silla deslizándolos entre los suyos, creando una fricción sensual—. Antes de que me olvide que estamos en público.

Su estómago se agitó. Por Dios, que lo tenía mal y ella ni siquiera lo sabía. Tratando de recuperar el control, dijo:

—Voy a necesitar mi mano.

—¿Esta mano? —se preguntó patinando sus dedos a través de la parte posterior de la palma. Por su muñeca. Siguió acariciando.

Hormigueos bailaban sobre su piel. La necesidad calentada a fuego lento y amenazando con volar la tapa que había colocado en su vida sexual.

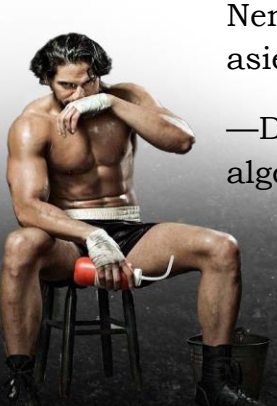
El carraspeo rompió el hechizo.

Anna estaba de pie junto a la mesa, usando una sonrisa de todo-muy-conocido, mientras sostenía una bandeja cargada con dos cafés y un plato de pastel de café enmarcado por tenedores individuales.

Sloane deslizó su mano de la de ella y le ofreció la silla.

Nerviosa, se las arregló para sentarse sin caerse. Mientras Sloane iba a su asiento, Anna pasó los cafés y acomodó el plato de pastel frente a Sloane.

—Dos tenedores, en caso de que quisieran compartir. ¿Puedo ofrecerte algo más?



Avergonzada, Kat cogió uno de los tenedores.

—No vamos a necesitar esto. —Ella le tendió el utensilio, preguntándose cuando Anna se había convertido en una casamentera determinada. Tratar de forzar al hombre a compartir la comida con ella fue extremadamente agresivo.

Sloane le cogió la mano, tirando de ella a la mesa.

—Estamos bien, Anna.

—¿Qué estás haciendo? —No lo entendía. El exceso de cosas raras que estaban sucediendo. El robo del auto, Sloane rescatándole, David apareciendo con preocupación después de años de rara vez verse. Ahora Sloane estaba actuando como si tuvieran una atracción sexual irresistible. ¿Qué podría Sloane realmente querer con ella?

A menos que fuera una follada por lástima.

No. No iba a dejar la voz de David en su cabeza.

Él le soltó la mano y cerró los dedos alrededor de su taza.

—No tenías miedo de mí esta vez.

Dejó el tenedor al lado de su taza. Cualquiera podía fingir que no sabía lo que estaba hablando o podía ser honesto.

—Rara vez tengo miedo en mi tienda. —De todos modos— ¿Qué es lo que quieres hablar conmigo?

—Nosotros. —Cogió el tenedor y lo hundió en el pedazo de pastel.

Se echó hacia atrás, necesitando distancia. Vale, sí, sintió la atracción. Tal vez él también lo hizo. Pero Kat no iba allí. La última vez que había estado con un hombre sexualmente, hace cinco años, había tenido un ataque de pánico.

—Yo no salgo.

Sonrió.

—Conveniente. Yo tampoco. No hay tiempo, no hay interés.



Entonces, ¿qué quería? Estaba dispuesta a exigir una respuesta cuando Sloane levantó el tenedor cargado de pastel de café, abrió los labios y deslizó el trozo en su boca. Luego tiró del tenedor fuera, poco a poco, como si no pudiera soportar perder un bocado. Sus ojos se volvieron oscuros, profundizando de la tostada a la rica tierra de Siena.

—Mmm.

Ese sonido, bajo y vibrante, atravesó todo su cuerpo. La tensión tiró de su vientre y expulsó su capacidad de respirar. Sloane llevó el tenedor de vuelta a su boca como si no pudiera soportar la idea de dejar de saborear la delicia, su mirada la consumía con el mismo ardor que aplicó a comer su pastel.

Ella siguió adelante, envolviendo sus manos alrededor de su café, desesperada por tocar… algo. Dios, desde hace años su deseo había estado en su mayoría inactivo y había derramado su pasión en la repostería.

Pero este hombre, Sloane, le estaba destruyendo con un solo toque de su mano y un trozo de su pastel de café. Jesús. Apretó la mandíbula, negándose a preguntarle si le gustaba.

Bajó el tenedor al plato y se inclinó

Tomó cada mota de control muscular que tenía para no inclinarse hacia él.

Luego dijo en voz baja y lenta:

—Como degustar el pecado.

El calor húmedo se deslizó por su vientre hasta que se movió en su silla. Tenía que tomar el control de esta situación. Obligándose a sentarse quieta y dejar de actuar como si estuviera en busca de un orgasmo, dijo:

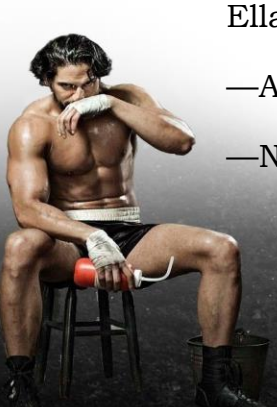
—¿Qué haces aquí, Sloane? Deja de jugar, no tengo tiempo para juegos.

—Quiero verte, Kat.

Ella contuvo el aliento.

—Acabas de decir que no sales.

—No lo hago. —Él tomó un sorbo de su café— Invito.



Ella estaba familiarizada con el concepto de invitación, pero no su contexto.

—Eso difiere de salir ¿cómo?

—Estoy ocupado. No tengo tiempo para las relaciones y expectativas complicadas. —Su voz era puro negocio entonces bajó en una nota ronca— Pero me gusta el sexo.

—Eh, ¿quién lo hubiera imaginado? —Él rezumaba sexo y peligro como otro hombre sudaba.

—Pero tengo una gran cantidad de obligaciones sociales. Es más sencillo encontrar a una mujer con quien tenga química y le haga una oferta. Ella va a asistir a las funciones conmigo mientras se necesite. A cambio, le daré algo que ella quiere. Y tenemos sexo.

Quería tener relaciones sexuales con ella. Por un segundo, se lo imaginó sobre ella, toda piel desnuda y duros músculos mientras empujaba dentro de ella. La imagen fue eróticamente seductora, hasta que recordó por qué el sexo era una mala idea. Frustrada de que su libido tan fácilmente olvidada, lanzó su voz baja solo para sus oídos.

—¿Cómo un hombre que se come un pastel luciendo como si estuviera tocando a una mujer por la cual ha estado muriendo por probar, logra convertir el sexo en una propuesta de negocio? —Tomó un sorbo de su café.

Sus ojos brillaron con fuego.

—Una vez que tengamos las expectativas y obligaciones claras, entonces podemos hablar de mí bajando sobre ti.

Kat casi se ahogó. Colocando la taza sobre la mesa, empujó esa imagen de la cabeza. Su oscura cabeza inclinada… No.

—No estoy interesada.

Él se echó hacia atrás, estudiándole.

—Te he buscado en google, Kat.



Todo su interés y entusiasmo desenfrenado se enfriaron en un nudo de miedo y rabia.

—Estás lleno de locas habilidades. —¿Qué era ella para él, una curiosidad? ¿La bajó del show de anormales?

—Fue un relato periodístico bastante vago del ataque que pasaste años atrás. Los policías te encontraron inconsciente. Nunca encontraron a tus atacantes. Debido a que tu cojera no vino de la tentativa de robo de auto, estoy asumiendo que es a partir de ese ataque. —Él se movió y continuó—: Además de los ataques de pánico. La razón por la que tenías miedo de mí.

Se desconectó, alejándose. Era una de sus técnicas para hacer frente y protegerse. Se centró sobre su hombro en la pintura de un bailarín hecho en amarillo brillante.

—Tan impresionante como toda tu investigación es que esto no va a funcionar, Sloane. —Puso sus manos sobre la mesa.

Cubrió una con sus cálidos dedos.

—Tengo algo, además del sexo, que te puedo dar.

Su toque le quemó y no con las vibraciones sexuales de antes, pero con alguna necesidad que no podía nombrar. Tiró de su mano, sosteniéndola en su regazo. Manteniéndose enfocada en la imagen por encima de su hombro, ella dijo:

—¿Y qué sería?

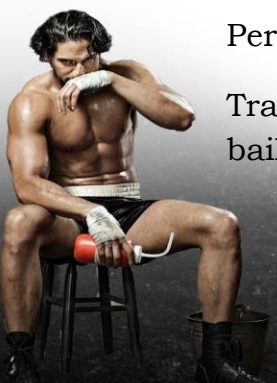
—Puedo enseñarte a luchar y defenderte.

Esas seis palabras se estrellaron contra ella y agitó su alma. Despertó un conducto en ella, un profundo anhelo, que ni siquiera sabía que tenía. Volvió todo su ser hacía él. Por un segundo, un punto luminoso en el tiempo, Kat se imaginó de nuevo completa. Fuerte.

El tipo de mujer que un hombre como Sloane Michaels quiere.

Pero el dolor en su pierna y sus recuerdos, le dijeron lo contrario.

Tratando de recuperar la compostura, se concentró en la forma de la bailarina de color amarillo en la pared y le dijo la verdad plana.



—Tú no lo entiendes. Estoy bien en mi tienda o cuando estoy trabajando. Pero por lo demás, las situaciones de estrés pueden causar ataques de pánico. —Le miró—. El sexo provoca los ataques de pánico, o lo hizo la última vez que lo intenté. ¿Así que ese es el trato? No pasará.

Empujó sus pies, dio media vuelta y se alejó.

Anna levantó la vista de la bandeja de galletas recién hechas que estaba colocando. Sus ojos se abrieron detrás de sus gafas.

Kat se limitó a sacudir la cabeza y fue a través de la puerta giratoria de la cocina.

Su zona de seguridad.

Acero industrial frío y los aromas cálidos de cocción le rodearon. Familiar y reconfortante. Puso las manos en el extremo de su larga mesa de trabajo de acero inoxidable en el centro de la habitación. Bajó la cabeza y arrastró el aliento.

Segura. Le tomó un año trabajando aquí detrás, sirviéndose de hornear, decorar, aprendiendo la diferencia entre todas las clases elegantes que había tenido y el mundo real del funcionamiento de una panadería. Un año antes de que finalmente hubiera sido capaz de salir por esa puerta giratoria a la parte delantera de la tienda sin entrar en pánico.

El aire de la habitación cambió. Desplazado.

Cargado de tensión crepitante.

Lo debería haber sabido. Anna no podía competir con la voluntad, la fuerza, de Sloane.

Ella mantuvo su mirada fija en la mesa escrupulosamente limpia bajo sus manos.

—No estás acostumbrado a que te digan que no, ¿verdad?

—Me he acostumbrado a conseguir lo que quiero.

Le oyó moverse más cerca. Sintió el vello de su cuello contrayéndose. Sabía que estaba detrás de ella, pero él no le tocó. En cambio, colocó una gruesa tarjeta de visita, de color crema en la mesa entre sus manos. SLAM Inc.



Sloane Michaels, CEO impreso en ella. Toda la información habitual. Su mano desapareció.

—Ya tienes mi número de móvil privado en tu teléfono. Aquí está el resto de mi información de contacto.

Su voz estaba tan cerca de su espalda, se estremeció.

—¿Por qué me persigues?

—Porque te deseo.

Esto no tenía sentido.

—¿No escuchaste lo que dije ahí? No va a suceder. —Estaba dándole un susto de mierda. Como si pudiera pelar su piel y verle, todo de ella, no sólo las partes que ella optaba por revelar.

—Ya te he oído. También vi que te arrastrabas por el suelo para llegar a tu amigo en la noche del sábado. Me dijiste que saliera de tu espacio en el hospital. Tienes trazas de color rosa en el pelo.

—Rayas lavanda. —Juró a Dios, sabía que él sonrió sin ver su rostro. Podía imaginar la forma en que sus labios se levantaron en los bordes, dejando al descubierto una tentadora idea del hombre debajo de la dureza.

—Lo que sea, las rayas están de moda. Quiero tirar de la banda de tu cabello y arrastrar mis dedos por los mechones. Es molesto como el infierno. Apenas puedo trabajar, sin dormir y sin centrarme lo suficiente en mi entrenamiento.

¿Pensaba que sus vetas eran calientes? Espera…

—¿Qué entrenamiento? ¿Creí que te habías retirado?

El silencio apretó su cuello.

—Hago peleas de exhibición.

Por primera vez, tuvo la sensación de que había sombreado la verdad. Pero ¿qué sabía ella? Apenas había pasado algún tiempo real con él. Miró hacia atrás.

Su mirada capturó la de ella, quemando sus propias células.



—Todavía luchas.

—Por caridad, por lo general.

—Y cuando te encuentras matones robando el vehículo a una mujer tan aterrorizada que se congeló y dejó que su amigo fuera apuñalado.

—Eso no fue culpa tuya, Kat.

Se apartó. Necesitaba romper el contacto eléctrico brillando entre ellos.

—El infierno no fue así. Me quedé helada. Vi el cuchillo, pero la espalda del chico estaba frente a Kellen. Podría haberle advertido. Hecho algo.

Ella se puso rígida cuando Sloane se acercó más, su pecho rozando sus omóplatos. Sus brazos la rodearon, sus manos apoyadas en la mesa, junto a las de ella.

—Te estoy ofreciendo la oportunidad de aprender a luchar de nuevo.

—Pero mi pánico…

—La lucha es tanto el entrenamiento mental como físico. Podemos llegar más allá de tu pánico, Kat.

Conmoción vibró a través de ella. Era algo más que el hombre que le rodeaba. Incluso antes del ataque, sus padres habían sido protectores y preocupados por ella. Kat era diferente, artística y no se enfocaba académicamente tanto como habían querido, como Marshall su hermano mayor. Era un genio como ellos, mientras Kat les había decepcionado con su inteligencia oh-tan-promedio y el deseo de crear. Y desde su lesión, creían que era incompetente. Incluso Kellen fue protector y prudente con ella. ¿La idea de que era lo suficientemente capaz de defenderse a sí misma actualmente? Eso era asombroso.

—Contraatacar. —Ella probó la palabra, la sensación de poder que invocó en ella.

—Te puedo enseñar.

Enseñarle a ser más fuerte.

—Pero tendré que tocarte. —Él ahuecó sus manos alrededor de sus muñecas y trazó sus manos por sus brazos en un movimiento lento.



Su piel se tensó, sus pezones se tensaron, su reacción tan fuerte que apretó los muslos. Sin miedo. Lujuria. Caliente, lujuria que fusionaba huesos.

—Y, nena, no puedo poner mis manos sobre ti… —presionó sus caderas a su espalda, la dura cresta de su erección le marcó—… y no despojar a los dos a nuestra piel y follarte hasta que estés gritando de placer. —Su cálida boca rozó su cuello—. No tendrás miedo, sólo placer —susurró provocando su tierna piel—. Ya estoy listo.

Sus bragas estaban húmedas y acogedoras contra su dolorida hendidura. ¿Cómo le hizo esto a ella?

La soltó, dio un paso atrás. El aire frío se arremolinaba para sustituir la calidez del toque de Sloane.

—Llámame cuando estés lista.

Luego se marchó, dejándole con los muslos apretados y cavando sus dedos con los nudillos blancos en la mesa de acero frío.



Capítulo 6

El jueves por la noche, Kat organizó el pollo tostado almacenado y ensaladas frías de delicatessen en un plato y se lo llevó a Kellen. Diego tenía reuniones esta noche, los padres de Kel estaban agotados, por lo que ella estaba de guardia. Le entregó una botella de agua que él acomodó entre el muslo y el brazo del sillón donde estaba sentado.

—¿Necesitas algo más?

—¿Qué, después de que te esclavizaste con esta comida gourmet?

Él estaba utilizando el mal humor como una segunda piel en la actualidad. Kellen no era bueno estando enfermo.

—Traje brownies. Una burla más sobre mi falta de habilidades de cocina y se lo voy a dar todo a Diego.

Él frunció los labios.

—No puedo comer brownies si no estoy trabajando. No haces más que torturarme.

—Es para lo que vivo. —Volvió a la cocina, agarró su plato, botella de agua y servilletas. Se acomodó en el sofá grande, metiendo sus pies desnudos debajo de ella.

—Lo siento. Quiero un brownie. Me encantan tus brownies. —La desesperación nubló sus ojos.

—Eso es porque es la receta súper impresionante de tu madre. Todo el mundo ama los brownies. —Sus padres tenían excelentes recetas y felizmente las habían compartido con Kat. Usó algunas de ellas, algunas de las suyas y algunas eran una combinación de ambas ideas.

El fantasma de algo que podría haber sido una sonrisa apareció en su rostro.

—Lo siento.



Ella agitó su tenedor hacia él.

—Yo te mando a la mierda y que te mueras cuando me estás empujando al límite en un entrenamiento. Esto no es nada.

—No me gusta esto. Tengo que tomarme la licencia por discapacidad durante unas semanas, ya tenía una enorme deuda y con las cuentas médicas... —se interrumpió, mirando la película que había puesto en Netflix.

Kat reprimió su propia ola de culpa. No se trataba de ella, sino de Kel y sus problemas.

—Diego no es Brian. —Kellen había estado en una mala relación con un hombre y sufrió una escalada de violencia. Brian siempre culpó a Kel de tener menores ingresos y una creciente deuda de la universidad y de alguna manera eso se le había clavado en el cerebro. Si no se sacaba de encima ese peso financiero, sería golpeado y despreciado.

—Lo sé. —Él levantó la vista de su plato.

—Ya lo sé. En serio. Sólo que tengo demasiado tiempo para pensar en estos momentos. —Él forzó una sonrisa— Dime lo que está pasando contigo. ¿Así que vas a la fiesta de compromiso de Marshall del sábado de la semana que viene?

Su estómago se encogió ante el recuerdo de la fiesta de su hermano y su novia.

—Sí. —Ella se frotó la frente— David hizo un punto al recordarme que estaría allí. —Por supuesto que lo haría. Marshall y David habían sido mejores amigos desde el instituto.

El rostro de Kellen enrojeció de ira.

—Yo voy contigo. Voy a tener que sentarme un montón, pero es mejor a que enfrentes a la comadreja de tu ex sola.

Él lo haría. Sabía que lo haría, no importa la cantidad de dolor que sintiera. Pero no iba a arriesgar su recuperación.



—No, no lo harás. Manejé a David en mi panadería, puedo manejarlo en la fiesta. —Esperaba eso. Se obligó a comer un poco de pollo como si no tuviera una preocupación. El sabor era como serrín.

—Te estás volviendo más fuerte. ¿Mantendrás las rayas en el pelo?

Eso le levantó el ánimo y no pudo resistirse a sonreír.

—Me han dicho que son sexy.

—No David, eso seguro. —Kellen bajó el tenedor— Escúpelo.

Kat se debatió en decirle, pero no podía aguantarse más y estalló con la historia de Sloane viniendo a la panadería el día anterior. Finalmente dejó de hablar y tomó un trago de agua.

—Una proposición de Acompañante. —Kellen mostró sus hoyuelos asesinos— Eso ni siquiera es la parte interesante.

Él estaba disfrutando esto demasiado.

—¿No?

Negó con la cabeza.

—Nop. La parte interesante es que descubrió la manera de atraerte. No con las promesas habituales de ropa, joyas, vacaciones... no, no para nuestra Kat. Te alejaste de ese mundo. Tú estás más interesada en el último mezclador industrial y del chocolate de lujo para hornear. Pero él no fue allí.

—¿Qué te hace estar tan seguro de que realmente me atrajo?

—Oh, él te tiene, Kit Kat. Tu voz cambia cuando hablas de él. —Kel le sonrió— Te está descubriendo. Y te está ofreciendo la única cosa que te asusta tanto como te tienta. Aprender a defenderte, para hacerte más fuerte.

Se apretó el estómago.

—Pero ¿qué pasa si no puedo hacerlo?

Él le miró y le preguntó en voz baja,



—¿Qué pasa si puedes?

Cerró los ojos, tratando de conseguir controlar las olas de preocupación, el miedo, la nostalgia.

—Tenía miedo también con Diego. Sabes eso.

Sí, lo hizo.

—No es lo mismo. Sloane no está buscando una relación.

—¿La estás buscando tú?

Sus entrañas se quemaron.

—No. —Nunca. No tenía esa clase de confianza en ella nunca más. No siempre la tuvo.

—Al menos es honesto acerca de lo que quiere. ¿Qué quieres?

Dejó el tenedor en el plato.

—Quiero ser más fuerte, Kellen. No quiero tener un maldito ataque de pánico cuando estoy fuera de mi zona de seguridad. Estoy tan cansada de tener miedo. —Fue un alivio decirlo— Pero no sé si puedo hacerlo.

—Al igual que te recuperaste de tus cirugías y yo aprendí a confiar en Diego, toma pasos de bebé, pequeña. Comienza con una cosa.

Eso tenía sentido. No tenía que saltar a todo esto con Sloane en un solo salto.

—Una lección de auto defensa.

Y, cariño, no puedo poner mis manos sobre ti... y no despojarnos a los dos de la ropa hasta que sólo quede nuestra piel y follarte hasta que estés gritando de placer. Dar este paso conduciría inevitablemente al siguiente. La emoción se enterró en el estómago y más abajo. No recordaba a ningún hombre que tuviera un efecto tan profundo y visceral en ella.



Haciendo acopio de valor, cogió su teléfono de la mesa de café, y antes de que perdiera su destello de valentía, se desplazó hasta el número de Sloane. Eran cerca de las 21:00 hrs así que probablemente no oiría hablar de nuevo de él esta noche, pero estaba bien. Escribió un texto.

No estoy exactamente lista, pero dispuesta a probar una clase de defensa personal y ver cómo va. Pulsó enviar.

Tal vez no tendría que enfrentarse a David sola en la fiesta. Podría tener un acompañante, después de todo.

* * * *

La tarde del domingo generalmente la multitud en el gimnasio era pequeña. Sloane acababa de regresar de un viaje rápido a las Vegas para hablar con los promotores de una pelea del próximo año. Mientras estaba allí, había mirado un par de sitios potenciales para construir otro gimnasio.

De vuelta a casa ahora, había elegido el gimnasio SLAM más cercano a donde Kat vivía para su primera clase de defensa personal. Entró, llevando su bolsa de deporte y se dirigió a los vestuarios. Después de cambiarse a unos pantalones cortos y una camiseta, Sloane guardó su ropa después comprobar su teléfono.

Nada de Kat. Se preguntó si iba a aparecer. Sabía lo que estaba haciendo, probando las aguas con una lección de defensa personal. Tratando de medir si podía confiar en él.

Había pasado un infierno de mucho tiempo desde que se había tomado tantos problemas por cualquier mujer. Pero por otro lado Kat era diferente. Normalmente, sus acompañantes eran mujeres de la sociedad que disfrutaban de ser vistas con él y los lujos que podía permitirse. Todo era sin esfuerzo de su parte.

Kat despertó algo en él, además de la lujuria, que no había sentido en mucho tiempo, ella era un reto.

Salió del vestuario y se dirigió a la zona de pesas hacia la parte trasera.

—Sloane.

—Venganza.



—Michaels.

Los chicos le saludaron por sus varios nombres. Venganza era su apodo de lucha. En segundos, Sloane cambió automáticamente al modo de entrenamiento. Todo lo demás se deslizó de su mente.

La mayoría de los equipos de cardio estaba arriba, pero tenía una cinta de correr escaleras abajo utilizado para el calentamiento rápido o entrenamiento de circuito. Caminó durante un minuto, luego se lanzó a un trote constante. Sólo estaba calentando, por lo que cinco o diez minutos lo harían. Mientras tanto, estudió las partes del gimnasio visibles desde donde estaba. Limpio y el equipo se veía en buen estado de funcionamiento. Los entrenadores estaban en terreno, mirando y guiando.

Se volvió hacia Ethan que estaba terminando sus estiramientos. Sloane había contratado a Ethan Hunt como su chofer y le puso en su casa de huéspedes. Todo era parte de su acuerdo para patrocinar la formación de Ethan con un poco de atención personal. Pero eso quiere decir que el chico tenía que estar disponible cuando Sloane lo necesitara. Y él había necesitado un trabajo. Trabajar como conductor de Sloane era una buena solución.

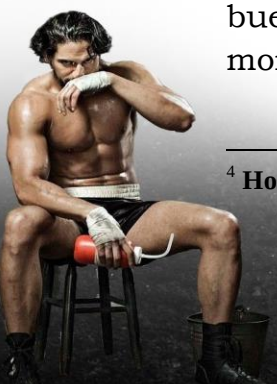
John Moreno se acercó.

Sin romper su paso en la cinta, Sloane saludó con la cabeza.

—Vi a Drake hoy. En el hospital, dijeron que han hecho todo lo posible. Necesita de cuidados paliativos. —John se apoyó contra la pared al lado de donde Sloane corría.

Mierda. No había ningún lugar al que pudiera ir para escapar del dolor del cáncer de Drake. Manteniendo su andar suelto e incluso, la respiración regular, miró a John.

—El especialista al que hice revisar su caso esta semana, dijo la misma cosa. Cabrones. —Al igual que dejarían a uno de los suyos ir a una institución y pudrirse. No daba una mierda por cómo se suponía que era bueno un hospicio[4] que, en su opinión todavía era un lugar maldito para morir, en vez de vivir rodeado de las personas a las que pertenecías.



[4] **Hospicio:** hospital para enfermos terminales.

—¿Y? ¿Tu casa o la mía? —preguntó John—. Es bienvenido a venir a vivir conmigo, Sherry y los niños.

Sloane sabía que John quiso decir exactamente eso, pero rechazó la oferta.

—En mi casa. A Drake le gusta el mar. Haré que Ethan contrate enfermeras y todo lo que necesita.

—Te diré que, vamos a dejar a Sherry hacerlo. A ella le encanta Drake. hará los arreglos. —John miró a Ethan cuando empezó el circuito de la formación en la agenda de hoy—. Él es un buen chico, tiene potencial.

Bajó la velocidad a un paseo ahora que sus músculos estaban calientes, se puso un brazo sobre la cabeza y empezó a estirar.

—Tiene el corazón de un guerrero. Por eso te contraté para entrenarle.

—Sloane trabajaría con él también, pero el tiempo era limitado. —El trabajo a tiempo completo de John era entrenar luchadores en formación.

—Sí. No importa lo que le echen, lo hace. Incluso si tiene que arrastrarse fuera de aquí.

Recordando sus propios combates con indescriptible agonía física a manos de un entrenador, Sloane sonrió.

—Le encanta el jacuzzi en mi casa. —Estaba puesto en la terraza con vistas al mar. Detuvo la cinta y se limpió con la toalla la cara.

John se enderezó.

—¿Ves esas flexiones de brazos que está haciendo?

Sloane repasó el excelente control de Ethan, ascensos estables hasta la clavícula y luego hacia abajo sin encorvar los hombros.

—Sí.

—Ve a demostrarle cómo añadir peso.

De repente la adrenalina se esparció por su sistema. Al bajar de la cinta de correr, llevó las manos sobre su cabeza y se quitó la camiseta. Caminó por los pesos, agarró uno de veinticinco kilos y se fue para mostrarle al chico cómo se hace.



No sólo ayudaría al chico, sino también le daría la oportunidad para expresar su preocupación por Drake. ¿Y lo mejor de todo? Tal vez podría usar suficiente energía como para tocar Kat y no perder el control.

No había estado bromeando cuando le había dicho que no iba a ser capaz de tener sus manos en ella y no follarla. En esa cocina de la panadería, había tenido una visión de primera fila mientras luchaba contra sus demonios personales con fuerza honesta. Había tenido que darse la vuelta y alejarse.

Ella le tentaba mucho más que nadie en mucho tiempo. Y ni siquiera le había besado todavía.

* * * *

Kat aparcó su coche en el estacionamiento y miró al imponente gimnasio de dos pisos. *SLAM Gimnasio y Centro de formación* se leía en el cartel.

Podía hacer esto. Sloane había llamado minutos después de que le envió el texto la noche del jueves. Habían dispuesto esta vez uno de sus gimnasios para entrenar. Y negociar. A Sloane le gusta tener los términos de su acuerdo claros para que no hubiera malos entendidos.

Entonces ¿por qué tenía los dedos envueltos alrededor del volante? ¿Con los nudillos blancos? Maldición. Odiaba esto de sí misma, odiaba ser débil y asustadiza. Ésta era su oportunidad de ser algo más que la mujer que estaba rota. Obligando a sus dedos a abrirse, se recordó a sí misma que estaría a salvo. ¿Acaso no había demostrado ya Sloane su protección? Deteniendo a los asaltantes y luego insistiendo en que le enviara un texto una vez que estuviera a salvo en su condominio.

No era David.

Pero incluso mejor que depender de él, iba a enseñarle cómo mantenerse a salvo. Tomando las llaves, cogió su bolso con su toalla y botella de agua y la caja pequeña y cuadrada de su panadería. Se levantó y se dirigió al aparcamiento.



Antes de que pudiera arrepentirse, mientras caminaba en el aire artificial el fresco aroma de limpieza, fuerte olor y el sudor almizclado. Música salía de altavoces ocultos. La recepción curvada alrededor de una chica bonita con una camisa negra adornada con el nombre del gimnasio en la parte delantera. Echó un vistazo a la caja en la mano de Kat, sonrió y dijo: —Bienvenida. ¿Es usted la señorita Thayne?

Es evidente que le esperaban.

—Sí. He quedado con Sloane Michaels.

—Tú eres su invitada de hoy. —La chica salió de detrás del mostrador.

—Mi nombre es Charity. Te voy a mostrar dónde está. ¿Quieres poner tu bolso en un armario en primer lugar?

—No, gracias. —Siguiendo a la chica, Kat tomó nota de la gran superficie llena de máquinas relucientes.

—Como se puede ver a la derecha, está la piscina y los jacuzzis. Ésta es el área de las máquinas de fitness de última generación y de allí... —Charity señaló a la izquierda— ...están nuestras canchas de racquetbol[5] y aulas. También hay una cancha de baloncesto.

Kat absorbió todo.

—Arriba están nuestras áreas de cardio, como clases de spinning. Por éste corredor están los baños, casilleros, saunas y masajes. Nuestro masajista sale a las... —Ella dejó de escuchar. Su conciencia esparciéndose a través de sus terminaciones nerviosas a la vista de la enorme zona de peso-libre.

Sloane.

En nada más que pantalones cortos y zapatillas. Haciendo flexiones sobre una barra alta.

La boca de Kat se secó y tenía ganas de mojar sus labios. Su espalda era enorme, con grandes músculos en los brazos, hombros y espalda superior agrupados bajo la piel bronceada. Fluidas líneas oscuras de un tatuaje



[5] **Racquetbol:** es un deporte masculino y femenino reconocido por el Comité Olímpico Internacional. Es parecido al squash ya que también se juega en una pista totalmente cerrada, con cuatro paredes y un techo. Los jugadores utilizan raquetas de cabeza ancha y puño corto para golpear una pelota mediana de goma contra las paredes y el techo.

alrededor de su bíceps derecho. Su cintura se redujo en la cintura de sus pantalones negros. Tenía sus largas piernas flexionadas, y lo que sujetaba entre sus tobillos era un peso de aspecto pesado.

Hacía entre cinco y diez flexiones impecables.

No podía apartar la mirada, no quería. Sus músculos y tendones ondeaban con el poder estrictamente controlado. Agarrando la caja, deseaba que fuera él, toda la piel caliente sobre músculo acerado, quien ocupara el lugar del cartón plano.

Demonios, le quería sobre ella, su cuerpo marcándole mientras empujaba dentro de ella. Sin aliento, se sonrojó caliente mientras un hormigueo de miedo se deslizó por su espalda.

La sensación de ser observada se filtró en ella. Venía del espejo frente a Sloane. Su mirada certera le localizó en el espejo. Lentamente, se sentó hasta que colgaba recto, desencajó sus tobillos y dejó de lado el peso que había sujetado allí.

Pisando el suelo, se dirigió hacia ella.

Sabía que había otras personas en el gimnasio, pero Sloane le consumía. Su rostro duro, la gruesa columna de su garganta hasta su hombro.

Oh Señor, los hombros y los brazos, pedían ser explorados. Tocados, acariciados y apretados. La capa de sudor que cubría su pecho le hizo pensar en lamidas largas…

¡Contrólate! No había sentido un deseo instantáneo como éste. No había pensado alguna vez en lamer a un hombre sudoroso.

Sloane agarró una camisa de una cinta de correr y se la puso sobre su cabeza antes de detenerse frente a ella. Miró a Charity y le dijo:

—Yo me encargo, gracias.

Kat se había olvidado de la chica. Sloane le hacía eso, le hacía olvidar todo excepto a él.



—¿Qué hay en la caja? —Sloane miró a sus manos.

¿Caja? ¡Oh!

—Pastelitos. Para ti. —Un rubor le calentó la piel, pero se obligó a ignorarlo— Es una especie de gracias por hacer esto hoy.

—¿Me trajiste pastelitos?

Había sido una idea tonta, traer pastelitos a un gimnasio. Para un hombre como a Sloane que obviamente no comía muchos dulces.

—Los puedes tirar a la basura.

—Hey, Michaels, me quedo con los bizcochos —gritó uno de los hombres.

Los ojos de Sloane adquirieron un matiz de color de la tierra de Siena ardiente. Él volvió la cabeza hacia el hombre.

—Tócalos y mueres Carson. Ella los trajo para mí. —Tomó la caja de las manos y las metió bajo su brazo derecho. Una sonrisa estalló en su rostro.

—¿No es así, Kat? Sólo para mí.

Se le ocurrió que estaba sorprendido. Pero ¿por qué? Las mujeres le querían, se reunían en torno a él. Había visto la reacción que provocó en la recepción de la boda. Se imaginó que hacían todo tipo de cosas por él. Los pastelitos no eran gran cosa.

—Sólo para ti —dijo en voz baja. Desconcertada por su intensidad, apartó la mirada, al grupo de chicos que miraban con interés evidente.

—No te preocupes por ellos —dijo Sloane apoyando su mano en la espalda.

Su palma estaba caliente y grande, lo que le hacía sentir pequeña y delicada.

—Vamos a una habitación privada. Nadie nos molestará. —Le condujo por un pasillo, se detuvo en la puerta y presionó algunos botones en un teclado para abrirla.

Kat entró a la gran sala con alfombras que cubrían el suelo. En la pared del fondo había armarios de suelo a techo que asumió contenía equipo. Las paredes restantes estaban cubiertas de espejos y en uno de ellos, vio a Sloane caminar en la habitación detrás de ella. Inmediatamente sintió el área grande más pequeña, más caliente.

Cerró la puerta, encerrándoles en su interior.



Capítulo 7

Parte de ella quería huir. Correr. Escapar. Volver a su pastelería a donde pertenecía. Kat bajó su bolso de gimnasio y aceró sus nervios.

Nada de correr. Nada de pánico. Podía hacer esto.

Sloane. Él llenaba la habitación con su poderosa presencia mientras cuidadosamente ponía la caja de pastelitos en un lugar protegido. Una vez que estuvo satisfecho con eso, cruzo la alfombra.

Este era su dominio, su mundo. Estaba tan a gusto aquí como lo había estado irrumpiendo en la recepción de la boda y derribando al ladrón de autos con un cuchillo.

¿Es que nada le perturbaba?

Bueno, al parecer un regalo de pastelitos lo hacía. Sus pensamientos se dispersaron cuando él se detuvo justo en frente de ella, su evocativa mirada deslizándose por toda su longitud.

Ella aspiro una respiración, vívidamente consciente de su top rosa y blanco con su corte sin mangas y con función de sostén que dejaba cinco centímetros de su vientre desnudos. Una sudadera gris oscuro rodaba baja en el hueso de su cadera.

—Estas llena de sorpresas, chica pastelera. Estas tan caliente —él cerró sus ojos, su garganta pasando un largo trago. Recuperándose, dijo—: Vas a probar mis límites de auto-control.

Ella se sonrojó y espirales de deseo brotaron a travesándole. Era demasiado, muy rápido. Apenas le conocía, aun así su cuerpo reaccionaba. Pero su mente gritaba que necesitaba estar segura de que podía confiar en él. —Sloane, no he dicho que sí a tu proposición de acompañante. Esto es sólo un experimento.



Él atrapó su mano, su pulgar frotando sobre la sensible piel entre su pulgar y el dedo índice. —Lo discutiremos mucho más a fondo cuando terminemos de entrenar.

El calor de su toque ondeaba a través de ella. —Nada de sexo —soltó abruptamente. No estaba lista, no sabía si algún día lo estaría.

—De acuerdo. Por esta noche —soltando su mano, la expresión de Sloane se volvió seria— Cuéntame sobre tu pierna.

Le tomó un segundo entenderle. —Tibia terriblemente fracturada, se desplazó la articulación de la rodilla. Tengo placas y tornillos ahí. Rango limitado de movimiento. No puedo extender completamente la rodilla o hacer una curva completa —mantuvo la explicación de su herida y limitaciones simple.

Él miró hacia abajo.

Kat se tensó. ¿Iba a demandarle verlo? Rápidamente, añadió. —He hecho años de terapia física con Kellen, además manejo una bicicleta y hago yoga. Sé lo que puedo soportar y lo que no —a pesar de lo que su familia parecía pensar. Pero eso no era algo que tuviese que compartir con él.

Sloane estrechó sus ojos. —Me dirás si te duele. ¿Está claro?

Kat casi le dijo lo que él quería escuchar. Pero Sloane no ganó peleas sin haber tenido algo de dolor, así que él tenía que entenderlo. —Te diré cuando duela más de lo que debería.

Ladeando la cabeza, parecía estar determinando a saber si ella realmente conocía sus límites. Satisfecho, asintió. —Vamos a empezar — parándose a su lado, se giró para mirar al espejo—. Si eres atacada, tu objetivo es desarmar a tu atacante y escapar. Para hacer eso, tienes que herirle lo suficiente para que caiga al suelo, luego corres.

Sus manos estaban marcando su cintura, pero Kat escuchó. —¿Herirles cómo?

—Te voy a mostrar los puntos débiles donde puedes causar el mayor daño. Apuntando, dijo: —Ojos, pero eso es duro para las mujeres y dudarlo puede lograr que te maten. Luego está la nariz, el cuello —le tocó la



garganta. Dejando caer sus manos a la zona de las costillas, siguió— el plexo solar esta justo aquí entre el esternón y el ombligo.

Un estremecimiento le atravesó mientras él suavemente le rozaba. Ignoró la sensación de sus dedos sobre ella y se enfocó.

—Las rodillas —se agachó, dándole palmaditas al interior y el exterior de su rodilla—. Es muy efectivo apuntar para golpear cualquiera de estos lugares y desarmar a tu atacante. Si lo haces lo suficientemente fuerte, el dolor es insoportable. El atacante caerá y tú puedes correr.

Kat hizo una mueca de dolor, el recuerdo de su propio dolor cuando se despertó en el hospital corriendo a través de ella. Luchó contra una oleada de náuseas.

—¿Kat? —Sloane se mantuvo agachado en la alfombra.

Tragó. —Golpe en la rodilla, captado.

Él se levantó con un movimiento fluido. —Muéstrame.

Rápidamente, repitió los lugares donde podía causar el mayor daño.

—Bien. Ahora tu cuerpo está equipado con armas. Tu cabeza. Tu puño —él demostró un puño—. El talón de tu mano —le mostró como llevar sus dedos hacia atrás y empujar el borde inferior de su palma. Luego finalizó con—: Codo, rodilla y pie.

Para él, esto era normal. Hablando sobre las formas de herir a otras personas y partes del cuerpo volviéndose los medios para hacerlo, era sólo otro día en su vida. Su estómago se contrajo.

Sloane esperó, su silenciosa ceja alzada evaluándole.

¡*Se fuerte!* Alzando su barbilla, dijo: —Captado —lo recordaría.

—Voy a enseñarte cómo manejar un par de situaciones. Pero eso significa que voy a venir hacia ti o a frenarte —se acercó.

Tenía la sensación de que él estaba acercándose a propósito. Su pecho se contrajo. —¿Qué pasa si entro en pánico?

Él tocó su hombro, sus dedos tibios y tranquilizadores. —Hablas conmigo. Dime cuando estés sintiendo síntomas de pánico.



Su ritmo cardiaco aceleró, pero todavía estaba en control. Era difícil admitir lo muy defectuosa que era, lo profundo que sus ataques de pánico iban, pero tenía que decírselo. —¿Y si no puedo hablar?

Él deslizó sus dedos hacia su brazo y agarró su mano. —Si no puedes hablar, este es tu gesto seguro. Se llama golpeteo —alzando su mano, doblo sus dedos y los golpeteo tres veces en su piel—. ¿Lo sientes?

—Sí —exhaló. ¿Cómo podía algo tan simple funcionar?

—Tú das palmaditas como esas en cualquier punto que puedas encontrar en mí. Estoy entrenado para reaccionar a eso, Kat. Puedo estar en la mayor competencia en mi vida, pero siento eso —tres rápidos golpecitos— y es una señal para detenerme inmediatamente. La vida de mi oponente puede depender de ello. Tú golpeteas, yo me detengo, ¿entendido?

La idea de tener ese poder sobre él mandó un escalofrío a través de ella. —¿Así de fácil?

Él se movió al lado de ella de nuevo.

En el espejo, él era una cabeza más alta que ella, sus hombros mucho más amplios, sus brazos estaban mostrando músculos en serio. Había visto a Kellen sin nada más que pantalones cortos, sabía que era esbelto, rápido y sorprendentemente fuerte, pero Sloane lo llevaba a un nivel completamente nuevo.

¿E iba a confiar en él? ¿Detenerlo sólo con golpecitos?

Alzó sus brazos y los puso alrededor de ella en un abrazo de oso. Ellos le rodeaban como bandas de acero inmóviles, asegurando sus brazos a sus lados. Luego tiró de ella hacia atrás contra su pecho.

Antes de que Kat pudiese procesar lo que sentía, si estaba asustada incluso, él hablo,

—Golpetea.

Encontró sus ojos en el espejo. —Pero mis brazos están atrapados —sólo decirlo lo hacía real y sus dedos cosquilleaban. La enfermiza sensación de impotencia inflándose en su mente.

—Encuentra un lugar. Golpetea. No te rindas.



Forzó una respiración y rotó su mano derecha en la muñeca. Sus dedos golpearon su muslo, y dio tres golpecitos.

Él la soltó inmediatamente. —Bien.

Una nueva sensación de poder se apresuró a través de ella. —Lo hice. Incluso con mis brazos atrapados —se sintió bien. Estimulante.

—Lo hiciste —tocó su rostro—. También funcionará cuando te tenga desnuda, Kat. Recuérdalo. Tú no estás indefensa. No conmigo. No te quiero asustada y con pánico. Te quiero caliente, jadeando y desesperada por que te haga correrte. ¿Entendido?

No fue miedo lo que aceleró su ritmo cardiaco esta vez. Oh no, eso era deseo. Sin saber cómo responder, sólo asintió.

—Bien. Ahora veamos lo que podemos hacer respecto al próximo imbécil que trate de sacarte fuera de tu auto. En esa situación tienes varios movimientos. El primero es un bloqueo. Cuando se acerque por tu cabello o tu brazo, tú doblas tu codo y balanceas tu brazo al estilo de un molino de viento, bloqueándole.

Kat prestó atención mientras Sloane lo demostraba doblando su brazo y balanceando su antebrazo. Intentó imaginarse a sí misma haciéndolo. —Pero no soy tan fuerte como tú —eufemismo del año.

—No importa. La mayoría de estos movimientos están basados en apalancar y escoger las áreas correctas —acercándose a ella, envolvió sus dedos alrededor del exterior de su bíceps izquierdo—. Inténtalo.

Su fuerte agarre le hacía dudar, pero él era el profesional con campeonatos para su crédito. Así que dobló su codo y rápidamente rotó su brazo, creando el molino de viento.

Él perdió su agarre.

Increíble. Sonriendo, dijo: —Funcionó.

Sloane agarró su propia muñeca y se la mostró. —¿Ves donde mis dedos se unen a mi pulgar? —A su asentimiento, continuó—. Esa es la parte débil. Mi puño se encontró en la parte interna de tu brazo, tú bloqueaste, empujando por allí, rompiendo la parte más débil de mi agarre.



Eso tenía tanto sentido. —¡Sí! —Okey eso había salido un poco entusiasta, pero maldición, nunca había sabido de esto.

Arrugas de emoción se desplegaron alrededor de los ojos de él. —Es todo sobre encontrar las debilidades de tu oponente y usar tus fortalezas en su contra. Lucha habilidosa requiere pensamiento rápido.

—Lo que significa que no puedo entrar en pánico —ese era su obstáculo. Tenía que mantener su miedo bajo control, pero ese era su problema, no el de él—. Enséñame más —quería aprender.

—Asumiendo que todavía estamos luchando con el tipo intentando sacarte fuera de tu auto, has bloqueado su intento de agarrarte. Ahora atacas usando el talón de tu palma. Curvas tus dedos hacia atrás y lo golpeas contra su nariz, empujando hacia arriba con tanta fuerza como puedas —le mostró sus dedos doblados, una apretado doblez de muñeca, sobresaliendo el talón de su palma—. Incluso sentada, puedes golpear duro y hacia arriba, conectando justo debajo de su fosa nasal y rompiéndola —girándose hacia el lado, él lanzó el golpe en el aire.

Impresionada por su pura velocidad y poder, estaba bastante segura de que su boca colgaba abierta.

—Te lo mostrare de nuevo —fue a través de los movimiento un par de veces más, luego le hizo hacerlo, observando y corrigiéndole hasta que estuvo satisfecho.

—Okey. —Sloane se paró frente a ella— Voy a acercarme a ti. Pon ambos movimientos juntos. Golpea mi mano lejos y estrella el talón de tu mano justo debajo de mi nariz.

Horrorizada, dijo, —Te golpearé.

—De ninguna manera, nena. La única forma que podrías golpearme es que esté dormido o inconsciente.

Correcto. Había visto lo rápido que se movía. Ignorando un sonrojo de vergüenza, dijo: —Tal vez me vuelva lo suficientemente buena.

Asintiendo su aprobación, agregó: —No puedes tener miedo de golpear o herir a tu oponente. No en el entrenamiento y no si estás en una situación en la que tienes que defenderte a ti misma.



En otras palabras, deja de actuar como una pequeña niña asustada. Esa era la razón exacta por la que estaba aquí. —Hagamos esto —centrando su peso, le miró detenidamente. ¿Con cuál brazo atacaría él?

Golpeó con su derecha.

Ella giró su brazo izquierdo hacia arriba, conectando con su brazo y lanzándolo hacia un lado. Siguiendo eso, apuntó a su nariz con el talón de su mano derecha.

Él fácilmente se dobló fuera de su camino y atrapó su mano con la suya.

Kat tropezó hacia adelante con el impulso de su golpe.

Sloane envolvió un brazo alrededor de su cintura, tirándola hacia él. —La mecánica está ahí, pero necesitas hacerte más rápida y apuntar duro. Una vez domines eso, agregaremos un golpe de rodilla —le dejó en el suelo.— De nuevo, Kat.

* * * *

Una hora después, Sloane sabía que era hora de parar aunque no hubiesen llegado a golpes de rodilla todavía. Kat estaba sudando, inclinada y frotándose la rodilla y la pantorrilla. Había notado que su pequeña cojera se había vuelto más pronunciada en los últimos diez minutos.

Pero demonios, le había impresionado como el infierno.

—Ya has tenido suficiente por esta noche, Kat.

Ella se paró erguida, sus ojos verde-azulados oscureciéndose como un mar agitado. —Puedo seguir. Hago clases de bicicleta más largas que esto.

Caminó hacia ella, encantado de que no se alejara como había estado haciendo en el pasado. —Te gusta esto. Estás luchando.

—Yo solo… Quiero ser más fuerte. Mejor.

Estaba malditamente bien exactamente como estaba. Pero Sloane entendía esa motivación interna por estar en control. Él había nacido en la pobreza



con una madre que creía en romances de cuentos de hadas, como si un jodido príncipe se fuese a aparecer y a salvarles.

Sloane había jurado nunca más volver a estar así de impotente. Amasó riqueza y poder para mantenerse en control. Y planeaba usar eso para vengar a Sara.

Pero Kat no necesitaba saber todo eso. No tenía nada que ver con ella. —Puedes hacer esto. Tienes el equilibrio, la resistencia y lo más importante, el deseo de aprender.

Color inundó su rostro. Girándose, agarró su botella de agua. —Si acordamos éste trato, no quiero que hagas eso —tomó un sorbo.

Se acercó a ella. —¿Hacer qué?

—Mentirme —tapando su botella vacía, agarró su bolso de gimnasio.— Se lo que soy.

Ira se empezó a formar rápido y profundo en las entrañas de Sloane. —¿Y qué es eso?

Se paró derecha, el bolso colgando de sus dedos y sus ojos sangrando en silenciosa agonía. —Una mujer quebrada.

—¿Quién coño te dijo eso? —Maldita sea, raramente perdía el temperamento, pero eso mando su sangre a hervir. *¿quebrada?* Había sobrevivido a un brutal ataque. Desde donde él estaba, ella era sensual y determinada, no rota.

Ella quitó la mirada, su expresión endurecida. —No importa.

Oh, sí importaba. Pero ella no quería decirlo, así que ese era su problema. Cruzando sus brazos, la fulminó. —Yo construí un imperio sólo de reconocer buenos luchadores cuando los veo. Si digo que tienes lo que se necesita para dominar la defensa personal, entonces lo tienes. Si haces uso de ello, es tu decisión.

Sus hombros se levantaron, su barbilla se alzó y sus ojos brillaron. —Supongo que tú nunca te equivocas.



Otras mujeres irían más suaves y empalagosas. No Kat. Parecía progresar cuando él se paraba cerca de ella y le retaba. Cuanto más le empujara él al momento de dar instrucciones, más hacía ella. A él le gustaba eso. Mucho.

Y le había traído pastelitos. Todavía no podía superarlo. Había crecido acostumbrado a las mujeres mandándole costosos gemelos, relojes o botellas de licor que él no necesitaba para que llamaran su atención. Pero nadie le había hecho pastelitos. Algo que ella misma hizo. Personalmente. No levantando un teléfono y ordenándolo, sino haciéndolos ella misma.

—Raramente me equivoco, chica pastelera —caminó hasta la caja de pastelitos, los levantó y luego regreso para tomar su brazo—. Vamos a la sala de descanso y veamos que tal saben estos pastelitos —le abrió la puerta.

Kat comprobó los alrededores. —¿Qué pasó con la música? Está tan silencioso.

—Todos se fueron. El gimnasio ya cerró.

—¿Estamos solos? —Su voz se debilitó, pero se mantuvo a su ritmo.

—Hasta que el equipo de limpieza venga en una hora más o menos —le guió a la puerta detrás del mostrador de la barra de zumos y dentro de la sala de descanso de los empleados. Allí se detuvo. Jesús, incluso sudada y cansada, apenas escondiendo su cojera, se veía impresionante. La deseaba, pero primero tenían que estar claros. —Estás a salvo conmigo. Pero necesitamos hablar. Necesitamos establecer los límites de mi proposición.

Ella inclinó su cabeza hacia atrás. —No he dicho que sí.

—Lo harás. —Le dijo— Nunca me equivoco, ¿recuerdas?



Capítulo 8

Kat observó la sorprendente sala de descanso. Había un mostrador con un lavabo y un microondas, una nevera junto a eso, y un par de máquinas expendedoras. Se sentó en una de las sillas alrededor de una mesa cuadrada en el centro de la habitación. Sloane se dirigió a la nevera y sacó dos botellas de agua. Después encontró platos de papel, servilletas y cubiertos de mesa y los puso sobre la mesa.

Se dejó caer en la silla a su lado.

—¿Cómo está tu pierna?

Mierda, había estado frotándola.

—Está bien.

Cogió el agua fría.

Se echó hacia atrás en su silla.

—Haz lo que quieras. Pero soy bastante bueno en el masaje.

De ninguna manera. Querría subir su pantalón y ella prefería no ir allí. Por lo menos no todavía.

—Así que este gimnasio, es enorme. ¿Cuántos de ellos tienen?

—Vamos a abrir el gimnasio sesenta esta semana.

Bajando su botella de agua, se acordó de que Sloane era más que un luchador, o incluso dueño de un gimnasio. Formaba parte del mundo que ella nunca había encajado. ¿Cómo fue que no vio eso?

—Entonces, ¿cómo se pasa de ser un luchador a un magnate de los negocios?

Diversión brillaba en sus ojos.

—¿Magnate de los negocios?

Se encogió de hombros.



—Es lo que *Forbes*[6] te llamó.

El patrimonio neto de Sloane estaba en los mil millones según la revista. A ella no le importaba su dinero, respetaba su habilidad para hacer crecer un negocio.

—He hecho un excelente dinero con créditos y comencé a construir mi propio cuerpo de luchadores que representé. Tuve la oportunidad de apostar en esto mediante jornadas de trabajo de veinte horas y una unidad para tener éxito.

Reconocía una respuesta fácil al escuchar una. Así que... podría respetar su sentido de los negocios, pero Kat sólo poseía una pequeña panadería. Probablemente le consideraba como un pasatiempo como su familia hizo. Negándose a sentir decepción, dijo:

—Lo has hecho muy bien.

Se incorporó y le miró durante largos segundos.

—No confundas quién soy, Kat. Te deseo y ya que estamos juntos, me centraré en nuestro placer sexual con la misma intensidad que me centro en el éxito. Pero es temporal y sólo cuando sea conveniente. No quiero malentendidos.

Pasó su pulgar sobre la base de plástico estriado de la botella de agua, consideraba sus palabras. Él tenía límites muy claros para sí mismo. Se preguntaba ¿qué le hizo de esa manera? Pero la verdadera pregunta es, ¿esto funcionará para ella? ¿Podría dar este paso y finalmente hacer todo para tener una relación sexual y aprender lo suficiente de autodefensa para sentirse segura? Kat tenía que creer que detendría sus ataques de pánico secundarios.

Luego sería libre para hacer más con su panadería. Con su vida.

¿Pero el amor?



[6] **Forbes:** La revista Forbes se publica en Estados Unidos y está especializada en el mundo de los negocios y las finanzas. Fundada en 1917 por B. C. Forbes, cada año publica listas que despiertan gran interés en el medio de los negocios como Forbes 400, Forbes 500 y Fortune 500.

No. ¿Experimentar ese tipo de vulnerabilidad y confiar sólo para que se rompa junto con sus huesos otra vez?

Sus pulmones ardían ante la idea.

Finalmente, ella respondió:

—No soy una romántica Sloane. No me veo a mí misma cayendo enamorada de ti. Y no quiero tu dinero.

Su tensión disminuyó y le tomó de la mano.

—Deja eso de lado, te quiero en mi cama. Y estoy dispuesto a hacer lo que sea necesario para llegar hasta allí.

Su mano era cálida y la habitación se calentó con un crujido de tensión solamente con su tacto. Nunca había tenido esta fuerte reacción con cualquier hombre.

—¿Siendo franco de nuevo?

—Estoy siendo honesto, Kat y espero lo mismo de ti. Puedo darte clases luchando y voy a conseguir un entrenador para entrenarte cuando estoy de viaje. Aparte de eso, ¿qué quieres?

Ahí estaba. Las negociaciones para una relación sexual con expectativas claras y sin apegos emocionales. O bien iba por él, o volvía para mantener su zona de seguridad. Pero quería más que eso o no habría venido esta noche.

—Está bien. Acompáñame. Lo haré por ti si puedo trabajar alrededor de mi horario. Pero me gustaría que vayas a una fiesta de compromiso conmigo el próximo sábado.

—¿Entregas el pastel o vas de invitada al evento?

Dudó, preguntándose si un evento de la familia es un límite que no quería cruzar. Supongo que lo descubriría.

—Es de la familia. La fiesta de compromiso de mi hermano en casa de mis padres. Había decidido no tener un acompañante.

Dios, cállate.



—Ah.

Se inclinó hacia delante y abrió la caja sobre la mesa.

Estudió las cuatro magdalenas como si fueran algo especial. ¿Qué estaba pensando? Incapaz de soportarlo, dijo:

—Hay dulces de chocolate, limón, café con vainilla y terciopelo rojo con glaseado de queso en crema.

Él le lanzó una sonrisa de niño pequeño sobre la tapa de la caja.

—¿Qué tipo quieres?

Wow, realmente se entusiasmó con los pastelitos. Sacudió la cabeza.

—Son para ti, Sloane.

Mechones de gozo aterciopelado se curvaron en su pecho. Había molestado a sus padres con sus regalos horneados mientras crecía. Habían preferido dotes intelectuales de libros o entradas para una obra de teatro. Habían dejado claro que pensaban que estaba perdiendo el tiempo con su cocción. Pero el multimillonario con un cuerpo duro como una piedra parecía un chico suelto en una fábrica de chocolate.

—Dime lo que te gusta o voy a elegir por ti —dijo Sloane.

¿Tan mandón?

—Chocolate.

Sacó uno de chocolate, lo puso sobre un plato de papel, añadió un tenedor de plástico y lo deslizó hacia ella. Luego escogió uno de limón para él. Quitando el papel, le preguntó,

—¿Qué te hizo cambiar de opinión acerca de tener un acompañante en la fiesta de compromiso de tu hermano?

Él había querido honestidad de ella, así que respondió:

—Bueno, aquí está. Mi ex-novio, David, probablemente estará allí. No le importará, fue hace años cuando rompimos.

—¿Cuántos años?



Después de quitar el envoltorio de su magdalena, lo dobló en un pequeño triángulo.

—Cinco años y medio.

Vendrás cojeando. Las palabras desagradables de David se hicieron eco en su cabeza, haciéndole preguntarse otra vez por qué realmente había aparecido en su panadería expresando preocupación por ella.

—Kat.

Dejó el triángulo de papel y le enfrentó.

—¿Me estás utilizando para traerle de vuelta?

Sorprendida, se echó a reír.

—Dios no. Nunca. —Apretó el tenedor en el puño, odiando que dejó a David llegar a ella en todo—. Es sólo que no quiero enfrentarle sola. ¿Eso es lo suficientemente contundente para ti?

—Lo es, sí. —Se inclinó hacia delante— Porque no comparto, Kat. Tendrás tus orgasmos de mí. Sólo yo. —Descansando en su asiento, añadió—: Y serás la única mujer que estaré haciendo correrse durante ese tiempo también.

Cortó la magdalena con el tenedor y se la metió en la boca.

Kat perdió el aliento ante su demanda. Sintió su cuerpo ablandarse y una lánguida necesidad se propagó. Su confianza, sus palabras... era tan sexy. La forma en que saboreaba la magdalena golpeó su centro de lujuria. Lamió el tenedor, largos golpes pausados, con la lengua, mientras saboreaba cada miga... Tuvo que abandonar su mirada. Trató de concentrarse en comer un bocado de su magdalena.

—Maldita sea, mujer, esto está bueno. Hay un toque de limón cremoso.

El calor le inundó y miró hacia arriba.

—Es la crema de limón. El mío tiene una chapuza de relleno.

Alcanzó su tenedor sobre la mesa y lo hundió en su postre de chocolate. Poco a poco lo puso en su boca, cerró los ojos con placer evidente.



—Está bueno. —Él hundió su tenedor en el suyo— Pero me gusta más el de limón.

Abrió la boca, luego perdió el hilo de sus pensamientos. Él no estaba comiendo el trozo que corto. En cambio, se inclinó más cerca, manteniéndolo hacia ella.

—Está bien, ya sé lo que es…

Deslizó el tenedor en su boca.

—Pruébalo de nuevo. Para mí.

Su voz era baja, un estruendo seductor que le recorrió, pulsando flechas abajo por su vientre inferior. El limón era brillante y la parte superior de la magdalena era más oscura, el sabor del chocolate, pero apenas se dio cuenta. Estaba demasiado centrada en la forma en que su cuerpo se calentaba, sus pezones se tensaron.

Se apartó, con los ojos ardientes con otro tipo de hambre.

—He probado el de limón y chocolate, pero no te he probado.

Kat jadeó ante la avalancha de deseo inundándole.

—¿Ahora?

Sloane tomó su plato y lo empujó a un lado con la caja. De pie, se inclinó sobre ella. Apretó las manos alrededor de su cintura, le levantó como si no pesara nada y le sentó en la mesa. Llenó su visión, su cabello despeinado y sexy, visualmente la absorbió. Su piel se tensó y se sensibilizó ante su evaluación.

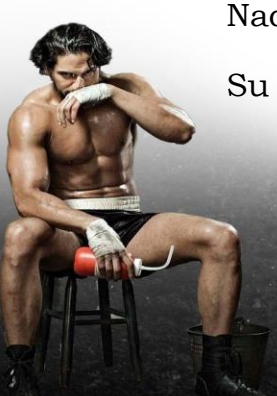
—Pero dijimos no al sexo esta noche.

—Sólo un beso, Gatita.

—¿Gatita?

Nadie le llamaba así.

Su boca se curvó.



—Estás asustada, deseas mis caricias, pero tienes miedo. Decidiendo si quieres arañarme o ronronear para mí. Al igual que un gatito.

Levantó una ceja.

—¿Qué pasa si te araño?

—Hazlo, bebé. Eso significa que quieres que te dome hasta ronronear.

Él tomó la parte posterior de su cuello y acarició su pulgar sobre su mandíbula.

Kat se estremeció cuando pasó la mano por la longitud de la trenza luego sacó la cinta que la sujetaba y pasó los dedos por su cabello, levantándolo y peinándolo a través de los largos mechones. Un sensual calor le atravesó y casi gimió.

—Dios, he querido hacer esto desde la primera vez que te vi allí, en el salón de baile, de pie tras la columna.

Mantuvo elevado su pelo, hasta que envolvió las hebras alrededor de una mano.

Y se inclinó. Lentamente.

—¿Cuál es tu gesto de seguridad?

Sus palabras emplumaron sus labios. Tan cerca. Tenía que pensar. Tres golpes de sus dedos sobre él.

—Tocar.

Se movió, empujando sus piernas entre sus muslos, deslizó la otra mano por su espalda para descansar por encima de sus pantalones y tiró de ella hasta el borde de la mesa. Hacia él. El calor de su cuerpo imprimiendo en ella.

—¿Quieres tocar?

Una de sus manos sostenía su cabello, otra apretada contra su espalda. Le había enjaulado, atrapado. En su misericordia. Su cara estaba tan cerca, casi podía saborear. Quería probar.

—No.



Sus labios se curvaron.

—Bien.

Rozó su boca sobre sus labios. Atrás y adelante, movimientos burlones. Cambió su agarre en su cabello, inclinó la cabeza y lamió la comisura de sus labios.

El cálido, húmedo y lento golpe de su lengua disparó a través de ella. Abrió la boca. Sloane se sumergió, tomando posesión, con audaces movimientos exigentes de su lengua.

El beso se volvió caliente y salvaje. El corazón de Kat golpeó, su calor, fuerza y olor le envolvió. Su boca fusionada con la suya, su mano enrollada en su cabello, controlándole, la palma de su mano se deslizó por debajo del dobladillo de su camisa para abrazar su espalda.

Un cambio de sus caderas obligó a sus piernas estar más separadas, exponiendo su centro hacia la dura cresta de su erección forzando sus pantalones cortos. Su hendidura le dolía y latía, mientras que los bajos de su vacío vientre bostezaron, desesperada por llenar. Gimió, sus manos agarrando sus brazos, tratando de tirar de él a donde le deseaba. Necesitando más. Empujó su lengua más allá de él, buscando más de él. Sabía a hombre potente mezclado con el sabor de su pastel, como si le hubiera marcado. Eso era tan jodidamente caliente.

Sloane gruñó bajo en su garganta y apartó la boca. Tiró más cerca de él y la besó a lo largo de su mandíbula, dejando un cálido y húmedo sendero.

Su corazón latía contra su pecho. A través de sus pantalones, la increíblemente gruesa cresta de su polla se balanceó contra ella. Cada calambre y ligero toque contra su clítoris la hacía más desesperada.

Sloane mordió su lóbulo.

Ella se sacudió, frotando su clítoris a lo largo de su erección.

—Toca —susurró—. Hazlo. O no me detendré. No puedo.



Le escuchó. No quería. No podía.

Empujó su espalda hasta que estaba recostada sobre la mesa. Su mano se deslizó debajo de su culo, levantándola.

—Toca o te haré correrte aquí y ahora.

Rodó sus caderas en su hendidura. Con su clítoris a través de sus pantalones. Se estremeció.

Sus ojos ardían con ámbar. Un rubor calentó su rostro. Podía sentir la necesidad apenas controlada conduciéndole. Él encarnaba el sexo crudo y el poder.

Tan caliente y un poco aterrador.

—No voy a parar, Kat. Te arrancaré los pantalones y te lameré hasta que estés gritando. Y luego te voy a follar aquí mismo sobre la mesa, en el gimnasio. —Cerró los ojos, esforzándose. Luego los abrió— Toca, maldita sea.

Nunca había sido así, salvaje y apasionada. Estaba fuera de control. Y finalmente, le atravesó su lujuria con un hilo de miedo. Ella cerró los dedos.

Toco tres veces sobre la losa de sus bíceps.

Sloane deslizó las manos de ella y dio un paso atrás. Se volvió y se dirigió a la pared, dio un golpe en el yeso y bajó la cabeza. Luego caminó hacia la mesa, cogió la botella de agua y la vació.

Kat se empujó hasta una posición sentada. Vio cómo él inclinó la cabeza hacia atrás, con la garganta trabajando mientras tragaba. Arrastró su mirada hacia abajo...

El gran bulto de su polla acampaba sus pantalones cortos sueltos.

Él le había deseado y se detuvo en la señal. A pesar de su frustración adolorida, que le daba una sensación de poder. Sólo tres golpecitos y se detuvo.

Sloane dejó la botella, se volvió y cruzó sus brazos, su rostro era una máscara.

—¿A qué hora te recojo para la fiesta de compromiso?

—¿Vas a ir?



Cruzó la pequeña distancia entre ellos, la mirada fija en la de ella. Se detuvo fuera de su alcance. El susurro de su aliento le acarició la piel.

—Casi pierdo mi mente por un beso, olvidé por completo que el equipo de limpieza estará aquí dentro de unos minutos. Y lo más importante, estuve a punto de romper mi promesa de que no habría sexo esta noche. Todo. Por. Un. Beso.

No le estaba tocando, pero su piel crujió con la tensión como si lo estuviera. No sabía qué contestarle.

—No estaré cuerdo otra vez hasta que esté dentro de ti. Muy dentro de ti.

Se estremeció. Le había hecho esto a ella, de alguna manera rompió sus escudos, la capacidad de desconectar y le dejó vulnerable. Necesitada.

¿Debería estar emocionada o aterrorizada? Tratando de recuperar la compostura, se deslizó fuera de la mesa, se precipitó a la silla y recogió su bolsa de gimnasio. Es hora de salir y reagruparse.

Una mano golpeó la puerta y detuvo que la abriera.

—¿A qué hora, Kat?

Se cernía justo detrás de ella, su cuerpo le rodea. Su voz era grave y exigente. Buscando la calma, tomó una decisión. Reconoció la verdad sobre sí misma. Quería esto con Sloane. Cuando él le tocaba, le besaba, la parte sexualmente agresiva de ella que se había bloqueado y reprimido durante años, el infierno tal vez para siempre, empezó a patear en las barras de su jaula. Ella le miró.

—Seis.

Levantó la mano, trazando un mechón de su cabello, probablemente uno de los mechones lilas.

—Está oscuro ahora. Te voy a acompañar hasta tu coche. Pero no voy a correr el riesgo de otro beso.

Necesitaba distancia de él. Desesperadamente.

—Estoy bien. Puedo caminar hacia mi coche.

Dejó caer el pelo y se puso rígido.



—Cuando estés conmigo, me aseguraré de que estés a salvo. Cada maldita vez.

Algo bruto y vulnerable ensombreció sus ojos. Daño. Dolor. Una emoción tan cruel, que aspiraba toda la luz.

Su corazón se apretó en un dolor por él. Empezó a levantar la mano, necesitando aliviarle…

Sloane parpadeó. Su rostro se cerró como una piedra. Llegó junto a ella y abrió la puerta.

Kat dejó caer el brazo.

Pero no podía evitar la sensación de que Sloane Michaels había estado en el infierno.

Y él no había encontrado su camino de regreso.



Capítulo 9

Anticipación a fuego lento bajó por el vientre de Sloane. Había estado viajando toda la semana y no había visto a Kat desde el domingo por la noche en el gimnasio.

Cuando ella abrió la puerta de su apartamento, contuvo el aliento. Su pelo rizado caía seductoramente sobre sus hombros desnudos y llevaba una túnica sin mangas de color turquesa con dos largos lazos flojamente anudados en la parte delantera. Quería envolver esos lazos que colgaban alrededor de su mano y tirar de ella para darle un beso, pero se contuvo. Kat estaba aprendiendo a confiar en él y no tenía la necesidad de ponerle las manos encima en el primer segundo en que la veía. Esos pantalones negros delgados se aferraban a sus caderas y sus muslos no estaban ayudando a su resolución. Y entonces sus zapatos... una vez hubiera jurado que amaba a las mujeres en tacones de aguja, pero Kat transformaba a los planos en sexy.

Levantando la mirada, sonrió.

—Te ves hermosa. Medio que esperaba que cancelaras, ya que tuviste una semana para pensar en ello.

—Se me pasó por la mente.

Puso su mano en su espalda, guiándole a su limusina. En contra de su palma, sus músculos trabajan más duro de lo normal para dar cabida a su pierna derecha. Acortó su paso para que sea más fácil para ella.

En la limusina, saludó con un gesto a su conductor y abrió la puerta. El suave pelo de Kat le rozó el brazo como una lenta caricia sedosa. Esa sensación disparó a un llamado de alerta derecho hasta la ingle. Instalándose en el auto junto a ella, no podía recordar la última vez que un simple toque le prendió fuego.

A medida que la limusina se alejó sin problemas, Sloane reanudó su conversación.



—¿Por qué no lo cancelaste? —Estaba condenadamente contento de que no lo haya hecho, pero le dejó curioso.

Ella encontró su mirada.

—Estoy tratando de averiguar por qué me siento atraída por ti.

Estiró el brazo sobre el respaldo del asiento, acariciándole el pelo.

—¿Tuviste un poco de suerte con eso? —Porque él no la tuvo. Las mujeres hermosas en su mundo eran comunes. Entonces, ¿qué pasaba con Kat que se metió en su piel?

Infiernos, desde su beso, se había convertido en una obsesión. Ninguna mujer le había llevado a una necesidad incontrolable tan rápido.

—Tal vez es sólo mi período de sequía. Tú eres un hombre muy sexual.

Lo era, pero ella había llevado su apetito a un nuevo nivel.

—¿Cuánto tiempo ha pasado para ti?

Ella comenzó a alejarse.

Oh no, no iba permitir eso. Levantando la otra mano, le tomó la cara.

—No mires hacia otro lado. Mándame a la mierda si quieres, pero no mires hacia otro lado. —Le acarició sus labios con el pulgar. Brillo de labios. Quería lamerlo—. Tú decides no contestarme, pero estoy muy, muy interesado. —Su voz era ronca por la necesidad de conocer todo lo que pudiera sobre ella para poder darle tanto placer como sea posible.

Ella abrió los labios. Su cálido aliento le llegó al pulgar. Tomó un esfuerzo consciente para no deslizar el dedo en la boca húmeda.

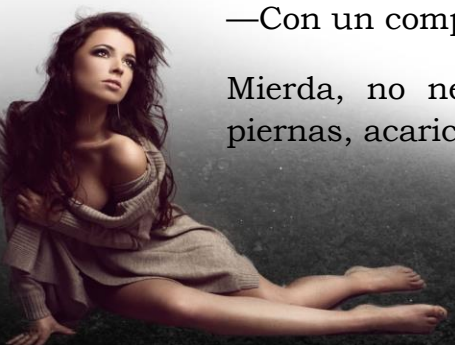
—Cinco años.

Sus entrañas se apretaron y la sangre corrió a través de él.

—¿Cinco años desde que has tenido relaciones sexuales? —Aclaró él.

—Con un compañero.

Mierda, no necesitaba pensar en ella con su propia mano entre sus piernas, acariciando su clítoris, tratando de llegar al orgasmo. Jadeante,



por el esfuerzo, su cuerpo ruborizado y pezones duros... su coño húmedo y palpitante. Con necesidad de liberarse.

Jesús, no iba a poder caminar.

Pero se dio cuenta de que ella estaba pensando demasiado, tal vez recordando el incidente que le había mencionado en su panadería. Sloane se recordó diciendo que había entrado en pánico durante el sexo. Mantuvo contacto con ella, alimentando una conexión muy real entre ellos.

—Tuviste un ataque de pánico la última vez que lo intentaste. Dime lo que necesito saber sobre eso.

—Fue una cosa de rebote unos meses después de que mi novio y yo nos separamos. Un tipo de la terapia física. —Cerró los ojos— Me sentía como si estuviera siendo asfixiada cuando estaba encima de mí. Se lo dije, pero él estaba, um… en el momento y no me escuchó. Me asusté y grité.

Eso ayudó a mantener su polla bajo control, pero no disminuyó su deseo por ella ni un poco.

—¿Se sintió así cuando te besé?

Su expresión se suavizó y la tensión en su cuerpo se relajó.

—No. No fue sino hasta el final, cuando estabas tratando de asustarme.

Había estado haciendo exactamente eso, necesitaba que ella se rindiera, necesitaba demostrarle que podía confiar en él. Pero le había deseado tan condenadamente mal, que tuvo que ser ella la que le detuviera. Su disciplina habitual había desaparecido bajo el poder de su respuesta a él. Pero su atención estaba cien por ciento enfocada en ella, no se habría perdido su petición de detenerse. —No importa lo que esté pasando, te escucharé.

—¿Cómo lo sabes?

Se inclinó. Despacio. Avanzó poco a poco hacia ella. Cuando estuvo lo suficientemente cerca, dijo:

—Porque no voy a dejarme ir, bebé, hasta que te corras. Varias veces. Voy a estar prestando mucha atención.



Se tambaleó hacia él, su aliento aleteó.

Había pasado cinco años sin el tacto de un hombre. Cinco. Años. Aquí le estaba confiando en que le diera ese intenso placer y que era lo suficientemente caliente como para darle una quemadura de sol. Él le dijo:

—Tú me vas a mirar a los ojos al igual que ahora cuando rompamos tú período de sequía. Voy a verte correrte, temblando de placer hasta que no puedas aguantar más.

Y entonces le daría aún más. Tanto como ella quisiera.

* * * *

Kat se estaba ahogando en él, sus dedos en su cara, su pulgar acariciando sus labios. Sus palabras, su corazón golpeando contra sus costillas. Quería eso.

Le quería a él.

De ese beso hace una semana... casi se había corrido allí mismo, en la sala de descanso del personal del gimnasio. Con la ropa puesta. Con nada más que su beso y un poco de fricción en el lugar correcto.

Y ahora lo estaba haciendo de nuevo, en torno a ella, su aroma inundando sus sentidos. Sus labios estaban tal vez a dos centímetros de los de ella.

—¿Vas a darme un beso?

—Por supuesto que sí.

—¿Pronto? —Su voz era entrecortada, ligera... insustancial.

—Una vez que resuelva un problema. —Movió su pulgar sobre el labio inferior, luego lo sumergió en ella, apenas.

Sólo lo suficiente para tocar su lengua.

Kat casi gimió. Sus pezones se tensaron y le dolían. El calor inundó sus miembros y corría por entre sus pliegues.



—¿Un problema?

Sus ojos brillaban sensuales.

—¿Cómo voy a parar esta vez? —Deslizó su pulgar más profundo, deslizándose a lo largo de su lengua.

Cerró la boca, saboreándole. Su sabor rico y almizcle tentando a querer más.

—Una vez que te saboree, no voy a querer parar. Quiero probarte hasta la clavícula, lamer tus pechos, chupar tus pezones. —Sacó el pulgar—. ¿Cómo voy a parar, Kat? Apenas paré la última vez y sólo porque me golpeaste. Pero no me golpearás esta vez, ¿lo harás?

—¿No lo sé? —¿Estaba preguntando? ¿De acuerdo? ¿Rogando? De alguna manera, Sloane había hecho que todo el deseo que había perdido creciera como una ola gigante dispuesta a consumirle.

—Tú tienes el poder, Kat. —Pasó su dedo por la curva de su mandíbula, acariciando su clavícula.

Revoloteos de emoción bailaron en su estómago. No podía aguantar más.

—¿Qué?

—Estás a salvo conmigo. Si tú quieres parar, paramos. Pero si te beso, si saboreo tu boca, sólo va a volverme más hambriento. Hambriento de saber cómo el resto de ti sabe. Tus pezones, el ombligo, la suave piel de tus muslos. —Rozó su boca en su oído, su aliento cálido y burlón— Entonces voy a abrirte las piernas y besarte, saborearte y lamerte hasta satisfacer mi deseo de ti.

Su clítoris palpitó aún cuando el shock le quemó. Ella contuvo el aliento.

—Tú me estás torturando.

—Te lo mereces, Gatita. Me quedé medio duro el resto de la semana después de ese beso. —Le lamió el borde de la oreja— Ese es el dominio que tienes sobre mí.

Se estremeció, cayendo bajo el hechizo que Sloane tejía con palabras y toques.



Se apartó de la oreja.

—Un beso. Eso es todo lo que tenemos hasta después de la fiesta. Un beso. ¿Podemos hacer eso, Kat?

Su pulso palpitaba y su cuerpo cantó con deseos nuevos y vibrantes. ¿Era esto lo que sentían las mujeres normales? Una parte de ella estaba asustada. Aterrorizada. Este poder que tenía para traerle a este nivel de excitación...

Demasiado. Demasiado fuerte. Se estaba creando una necesidad en ella que era casi violenta con su intensidad.

—¿Puedo separarme? —Tenía que asegurarse de que ella tenía algo de poder.

—Es tú período de sequía, Kat. Tu decisión.

—Bésame.

Le cubrió la boca, sus labios eran una seducción cálida como su olor suave llenó sus fosas nasales con jabón y roble envejecido mezclado con puro hombre. Sólo un sorbo de su sabor se burlaba de ella, como una oscura y decadente trufa de chocolate que estaba desesperada por catar y saborear. Más, quería probar y tocar tanto de él como pudiera acceder. Puso la mano en su hombro, le trazó y moldeo la forma de sus poderosos músculos a través de su chaqueta deportiva.

Hizo un ruido en el pecho. Una demanda feroz. Deslizando la mano por la mejilla, deslizó los dedos por debajo de su pelo para acariciarle la nuca. Su pulgar acarició su mandíbula, invitándola a abrirse para él.

Ella inclinó la cabeza, para darle lo que exigió y tomar lo que quería.

Él deslizó su lengua en su boca. Conociéndole, explorando, al mando. Su rico sabor inundó sus sentidos, llenando cada célula y aún así no fue suficiente. La piel desnuda y caliente de la garganta quemaba sus dedos mientras los arrastraba a lo largo, su piel temblando en reacción. El pulso en la base de la garganta latía fuerte y rápido. Emoción corrió a través de su sentir y saboreó el efecto que tenía sobre él.



Más. Ella fue más allá, sumergiéndose en la V de su camisa, tocando el músculo musculoso bajo la piel febril. Quería lamer su camino a través de su pecho. A través de todo él. La necesidad era tan vívida, chupaba su lengua con deseo puro. Él le hacía descarada, saco a la superficie la parte de ella que había reprimido durante tantos años. La libertad y el poder le aguijoneaban. Le encantaba la sensación de poner a un hombre tan seguro y eficaz como Sloane Michaels de rodillas con sus caricias y besos.

Ah, sí. Esta nueva intrepidez le convenía.

Sloane gruñó y apartó la cabeza hacia atrás hasta que unos centímetros les separaban. Su mano acarició su nuca, su pulgar acariciando el lugar blando entre la oreja y la mandíbula.

—Un beso —dijo.

Ella parpadeó y su entorno entró en foco, se encontraban en la limusina de Sloane, perdiendo totalmente el control. Bueno, eso no era malo. De hecho, había sido bastante sorprendente. Sus pupilas estaban tan dilatadas que apenas quedaba algo de marrón. Debido a su beso. Kat se dejó empapar todo adentro

Acariciando su mandíbula, él dijo:

—Gracias a Dios que tienes pantalones puestos. Si te hubieras puesto una falda, tendría tu ropa interior en el suelo.

Los recuerdos de la última vez que se había puesto una falda corrió por sus venas como una transfusión bajo cero. Su deseo se congeló. Kat no era como las demás mujeres. Alejándose más en el asiento, lejos de él, se quedó mirando la pantalla del aislamiento oscuro.

—No me pongo faldas.

Vívidamente consciente de él dejándose caer en el asiento a su lado, se odiaba a sí misma por permitir que sus miedos y viejos recuerdos destruyeran el momento.

—Este tipo de mierda realmente va a molestarme, Kitten.



Girando su cabeza, vio la violencia casi no contenida brillando en sus ojos. Sin embargo, le había llamado su gatita, su apodo para ella. El contraste le confundía.

—¿Por qué no uso faldas?

—Debido a que estás cerrándote, dejándome fuera.

Incluso era más astuto de lo que pensaba.

—¿Este es otro de los términos, Sloane?

Cogiendo su mano, entrecruzó sus dedos y la atrajo hacia sí.

—No me gusta la construcción de muros entre nosotros. Me hace decidido a echarlos abajo.

—¿Siempre eres tan exigente con tus amantes? —¿Qué estaba despertando en ella? ¿Miedo? ¿Lujuria? ¿Emoción? Un reto, porque por alguna razón no parecía dudar de que podía sostener su posición.

Apretó la mandíbula.

—Tú haces que todo eso aflore Kitten. —Agarrándole la barbilla, le acarició con la yema del pulgar su mejilla—. Lo bueno es que tienes un gesto seguro. Porque no estoy tan domesticado como todo el mundo quiere creer y hay algo en ti que está tropezando en mi interruptor.

Esta vez, Kat se estremeció.

* * * *

Un silencio se movía como una ola sobre la gran cubierta de madera decorada con luces y flores, un montón de asientos y un bar establecido en un extremo. Incluso los mozos que se movían alrededor llenado los pedidos de bebidas y aperitivos se callaron.



Sloane ignoró la reacción, ignoró la atención siguiéndoles mientras conducía a Kat hacia su meta. Necesitaba un trago para tratar de calmar de nuevo la tensión turbulenta que corría a través de él. ¿Por qué

demonios se pone a sí mismo en esta posición? No podía haber encontrado otra acompañante. Una mujer que no le conduciría hasta el mismo borde de su control. Ese beso en la limusina… Y luego ¿la forma en que se había retirado emocionalmente?

Mierda. Sólo mierda.

Se necesitaría toda la maldita botella.

Al llegar al bar, se las arregló para recuperar algo de civismo.

—¿Qué quieres tomar?

—Cianuro. En hielo con una rodaja de lima. O agua. Pero no cedo en lo de la lima. —Kat se había sentado en un taburete. Sus iris se arremolinaban con los colores del océano, con apenas un toque de color gris.

Dios, tenía que tocarle. Colocando sus manos alrededor de su cintura, levantó una ceja.

—¿Es el cianuro para ti? ¿O para mí?

—No lo he decidido.

No le gustaban las sombras que le acechaban. O la forma en que distraídamente se frotó la pierna derecha como un gesto nervioso. Sloane le cogió la mano, colocándola en su muslo y la sostuvo.

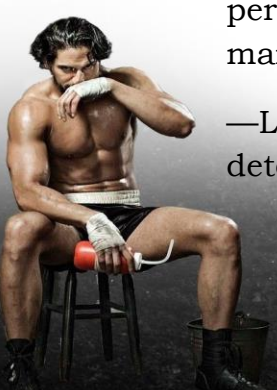
—Tal vez empezar con algo más ligero y continuar hasta el cianuro. ¿Una copa de vino? ¿Algunas bebidas con sabor a fruta?

Kat sonrió quedadamente.

—Mis padres nos han visto y se acercan. —Suspiró— Probablemente voy a necesitar el cianuro.

Sloane se puso de espaldas a la barra. Apretando su mano, dijo:

—Tu madre se parece a ti. —Una versión más antigua, más frágil de Kat, pero con la misma forma de la cara y de los ojos. Un vestido y perlas marinas agregan brillo.



—Las apariencias son engañosas. Mi madre es una bióloga molecular determinada a prevenir y curar la enfermedad del Alzheimer. Ella y David,

un neuro científico, están muy cerca de conseguir aprobar su último fármaco. Uno que te cambia la vida. Un éxito de taquilla.

Sus padres dejaron de charlar con algunas personas, mientras que Sloane trató de resolver la dinámica.

—¿Tu ex-novio trabaja con tu madre? —Raro no comenzaba a cubrir eso.

—Sí. Proyecto Alzheimer es la obra de mi madre y de David, su bebé. Ellos han hecho avances asombrosos.

Admiración se enfrentó con furia, creando una angustia turbulenta en su mirada. Es evidente que ella tenía una relación compleja con su madre. Con una mirada apreciativa, Sloane se enfrentó a sus padres mientras se acercaban.

—Kathryn —su madre habló primero— Esto es inesperado. ¿Dónde está Kellen?

Así que no les había dicho a sus padres sobre el robo del auto, las lesiones de Kellen o que Sloane iría con ella a la fiesta. Pero, de nuevo, Sloane no le había advertido de su relación con su padre. Kat tenía una manera de distraerle.

—Kellen está ocupado. —Kat hizo un gesto hacia él— Sloane Michaels, estos son mis padres, los Doctores. Diane y William Thayne.

—Nos hemos visto. —Los ojos azul hielo de William cayeron en las manos juntas sobre el muslo de Kat.

Kat le miró a los ojos.

—¿Tú conoces a mi padre?

Sí, definitivamente debería haberle dicho.

—Hemos cruzado caminos. Tu padre estaba en la comisión de planificación, cuando yo estaba construyendo el Gimnasio SLAM y los centros de formación en San Diego. —Dejó de lado la parte donde el Dr. William Thayne se había opuesto vehementemente al gimnasio, alegando que promueve la violencia sobre la actitud para la salud, por lo que señaló que atraía al tipo equivocado de personas.



Ella apretó su boca. Una nueva pareja se unió a ellos, y la expresión de Kat se suavizó.

—Sloane, éste es mi hermano, Marshall y su novia, Lila Colson.

Sloane estrechó la mano con el hombre que tenía que ser una década más viejo que Kat. Tenía un aire un poco distraído y su rostro era más agudo, más duro que el de su hermana. La cara redonda de Lila se enmarcaba en el pelo caoba corto y con estilo.

—Creo que nos hemos conocido, aunque no recuerdo dónde.

—Hemos estado en algunas de las mismas fiestas. —Ella miró a Kat y de nuevo a él, como si no pudiera comprender su relación— Mi familia es dueña de Colson Joyas.

—Por supuesto. —Ahora le reconoció. Una ex acompañante, Tamara, tenía una mejor amiga de la familia de Jewel Colson. Probablemente se había encontrado con ella cuando había estado con Tamara.

—Tu cabello te hace ver como un adolescente rebelde, Kathryn. —Su madre lo negó— No importa, mi estilista puede arreglar eso. Voy a hacer una cita.

—Me gusta. —Sloane no pudo obtener un control sobre las corrientes subterráneas que fluían. Había tensión definida entre ella y sus padres. Pero su rostro se había alegrado al ver a su hermano.

Hasta ahora, no había visto al ex-novio, David.

Su padre dijo:

—Kathryn, necesito hablar contigo un momento. Michaels puede esperar aquí.

—Es la fiesta de Marshall. Estoy segura que esto puede esperar. —Kat se deslizó del taburete y abrazó a Lila— Felicidades. Si mi hermano te da algún problema, llámame —sonrió a su hermano—. Le voy a recordar lo afortunado que es por tenerte.

Marshall tiró de su cabello.



—Katie era una plaga y sabía cómo salirse con la suya cuando estábamos creciendo. Le compré un horno Easy Bake una vez como un soborno para dejarme tranquilo. Le mantenía ocupada.

Un rayo de dolor arrancó el pecho de Sloane. Le quitó el aliento.

Sara.

Cristo, le echaba de menos. La forma en que Marshall ajusto un mechón de pelo de Kat, ella bromeó con verdadero afecto, arrancó la costra de la vieja herida.

Jodidamente dolía verlo.

Sloane luchó contra el impulso de frotar el dolor ardiente en el pecho.

—Kathryn, necesito hablar contigo ahora. —William se apoderó de su codo.

Kat lanzó a Sloane una sonrisa de disculpa.

—No voy a tardar mucho.

Sloane debía dejarle ir. Mantenerse fuera de esto. Trató de concentrarse en la historia de cómo Marshall y Lila se conocieron, algo sobre el hermano de Kat dando un discurso en una convención…

Sin embargo, siguió recordando cómo los hombros de Kat habían cedido al entrar en la casa con sus padres. Como se estaba protegiendo a sí misma. ¿De qué?

A la mierda.

Entró en la casa, haciendo caso omiso de los distintos clientes llamándole y entró en la sala de estar, que contaba con suelos de madera oscura y techos altos. Oyó voces y las siguió a una gran biblioteca con estanterías del suelo al techo, una chimenea, paredes cubiertas de diplomas y premios, y un cuarto con personas en la sala que no lo había visto todavía. Kat se aferró al respaldo de una silla de club. Sus padres se inclinaron contra un enorme escritorio frente a ella, y otro hombre estaba a un lado cerca de unas puertas francesas.



—Más de una década ha tomado esta investigación, Kathryn. Mi investigación. —Diana hizo un gesto hacia el otro hombre— Con la ayuda de David, hemos desarrollado el fármaco que está despejando el último obstáculo para la aprobación de la FDA. No podemos correr riesgos.

—¿Cómo es Sloane un riesgo? —Kat miró a sus padres, pareciendo ignorar a David— Es mi acompañante, eso es todo.

William dejó caer las manos en el borde de la mesa.

—Katie, conozco a Michaels. Conozco su reputación. Lo mismo sucede con Lila. Se sorprendió al verle contigo. No eres su tipo.

Diana golpeó una uña contra su muslo.

—Él tiene acuerdos con las mujeres sofisticadas y bien conectadas. Ninguna de ellas tiene rayas ridículas en el pelo.

—Katie —el hombre larguirucho, David, dijo—: Creemos que Sloane te está utilizando. Posiblemente para causar problemas justo antes de la aprobación final de la droga en venganza, porque tu padre trató de bloquear sus gimnasios.

Ira como lava caliente golpeó la corriente sanguínea de Sloane. Adrenalina bajó, disparando sus nervios y músculos. Se subió sobre las puntas de sus pies. Pero se contuvo cuando Kat se giró y se enfrentó a David.

—¿Crees que no puedo detectar a un mentiroso, David?

—No estamos haciendo esto otra vez —Diana le interrumpió— Tú no vas a llamar a David un mentiroso en nuestra casa.

—Diana. —William puso su mano sobre el brazo de su esposa— Ella no puede evitarlo. Amnesia traumática ha codificado su memoria, lo que le hizo crear la fantasía de que David está mintiendo.

Sloane vio una segunda onda de confusión a través de las facciones de Kat. Su ceja se arrugó, su mirada pasó de sus padres a David. A continuación, la incertidumbre, el momento en que ella parecía dudar de sí misma, se aclaró.

Kat tomó aliento, su mandíbula se tensó.



—Estoy de pie aquí. No hables de mí como si yo fuera una rata de laboratorio. —Sus dedos se clavaron en la silla— Y tengo destellos de recuerdos. Recuerdos reales, no fantasías.

David corrió hacia delante, agarrando el brazo de Kat.

—Oh Katie, esto es lo que me preocupaba. Tú estás teniendo una reacción al robo del auto y te has confundido.

Kat sacudió con fuerza su brazo.

—No me toques. —Giró, corriendo hacia la puerta.

—Kathryn —dijo Diana en un tono menos estridente— David nos dijo sobre el robo de auto. Predijo la regresión. Tienes ataques de pánico y recuerdos confusos. ¿No ves que está tratando de ayudar? Todos lo estamos.

Sloane tuvo suficiente de esto. Irrumpió en la biblioteca y cogió los codos de Kat. Un ligero temblor le recorrió.

—¿Estás bien? —Ella había estado bien. Enojada pero en control. Hasta que David se acercó a ella y luego el control claramente se le escapó. Como si tuviera algún tipo de reacción instintiva a su ex. Luego sus padres se habían amontonado, tratándola como si fuera un caso de locura. Con la decisión de darle espacio para respirar y relajarse, Sloane le soltó.

Kat inclinó la cara hacia arriba.

—Mi padre cree que tú tienes un resentimiento contra él. Y que ¿me estás utilizando para vengarte?

Joder con darle espacio. El temperamento de Sloane se encendió.



Capítulo 10

Kat estaba enojada, avergonzada y herida. Cuando había dejado su trabajo en SIRIX, un trabajo que, francamente, aguantaba, le había causado una enorme desavenencia. Sus padres le cortaron todo beneficio económico.

SIRIX era el núcleo de su familia. El centro. El corazón. El motor que les conducía. La compañía era el legado de la brillantez de sus padres.

Se suponía que sus dos hijos eran parte de ese plan.

Marshall había salido según lo previsto. Inteligente como ellos, amante de la ciencia y obediente, conformista.

Kat lo había intentado. Dios, lo había intentado.

Pero había nacido con una inteligencia promedio y pasión limitada por la ciencia. Sus padres habían utilizado su amor por la repostería para motivarle a lograr su título de química. Había pasado todo el tiempo, tratando de ser lo que ellos querían.

Tratando solamente de ser amada. Pero simplemente no era suficiente buena para ellos. Nunca era inteligente o con los logros suficientes.

Así que ¿por qué se pensaba que era lo suficientemente buena para Sloane?

Él conocía a su padre, había sabido evidentemente sobre SIRIX y nunca lo mencionó.

Levantó la vista, dándose cuenta de la ira creciente que se extendía sobre los rasgos de Sloane.

Sus anchos hombros se alzaron bajo la chaqueta, el color invadió sus mejillas y sus ojos se volvieron feroces.

Él envolvió las manos alrededor de sus brazos antes de que se diese cuenta que se había movido.



—¿Crees que te estoy usando, Kat?

La energía inundó sus venas. Mientras que su familia parecía succionar sus huesos hasta la médula, Sloane le llenó de una voluntad de lucha.

¿Sobre su pregunta? Tal vez fuese ingenua, pero quería creer que él se sentía atraído por ella. Sólo por ella.

—No.

—¿Qué quiero?

Sabía que sus padres y David le apoyaban. Incluso había oído a su padre hablar bruscamente algo acerca de que Sloan alejase sus manos de ella.

Pero se concentró en el hombre que tenía frente a ella. Su virilidad cantó a través de su sangre. Electrizada por él, respondió:

—Yo y mis pasteles de limón.

Un lado de su boca se arqueó hacia arriba.

—Tú haces excelentes pasteles.

Su padre apareció a su lado.

—Sloane, no maltrates a mi hija en mi casa.

La preocupación y la frustración crecían en la mirada de papá.

Kat trató de tranquilizarle.

—No me está lastimando.

—Te agarró.

Sloane enlazó su brazo alrededor de ella.

—Sea muy cuidadoso de lo que me acusa, Dr. Thayne. Nunca he hecho daño a una mujer en mi vida.

Sloan manifestaba un verdadero sentimiento en sus palabras. Le había protegido de asaltantes, incluso insistió en acompañarle hasta su coche desde el gimnasio. ¿Qué había sucedido en la vida de Sloane para tener incorporada una vena protectora hacia las mujeres?



—Katie —dijo su padre—. Nosotros somos tu familia. Estamos tratando de proteger y cuidar de ti.

Cuidar de ella. Katie se volvió para mirarle. Esto era lo que había sucedido desde el día del ataque.

O tal vez siempre ha sido así y había sido demasiado estúpida para darse cuenta de ello.

—De verdad crees que soy incapaz de cuidar de mí misma, ¿no?

Ellos le habían empujado hacia David desde el principio, poniéndole en su programa de investigación, deseando que saliese y se casase con él. Así podría cuidar de ella. Debido a que ella no iba a ascender a mucho por su cuenta. Su rostro se contorsionó, en una mueca de dolor antes de endurecerse resueltamente.

—Tuviste una lesión en la cabeza. Pérdida de memoria.

—He tenido una conmoción cerebral. No una lobotomía.

Eso dolió más de lo que podía soportar.

—Yo no cambié, papá. Simplemente dejé de fingir. —Se apartó del brazo de Sloane y se dirigió directamente a través de la casa saliendo del área.

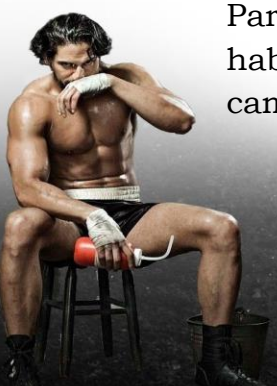
Sloane le alcanzó.

—¿Quieres salir?

Kat se detuvo en el bar y enfrentó a Sloane.

—No. Quiero una copa. —Ella no estaba huyendo, maldita sea.

* * * *



Para su sorpresa, Kat terminó disfrutando de la cena que los camareros habían hecho y estaban ahora limpiando eficientemente mientras más camareros repartían champagne. Incluso las dos mujeres que estaban a la

derecha de Sloan tratando de conseguir su atención, no le estaban molestando.

Sobre todo porque él tenía su mano en el respaldo de la silla, jugando con su cabello y escuchándole mientras charlaba con la gente.

Una gran parte de su felicidad fue volver a conectar con su vieja amiga Amelia Gregory. Habían trabajado juntas en SIRIX. Kat sonrió mientras Amelia contaba la historia de tratar de hornear un pastel para el cumpleaños de su novio de entonces.

—Kat me salvo, por supuesto —Amelia reía— Ella vino y permaneció despierta hasta las dos de la mañana haciendo la tarta perfecta. Me dejó tomar el crédito.

El esposo de Amelia se inclinó alrededor de su esposa.

—Ella confesó antes de que pudiera apagar las velas. Ahora compra todos nuestros postres en Sugar Dancer.

Haciendo una revelación completa, Kat dijo:

—Amelia cubrió mi trasero en el laboratorio más de una vez. Detestaba analizar los resultados y escribir los informes. Se lo debía.

Odiaba ese trabajo completamente.

La orquesta dejó de tocar y todo el mundo se volvió hacia Marshall levantándose con su prometida. Una vez que tuvieron la atención de todos, Lila presentó sus damas, seguido de la dama de honor.

Entonces Marshall presentó los que había elegido para ser sus padrinos de boda seguidos por su padrino principal, el Dr. David Burke.

Un tirón en el cabello le dijo que Sloane había estado apretando sus dedos alrededor de la hebra con la cual había estado jugando.

Kat le ignoró.

David tenía más estatus que ella en su propia familia. Debido a que tenía más que ofrecer a SIRIX, sus padres favorecían a su primogénito. Eso era cierto. Pero también una gran desilusión para ella.



Especialmente su madre. Mientras era una niña pequeña, observando a su madre prepararse para el trabajo, Kat había querido ser como ella.

Entonces vino la escuela y la realidad. Y la creciente decepción de su madre mientras Diana se daba cuenta de que su hija no era brillante.

—¿Kathryn?

La voz de Amelia le sacudió de sus pensamientos.

—¿Qué?

Los ojos color avellana de su amiga crepitaban con ira.

—¿No te molesta que tu hermano siga siendo amigo de tu ex?

Sí. Trató de descartar el asunto con un gesto con la mano.

—Tú conoces a Marshall. Evita todos los conflictos. —Él vertió toda su energía en su amor por la ciencia. Aunque, Marshall se había ahogado con cada mezcla seca y de mal sabor que ella había horneado, había alabado sus mejoras, comprado sus libros de pastelería y videos…

Si bien le había tratado como su hermanita, nunca le había tratado como estúpida o deficiente.

—Sí, bueno. —Amelia se dejó caer en su asiento y murmuró—: Podría elegir mejores amigos que el Dr. Burke.

Kat había extrañado a su amiga.

—Cállate. Tú trabajas para David.

Ella se volvió hacia Kat.

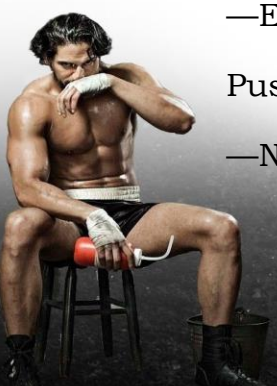
—Me alegré cuando lo dejaste. —Echando un vistazo a Sloane, Amelia sonrió— Tu gusto ha mejorado.

La mano de Sloane se deslizó hasta su nuca, grande y cálida.

—Escucha a tu amiga Kat. Me gusta.

Puso los ojos en blanco.

—No alimentes su ego. Su cabeza es suficientemente grande.



Amelia le tocó el hombro.

—Kathryn, todos debemos salir alguna vez. Cita doble, si a los dos no os importa salir con un matrimonio casado hace mucho tiempo.

Kat se quedó inmóvil, sin saber qué decir. Sloane no salía en citas, lo había dejado claro. No iban a cenar con otra pareja. No importaba el hecho de que Kat había dejado de ver a todos sus viejos amigos cuando los ataques de pánico habían abrumado su vida.

—Suena divertido —dijo vagamente, luego agarró su bolso de la mesa y se levantó— Voy al baño.

Sloane se levantó.

—Iré contigo.

No quería escucharle recordándole que tuvieron un acuerdo. Ella forzó una sonrisa.

—No seas tonto. Estoy bien. —Se alejó.

Una vez en la casa, subió a su antigua habitación. El cuarto de baño adjunto se había reforzado con barras en la bañera de hidromasaje para cuando se había estado recuperando.

Sus padres se habían ocupado de ella después del ataque, habían hecho todo lo posible por ella. Especialmente su padre.

En un primer momento él se había consumido con la acción, consultar médicos, la contratación de contratistas para adaptar su dormitorio... Pero al final se quedó sin cosas que hacer. La ira comenzó a arraigarse en él. No podía arreglar a su hija, no podía controlar lo que había sucedido.

Entonces trató de controlar todo lo de ella. En la cabeza de su padre, Kat había estado persiguiendo su amor por la pastelería, cuando fue herida.

No importa que David estuviera allí, William creía que habría sido peor si David no hubiera estado allí. Los temores no tenían que ser racionales, lo sabía. Mírenle rehusándose a usar una falda. Algunos dirían que era irracional. No importa, no podía hacerlo.



Lo mismo sucedía con su padre. Él creía que estaría segura si se casaba con David y trabajara en SIRIX.

En su lugar, había roto con David, dejó la empresa y compró una panadería.

Ella no podía ser lo que querían. Y no podían aceptarle tal como era. La brecha fue haciéndose más amplia.

Suspiró y terminó en el baño y salió.

Entonces se congeló.

—David, ¿qué estás haciendo en mi habitación?

Estaba sentado en el borde de la cama, con las manos cruzadas sobre sus pantalones oscuros.

—Quiero ayudarte. Mira, Katie, sé que hemos terminado. Ya han pasado más de cinco años, lo entiendo. —Dejando caer su mirada, añadió—: Tal vez sea lo mejor.

Kat se suavizó, viendo al hombre que había respetado. Nada en la vida había sido fácil para David. Sus padres tenían una pequeña tienda de ropa vintage, apenas llegaban a fin de mes.

Ellos eran agradables, pero confundidos por su hijo inteligente superando los limites. David ganó becas, sacó préstamos y se abrió paso a un doctorado en neurociencia. Había sido su ardiente pasión por su trabajo lo que ella había amado. Se apoyó contra la jamba de la puerta.

—Me alegro de que lo veas de ese modo.

Se puso de pie.

—Dime lo que recuerdas y voy a tratar de ayudarte. Darle contexto. Tal vez entonces te darás cuenta de que no estoy mintiendo.

La duda se cernió sobre ella.



Habían estado en este camino antes, ¿por qué sería hoy diferente? Un débil zumbido comenzó, pero respiró lentamente para mantener el control.

Habían llegado tan lejos con él diciendo que él sabía que habían terminado, estaba dispuesta a intentarlo.

—Alguien sabía tu nombre. Te llamó Dr. Burke.

Él se estremeció ligeramente, movió una mano para frotarse el cuello y sacudió la cabeza.

—Oh, Katie, estás mezclando eso. Eso fueron los policías que llamé, se estaban dirigiendo a mí como Dr. Burke.

La decepción luchó con su antigua ira. Nada había cambiado, le estaba dando las mismas viejas respuestas.

—Tú te frotas el cuello o tiras de tu oreja cuando estás estresado o mintiendo.

Había tratado de darle una oportunidad para decirle lo que había sucedido esa noche, pero era inútil, por lo que se dirigió a la puerta.

Él le tomó del brazo.

—No estoy mintiendo, estoy tratando de ayudarte. ¿Qué más recuerdas? —Su ojo izquierdo se contrajo—. Tienes que decírmelo, maldita sea. —Él estaba demasiado cerca. El fuerte olor de su colonia le ahogó, mientras su agarre le tenía atrapada.

El ruido en su cabeza se amplificó, salpicado de palabras:

Consecuencias.

Dios, ¡para!

—Déjame ir —le salió demasiado fino, suave. Kat luchaba por liberarse. Cada segundo que pasaba se erigía una ola de pánico que crecía delante de ella, dispuesta a consumirle.

Él apretó sus dedos.

—Tú no entiendes lo que estas suscitando con tu…

—Suéltala. Ahora.

Sloane se aproximó a ellos, respirando pura amenaza. Sus ojos brillaban.



El pulgar de David presionó su brazo.

—Esto es entre Katie y yo.

Sloane agarró la mano de David que presionaba el brazo de Katie e hizo algo que ella no pudo ver.

David gritó, dejándose ir y se tambaleó hacia atrás, agarrando su mano.

Kat se quedó inmóvil, tratando de llevar aire a sus pulmones congelados.

Sloane tomó su barbilla, inclinándola hacia arriba.

—Mírame. Estás bien. Sólo respira. No voy a permitir que él esté cerca de ti.

Frotó su brazo con suaves y cuidadosos golpecitos.

Ella miró a su cara, necesitando el ancla. Su calor corporal se filtró en su entumecimiento.



Capítulo 11

Sloane puso a Kat en la limusina, le dijo a Ethan que les llevara a su casa y se ocupó de la pantalla de seguridad.

—¿Algo para tomar?

—Agua.

Abrió una botella fría de agua Pellegrino[7], sirvió un poco en un vaso y se lo entregó. Ella tomó un trago largo del resto y se sentó de nuevo.

—David estaba contigo cuando te atacaron.

Ella se encogió de hombros.

—Eso es lo que ellos me dicen.

Sloane contó mentalmente hasta cinco. Ella se estaba retirando de él, levantando el muro de nuevo. —¿No recuerdas nada?

—Nada, únicamente flashes y una o dos palabras al azar. Sé que había arrastrado a David para comprar pasteles de boda. —Bebió un poco de agua— Recuerdo que estaba emocionada... entonces solo recuerdo esos flashes hasta que me desperté en la sala de emergencias.

Él la estudió por un segundo mientras pensaba sobre lo que había dicho acerca del ataque.

—¿Qué piensas que sucedió, Kat?

Mantuvo la cara apartada de él.

—David tenía un esguince en la muñeca. Me las arreglé para darles una paliza a un par de matones con un bate de beisbol ¿Qué piensas tú que sucedió, Sloane?



[7] **Pellegrino:** Marca de agua mineral de EE.UU

¿Un bate de beisbol? Jesús Cristo. Sus tripas de retorcieron. —Él corrió, ¿entonces, por qué diablos está alrededor de sus padres y es el padrino en la boda de tu hermano?

Ella le miró de nuevo.

—Ellos no creen que haya hecho nada malo. Nos asaltaron. David asegura que me negué a dar a los ladrones mi anillo de compromiso. Ellos comenzaron la caza de ballenas en mí con un bate. David corrió hacia el coche para agarrar el teléfono. Se encerró ahí y llamó a la policía.

—¿Ellos no creen que abandonarte, a su hija, por el amor de Cristo, estuvo mal? —La pregunta sale cargada de sarcasmo. *No le importa*. Nadie podría creer que abandonar a Kat había sido lo correcto.

—No, fue inteligente. Así es como la gente evolucionada y educada reacciona. Ellos resuelven sus problemas con inteligencia, no con violencia. Además, fui la tonta que no quiso entregar el anillo que, aunque parezca mentira, no recuerdo que me importara tanto.

—Mintió —Sloane tomó un sorbo de agua para enfriar su ira. El tono llano de Kat le conducía a la violencia, pero su explicación le estaba dando una idea de por qué estaba tan asustada y combatiente, al mismo tiempo. Los instintos naturales de Kat era luchar, pero le habían criado para reprimir eso.

—Sabes que fue un cobarde, que te dejó Kat y se escondió en el coche y luego trato de echarte las culpas a ti por resistir. Tengo serias dudas sobre que fuera verdad.

Ella se quedó inmóvil, con pánico.

—Podría haber vivido con eso. No puedo criticar a nadie exactamente desde que me quedé congelada cuando Kellen fue apuñalado. —Se encogió.

Él frunció el ceño.

—Cuando salí de allí esa noche, vi que te arrastrabas a través del asfalto, lastimándote las manos para llegar a tu amigo. No huiste. No es lo mismo que hizo David, él corrió y te dejó.



—Kellen fue apuñalado. —Puso el puño de su mano en su regazo— De cualquier manera, todo el mundo tiene defectos, Sloane. Nunca pensé que David sería valiente frente a la violencia, pero si pensé que era fuerte en otras formas. Pensé que teníamos algo real y honesto.

—¿Y? —Le pidió que le dijera

Ella se encogió de hombros.

—Está mintiendo. Empecé a tener esos flashes y no son la misma historia que dice. Alguien más estaba allí esa noche. Alguien que le llamó Dr. Burke.

Eso le dio una bofetada en pleno plexo solar.

—Ellos no me creen. No pueden. David tiene la clave de la droga que van a lanzar al mercado. —Hizo una pausa y dijo—: Él salvó el trabajo de mi madre en el Alzheimer. No podía llegar al siguiente paso pero él lo hizo. Es fácil para ellos creerle. Mientras que yo soy la hija promedio que nunca sobresalió. —Cuando levantó la cabeza, la dura vulnerabilidad brillaba en sus ojos— No quiero saber a quién elegirían, si a mí o a él.

—¿Promedio? —Comenzó a hacer una especie de juicio. Sus padres, su hermano y David tenían doctorados, currículos impresionantes—. Tienes un título, ¿no?

—Solo una Licenciatura en química.

¿Sólo? Cómo si un título en química no fuera impresionante. Pero no era lo suficientemente impresionante para su familia. No estaba tocando el comentario que elegiría. *No, había estado ahí.*

Su madre había elegido a su Jodido Príncipe Azul en cada ocasión.

Así que ahí lo tenía. Era una gran putada, pero él había visto un montón de familias jodidas que se trataban unos a otros como una mierda, tanto con su madre como con varias familias de acogida con las que había cruzado caminos. No iba a ser capaz de arreglar esto.

No necesitaba hacerlo, se recordó. Él y Kat… eran acompañantes. Esa era la belleza de su arreglo, sexo y conveniencia, pero nada de tormentas de



mierda emocional. ¿Continuaban? ¿O cortaban sus lazos? Apoyó su cabeza atrás en el asiento, cerró los ojos y se forzó a relajarse.

—¿Y ahora qué?

—Tu chofer me lleva. Te doy las gracias por todo y volvemos a nuestras vidas. Yo cocino y tú sigues con SLAM[8].

Lo dijo sin ninguna inflexión en su voz, pero él no pudo evitar una pequeña sonrisa.

—Violento nombre para una compañía. Se llama así por mí. Sloane Adam Michaels.

Ella le encaró con una crispación en sus labios.

—Tú eres un hombre violento, Sloane Adam Michaels.

Cautivadora. Estaba tras su muro, lanzando comentarios, intentando alejarle. Las luces de las calles pasaban deslizándose, mostrándole alternativamente capas de luces y sombras

—Dios, eres preciosa. —Pero no era eso, no era la razón por la que no parecía capaz de terminarlo ahora. Era la mujer fuerte que luchaba por salir quién le intrigaba tantísimo.

—No lo hagas.

¿Dudaba de él ahora?

—¿Tú les crees? ¿Qué te estoy usando para apartarte de tu familia? —Ella lo había negado, pero su familia había plantado ese pensamiento en su cabeza. ¿Estaba echando raíces ahora? Ella levantó la vista mirando fijamente el techo del coche.

—El robo. ¿Cómo es qué saliste justo cuando estábamos siendo atacados?

Sofocar un destello de rabia supuso un esfuerzo. Raramente daba explicaciones pero concedió que era una pregunta justa. Dadas las cosas que Kat le había contado acerca de su familia y de David, podía entender su precaución.



[8] **Slam:** En el original: *and you SLAM something (y tu golpeas algo).* Es un juego de palabras de imposible.

—Estaba buscándote.

Ella alzó las cejas.

—¿Por qué?

—Cuando te vi en la sala de banquetes, de pie junto a esa tarta, te dije que pensaba que te conocía. Me fastidiaba. Estaba seguro de que te había visto antes. Así que decidí encontrarte. Preguntarte tu nombre.

—Podías habérselo preguntado a la novia.

—Quería preguntártelo a ti. Cuando me dijiste tu nombre, entonces supe dónde te había visto antes. En tu fiesta por tu dieciseisavo cumpleaños.

La desconfianza inundó sus ojos.

—¿Estuviste allí?

—Era el lavaplatos. Tenía dieciocho años, apenas tenía dinero y hacía cualquier cosa para financiar mi entrenamiento de lucha. Te recuerdo en el centro de aquella ridícula fiesta de país de las maravillas invernal. Tú eras, por aquel entonces, intocable para mí.

Se detuvo ahí. No necesitaba saber más. No necesitaba saber acerca de Sara y como había odiado a la joven Kat por estar tan viva y ser tan amada mientras Sara estaba muerta.

—¿Así qué sabías cuál era mi familia?

Furioso, dijo bruscamente.

—Valgo billones, Kat. No me tiro a mujeres para llegar más lejos en el mundo de los negocios o extraer alguna rebuscada venganza. —Era completamente ridículo. Habría ganado en la refriega con su padre. Ir tras una venganza por una mierda insignificante no era su estilo. No, se guardaba la venganza para aquellos que cazaban y asesinaban a una chica inocente.

No esta noche. No pienses en ello. Todo eso no tenía nada que ver con Kat, con ellos.

La limusina giró hacia el complejo de edificios de Kat y se deslizó hasta detenerse enfrente de su apartamento.



—Estoy en casa. Buenas noches, Sloane. —Sostuvo el apenas intacto vaso de agua.

Kat le estaba despachando. Como si fuera ese chico de nuevo, no más que un lavaplatos. Agarró el vaso y lo golpeó contra un posavasos. *No iba a dejarlo terminar así.*

Ethan abrió la puerta del lado de ella.

—Cierra la maldita puerta —espetó.

—No. —Kat sacó fuera su mano, forzando a Ethan a atrapar la puerta antes de golpearla. Ella salió.

—A la mierda con esto. —Abrió de golpe su puerta, salió de la limusina y le agarró por las manos, deteniéndole antes de que pudiera escapar a su apartamento.

Por primera vez desde que habían dejado la casa de sus padres, algo había brillado en el rostro de ella. Un destello. ¿Qué era exactamente?

¿Y por qué estaba él allí de pie, yendo detrás de una mujer que no le deseaba? ¿Quién se cerraba en banda emocionalmente, cuando las cosas se ponían feas?

No tenía ni idea, sólo que Kat le desafiaba, estallando a través de su entrenamiento y autocontrol para revelar a un hombre muy bruto y primitivo. Y ese hombre no estaba abandonando.

Echó una mirada a Ethan.

—Espera un momento. —Envolviendo su brazo alrededor de los hombros de Kat, tomó las llaves de su mano sumisa y abrió la puerta principal.

Ella entró y él se quedó allí de pie, sabiendo que si cruzaba ese umbral...

—Ya has hecho lo tuyo, Sloane. Estoy a salvo en casa.

Sus ojos se fijaron por encima de su hombro, ignorándole. La hebra de sentido común se rompió y entró a zancadas, forzándole a dar un paso atrás.

Cerró la puerta de golpe y le acechó.



Ella retrocedió. Justo hacia la pared que había tras la puerta. Intentó mirar fijamente hacia el infinito.

Sloane aplastó sus manos contra el muro a cada lado de su cabeza.

La mirada de ella se disparó hacia la de él. Ojos abiertos y centrados. Justó ahí con él.

El color empezó a brotar en su rostro.

—Te lo dije antes, si quieres decirme que me vaya a la mierda, entonces dímelo a la cara. Pero no te escondas tras una pared. —Dios, estaba perdiendo la cabeza.

Ella succionó aire.

—Correcto, porque eres Sloane Michaels. Nadie te dice que no.

Bajo su rostro hasta el suyo y tiró del lazo justo lo suficiente.

—Di que no. O golpetea. Hazlo.

Le miró.

—Eres un maldito abusón.

—Sigue burlándote. —Su polla se estaba poniendo dura, su sangre calentándose. Pero había fuego en la mirada de ella ahora.

—¿Y? ¿Qué vas a hacer?

Acarició con su pulgar a lo largo de su garganta, captando la palpitación de su pulso. Su boca se abrió, su pecho elevándose y bajando rápido bajo su mano. Examinó su rostro.

—Necesitas esto, ¿verdad? Necesitas ser asustada, presionada, retada. Necesitas ser capaz de luchar. Ella agarró su mano, intentando quitarla de su garganta y apartarla del lazo de su blusa.

—Sí, ¿vale? Quiero sentirme completa. Quiero simplemente sentir.

Él liberó su blusa, atrapó sus manos y las presionó contra la pared por encima de su cabeza.

—¿Qué sientes ahora, Gatita? Te tengo sujeta. Indefensa.



—Tonterías. Puedo detenerte.

—¿Cómo? —Dios, ¿qué tan enfermo estaba para meterse en esta mierda?—. Vamos, Kat. ¿Cómo? —Se quedó quieto justo delante de su cara, presionándole.

Ella usó su pulgar para golpetear tres veces en su mano.

Sloane la liberó. Retrocedió.

Ella inclinó su barbilla, sonriendo triunfal.

El aliento de él se detuvo, estrangulado justo en su pecho. Era jodidamente preciosa. Atrevidas mechas rosas en su pelo y sus ojos ardían por la victoria. Jodidamente cerca se sentía el calor de su gloria y estaba completamente seguro de que quería tocarle. Más que tocarle.

Se acercó entrando en el espacio que acababa de dejar vacante.

—Eso fue el primer asalto. —Deslizando hacia abajo un dedo por el lateral de su garganta, sintió su escalofrío. Sus pezones se erizaron bajo su blusa y sujetador. Él miró hacia arriba—. ¿Quieres ir a por el asalto dos, Gatita? —Acarició la piel sensible de su nuca—. ¿Quieres qué te quite la ropa y te haga sentir? ¿Hacer que te corras? ¿Sin restricciones? Piénsalo bien, Kat. Significa fóllame ahora hasta que grite tu nombre.



Capítulo 12

La voz de Sloane estaba llena de promesas pecaminosas.

Un regocijo corrió desde las raíces de su cabello hasta la planta de sus pies. Sus pezones rozaron contra su sujetador y sus bragas estaban embarazosamente empapadas.

Ningún hombre le había hecho sentir así de completa. En control, fuerte y violentamente desesperada. Como si pudiera llegar a ella con todo lo que tenía: un metro y noventa y cinco centímetros y más de noventa kilos de crudo e indomable hombre y podía detenerle con un solo dedo.

Pero ¿por qué iba a hacerlo cuando lo único que él quería era darle placer? Cabalgando el momento, le espetó: —Quiero esto.

Un estremecimiento pasó a través de él. Sacó su teléfono del pantalón y pulsó la pantalla. —Estoy enviando un mensaje a Ethan.

Claro. Se había olvidado de que su chofer le estaba esperando.

Sloane volvió hacia ella y merodeo alrededor, sus ojos marrones intensificándose.

—¿Qué?

—Tú. Tan valiente, Gatita. Naciste siendo una mujer luchadora, apasionada y te pasaste tu vida tratando de obligarte a ser pasiva. Pero ahora estás dejando que ella salga. —Apoyó su frente contra la de ella.

—Confía en esa mujer, Kat. Si quieres parar, paramos.

Revoloteos salvajes golpeaban en su corazón y por un segundo, las lágrimas escocieron. Iba más allá de la lujuria, esto era confianza. Un vínculo formándose, que le daba miedo en lugares que incluso sus ataques de pánico no tocaban. Sloane le veía, creía en ella.

Toda su vida, Kat no había sido lo suficientemente buena. No lo suficientemente inteligente, lo suficientemente valiosa. Y desde su lesión



estaba rota. Destrozada. No sabía cómo encajar las piezas de nuevo. Pero los profundos ojos castaños de Sloane le mostraban una visión diferente.

Como si estuviera sanando para ser la mujer que estaba destinada a ser.

Inclinando la cabeza, le besó.

Él dobló las rodillas, pasando un brazo por la cintura y levantándole. Acunó la parte de atrás de su cabeza con su mano y tomó posesión de su boca, llenándole con su sabor sensual.

Kat enganchó sus piernas alrededor de su cintura. Eso le dejó abierta, expuesta a la pesada y gruesa cresta de su polla a través de sus ropas contra su centro.

Aferrándole por la cadera, le apretó contra él y gimió en señal de aprobación.

Las vibraciones y la presión estallaron abajo en su vientre. Le deseaba, deseaba la sensación de un hombre moviéndose en su interior. Quería sentir su piel contra la suya. Tiró de los botones de su camisa.

Sloane rompió el beso. Sosteniéndole, comenzó a caminar.

—Dormitorio.

—Izquierda. Al final del pasillo. —Se movió, tirando de su camisa para sacarla de sus pantalones.

Las largas piernas de Sloane devoraron la distancia a su dormitorio. La luz de la luna entraba a raudales por la ventana, iluminando su cama extra-grande con el edredón azul y montones de almohadas.

Él cerró la puerta de una patada, dio zancadas hacia la cama y la puso de nuevo en el suelo sobre sus pies. En un movimiento suave, le quitó el top.

El aire golpeó su piel desnuda y las dudas se arrastraron de vuelta hacia ella. Sloane había estado con muchas mujeres. Habían pasado cinco años para ella.



Su cálida mano se instaló en su mejilla. —¿Quieres ir más despacio?

El resplandor de la luna enfatizaba su belleza salvaje, sin embargo, su mano estaba apoyada suavemente sobre ella dándole apoyo. Sintiéndose

segura, negó con la cabeza y empujó la camisa deslizándosela por los hombros, dejando al descubierto el tatuaje en su bíceps derecho. Remolinos de llamas alrededor de la letra S creaban una imagen poderosa. Hasta donde ella podía decir, era su único tatuaje.

—Háblame del tatuaje.

Él echó un vistazo a la tinta, una angustia impredecible restallando en sus ojos marrones.

—Más tarde.

Ese instante de vulnerabilidad se granjeó su afecto más que cualquier otra cosa, le llenó con la necesidad de eliminar esa chispa de dolor. Hizo trazos con el dedo sobre los músculos apretados de su pecho, encontrando pequeñas cicatrices aquí y allá. Aprendiéndose las pendientes y curvas de él para encontrar los lugares que hacían que su respiración se elevara y su pulso se elevara. Se inclinó y lamió un pezón.

Sloane se arqueó y gimió bajo su asalto.

Pasó al otro, sintiendo su poder sobre él. Esta vez, le rozó con los dientes, un mordisco suave.

Él se inclinó ante su mordida. —Estás jugando con fuego. —Su aliento le revolvió el pelo. Sus manos acariciaron su espalda para liberar el sujetador y sacárselo por los brazos— Devuelvo los mordiscos.

El calor se disparó en sus pezones, convirtiéndolos en picos.

Una sonrisa maliciosa se curvó en la boca de él. —¿Te gusta la idea de que te muerda? —Le pasó los nudillos sobre las sensibilizadas puntas, enviando sacudidas directamente a su sexo— Pero no he dicho dónde voy a morderte, Gatita. —Sus manos quemaban un camino de fuego hacia sus pantalones.

Un hilo de la ansiedad amenazó con arraigarse. Él se agachó para sacarle los pantalones y ver sus cicatrices. Las feas heridas tenían una manera de arruinar su estado de ánimo. Para evitar esto, Kat le rodeó las muñecas.

Sloane le soltó, con preocupación nadando en su mirada.



Queriendo que siguiera excitado, bajó la voz. —Permíteme. —Atrapó el botón, lo soltó, bajó la cremallera y deslizó los pantalones por sus caderas.

—Oh sí. Sigue.

El ronco gruñido de aprobación le envalentonó. Se quitó los zapatos planos y se movió saliendo de sus pantalones.

Quedando con un trozo de encaje negro. Un triángulo que apenas le cubría en la parte delantera y se hundía entre las mejillas de su culo en la espalda.

La mirada caliente de Sloane viajó hacia abajo y quedó atrapada en ese trozo de tela. Cuando ella hundió sus pulgares debajo de las finas tiras que montaban sus caderas, él agarró sus muñecas.

—¿Eso es un tanga? ¿No te pondrías una falda, pero llevas puesto un tanga?

—Podría ser. —¿Alguna vez se había sentido tan deseable? ¿Tan valiente?

—¿Por mí, Kat? ¿Lo llevas por mí?

—Me pareció una buena idea en el momento.

Sloane pasó la mirada hacia abajo. Sus fosas nasales se dilataron y su respiración se detuvo. —La jodida mejor idea de todos los tiempos. —Fusionando su boca a la de ella, le besó con calientes y profundos latigazos de su lengua.

Kat cayó en el beso, en un velo de intimidad que dejaba todo fuera, excepto a ellos dos.

Sloane besó sobre su mandíbula, bajó por la garganta, lamió su clavícula. Tentó la tierna pendiente de su pecho. La áspera humedad de su lengua carbonizaba sus terminaciones nerviosas. Más, quería más. Tirando de sus manos para liberarse, entrelazó sus dedos alrededor de los pesados mechones, sedosos de su cabello.



Un gemido brotó de él y cerró los labios sobre el pezón.

Los picos de calor le recorrían hasta la médula. Kat se arqueó, tirando de él más fuerte contra ella. Las sensaciones explotaron mientras le chupaba.

Su necesidad se agudizó, cada tirón en su pezón bajaba para atormentar a su clítoris. Un dolor floreció en ese manojo de nervios.

Sloane se puso de rodillas y se sentó sobre los talones. Con el pecho al descubierto, vio sus abdominales nudosos por la tensión. Él levantó la vista, un rubor se extendía por su cara.

—Muéstrame tu tanga, Gatita. —Su voz reducida a una indómita ronquera— Date la vuelta.

Nunca nadie le había hecho sentir así… sensualmente saboreada. Adorada y deseada. Un embriagador entusiasmo latía en sus venas, haciendo fácil para ella seguir sus instrucciones y ponerse frente a la cama.

Rugió un gruñido suave y deslizó sus dedos sobre ella. Ahuecó sus nalgas, moldeando y acariciando.

—Tu culo me ha torturado durante toda la noche en esos pantalones. —Trazó la línea de su tanga, profundizando entre los muslos.

Sus dedos rozaron la fina tela, provocando con pequeñas caricias hasta su clítoris. Una ardiente necesidad encharcaba su bajo vientre. Luego él se retiró.

Antes de que pudiera gemir su protesta, pasó sus pulgares por debajo de las finas tiras en sus caderas. —Voy a quitarte esto y a mostrarte lo caliente y alucinantemente sexy que eres.

La anticipación apretó sus muslos mientras sentía el suave tirón. El lento descenso, viajando a la velocidad de un par de centímetros por cada latido de su pulso, era enloquecedor. Emocionante.

El material de seda susurró en voz baja, mientras los dedos de Sloane calentaban un rastro de placer más áspero. Sus bragas se aferraban a su húmeda excitación, bajando con una tortura deliberada y dulce. Una vez que las tenía en sus tobillos, dio un paso saliendo de ellas.

Él se levantó, rodeándola con sus brazos y tirando de ella otra vez hacia su pecho. Su calor le envolvió, le tranquilizó. Él rozó sus labios sobre su oreja, mordisqueando el lóbulo, raspando suavemente con sus dientes por encima de su hombro. Antes de que pudiera procesar plenamente eso, jugaba con sus pezones, rodando sobre uno, retorciendo el otro.



Se encendió, arqueándose mientras su sangre golpeaba debajo de su tierno asalto. Su clítoris florecía abierto, rogando por su tacto.

—Sloane.

—Aquí mismo. —Trazó con una mano bajando por su vientre y apretó sus dedos entre sus muslos, acariciando su hendidura— Caliente y húmeda. Tan receptiva. —La áspera yema de su dedo masajeaba su clítoris.

Se ladeó hacia él, agarrando su brazo. —Me estás haciendo arder.

—Estoy ahí mismo contigo. —Apretando su brazo alrededor de ella, deslizó un dedo dentro suyo, hundiéndose profundamente— Qué coñito más apretado. —Gimió en su oído mientras se retiraba y empujaba con un ritmo electrizante— Tan jodidamente perfecto.

Un placer surgió en espiral mientras la tocaba con su mano. Kat estaba perdiendo la noción, sólo sentía. Su brazo alrededor de su cintura, su pecho ardiendo contra su espalda. La cresta de su gruesa erección presionando contra sus caderas. Sus dedos empujando dentro y fuera, más fuerte. Más profundo. —¡Oh Dios! —Echó la cabeza hacia atrás. Escalofríos calientes corrían sobre su piel.

—Mírame.

Volvió la cabeza a sus órdenes.

Se encerró en ella. —Vamos, Kat. Vamos, nena. —Bajó el pulgar hacia abajo en su clítoris.

El orgasmo explotó desde su clítoris, con ondas de choque atravesando cada nervio. Clavó los dedos en el antebrazo que le sujetaba alrededor mientras cabalgaba sobre sus dedos. Oyó un zumbido en los oídos y la respiración áspera de Sloane.

—No es suficiente —gruñó. Le dio la vuelta, le hizo descansar sobre la cama y se puso de rodillas, deslizando el hombro bajo sus muslos.

Durante unos segundos, todo se ralentizó. Incluso su ritmo cardíaco mientras Sloane le sostenía abierta, expuesta y mirando fijamente.

—Para mí... Al igual que tu tanga, tu coño húmedo y palpitante es mío. —El hambre brillaba en sus ojos.



—Sí. —En ese momento, le daría cualquier cosa.

Se inclinó y la lamió, profundizando su lengua a través de todos sus pliegues. Lamiéndola. Con un lamido profundo, provocó su clítoris. Ella era tan sensible que sólo tomó un par de minutos antes de que estuviera retorciéndose, tratando de acercarse lo suficiente.

Empujó dos dedos profundamente dentro de ella.

—¡Sloane! —Llamas sensuales azotaron sus paredes interiores. El calor enrojeció todo su cuerpo. Tan cerca, la feroz necesidad le quemó. Él cerró los labios sobre el pulsante manojo de nervios y chupó. Cuando pensó que iba a volverse loca, le mordió suavemente y le envió a un orgasmo salvaje.

Antes de que las ondas de choque se desvanecieran, la dejó y se quitó la ropa restante. Estaba atrás, de pie entre sus muslos abiertos y desenrollando un condón sobre la cabeza de su polla y deslizándolo por el largo eje.

Sloane aferró sus caderas en sus manos y le abrió más de piernas. Presionó un par de centímetros dentro de ella y se detuvo. Un hambre cruda estaba tallada en su cara con un deseo brutal. Las venas de su cuello sobresalían, marcando el esfuerzo de su moderación. Los ojos brillaban con la necesidad de tomarle. Fuerte.

Sin embargo, se detuvo y le miró.

La confianza llenó su garganta. La que él le dio en ese momento, comprobando para asegurarse de que ella podría manejar su furioso deseo, le sorprendió. Inclinando sus caderas para atraerlo más cerca, le dijo: —No te detengas. Lo quiero todo de ti. —Decía en serio cada palabra.

Con los dedos clavados en sus caderas, le penetró.

Demasiado lento. Envolviendo sus piernas alrededor de él, le urgió a entrar más profundo.

—Kat, —le advirtió— eres estrecha.

Ella apretó los puños por la frustración. Le había dicho que se dejara llevar. Le había abrazado. Le había dado exactamente lo que había ansiado



aunque ella ni siquiera lo sabía. Necesitaba ese mismo abandono salvaje de él ahora mismo. Arqueando la espalda, exigió: —Fóllame tranquilo.

Él se quedó inmóvil durante un segundo. Un latido rápido donde los propios planos de su rostro cambiaron de paciencia agonizante a un deseo salvaje. Se retiró y embistió. Con fuerza. Hasta el final. Un color ardiente salpicaba sobre sus mejillas y sus dedos se clavaron en su culo mientras la follaba. Cerrando los ojos, bombeó con sus caderas, conduciendo su polla dentro de ella.

Se movió, alzándole más las caderas. —Tómalo, Kat.

Su escroto pesado golpeaba contra su culo. —Otra vez. Más. —Lo tomaría todo, cualquier cosa que él quisiera darle.

—Sedosa. Caliente. ¡Joder! —Atacaba dentro de ella, sus músculos golpeando. Sin contenerse nada.

Una fiebre caliente abrasaba a través de ella y se vertía en palabras:

—Quiero sentir como te corres. —Verle perder ese control formidable dentro de ella. No, con ella. Su fiebre se disparó—. Por favor.

Se inclinó sobre ella hasta que compartían un solo aliento. —Esto es lo que me haces. —Sus hombros se flexionaron. Su polla se hinchó más grande. Más dura. Más caliente mientras se sumergía en ella. Marcándola.

—Kat. ¡Joder! —Jadeó, corriéndose fuerte dentro de ella.

Ella explotó con él.

* * * *

Sloane no podía conseguir meter un jodido aliento en sus pulmones. Todavía tenía el culo de Kat sujeto en sus manos, su pene enterrado hasta las pelotas en su interior.



La cordura estaba volviendo lentamente. La razón empezando a hacer clic, diciéndole que había perdido totalmente el control con ella.

Y a ella le había gustado. Muchísimo, a juzgar por el orgasmo estrujapollas que acababa de tener. Era tan hermosa allí tumbada, su piel brillante, con los ojos cargados de satisfacción. Kat había trabajado tan duro para apartarle al principio. Pero una vez que se había abierto ella misma, se había convertido en salvaje y honesta bajo sus caricias.

Otra réplica del placer le estremeció ante el recuerdo.

Dejó descansar las caderas de ella en la cama, apartándose. Mirando a su alrededor bajo la luz de la luna, vio una puerta a su izquierda.

—¿Ese es el baño?

—Sí.

Rápidamente se dirigió al cuarto de baño, se deshizo del condón y regresó.

Mientras que él se había ido, Kat se había sentado en el borde de la cama con los pies en el suelo.

Le miró fijamente en el charco de luz procedente del baño. Ella agarró el borde de la colcha y la giró sobre su pierna mala. ¿Sí, esa mierda de taparse? Se iba a terminar ahora. Se unió a ella y se sentó a su izquierda.

—Vamos a terminar con esto.

Ella le lanzó una sonrisa. —Pensaba que acabábamos de hacerlo.

—Chica graciosa. Sólo hemos empezado. Todavía no he terminado de explorarte. —Dejó caer la atención a sus pechos. No había pasado ni de cerca el tiempo que él quería. Sintiendo la sangre que comenzaba a llenar su polla, empujó ese pensamiento hacia abajo— Estás sentada aquí desnuda y escondiendo tu pierna. —Reclinándose atrás, se palmeó en los muslos— Gírate y pon las piernas aquí.

Ella se puso rígida.

Sloane le cogió la barbilla. —No son más que cicatrices, Kat. Enséñamelas y acabemos de una vez.

—Realmente eres un abusón.

Se inclinó, besándole. —Pero tú no eres la frágil repostera que tu familia cree. Es hora de enseñar y contar.



Sloane le observó decidirse. Sabía que era un riesgo, pero así es como él vivía. Se enfrentaba y se ocupaba de las cosas, no las dejaba simplemente quedar pendientes allí y crecer. Atacaba y vencía.

Por fin, Kat apartó el edredón.

Una opresión en el pecho se alivió. Por alguna razón, esto era difícil para ella. Es por eso que quería apartarlo del camino. Esperó mientras giraba sobre su trasero, volviéndose hacia él, luego levantó su pierna izquierda, y manteniendo la rodilla doblada, dejó caer su pie sobre su muslo.

Dejando al descubierto su coño para él.

Su mirada fue a la derecha allí, hasta donde se extendían sus muslos, los suaves rizos recortados se abrían y sus resbaladizos pliegues rosados estaban expuestos para él. Su polla se engrosó, se le hizo agua la boca.

Pasó su mano sobre su pierna, sintiendo todos los músculos lisos y la piel suave. Entonces estiró el brazo, rodeando su pequeño clítoris hinchado.

Ella tomó aire.

Apartando su mano, levantó la mirada. —Excelente táctica de distracción.

—Puedo pensar en más. —Frotó la pierna contra su polla palpitante.

Gimió. —Sigue así y vamos a averiguar si te gusta el sexo con azotes.

Sus cejas se alzaron en su frente. —No lo harías.

Maldito fuera si sus pezones no se contraían y ese pulso de su cuello ondeaba. Kathryn Thayne tenía una vena de chica mala. Pero tenía razón, no lo haría hasta que tuviera su plena confianza y sólo si ella lo disfrutaba. La idea de hacer realidad sus fantasías secretas se la ponía muy dura.

—De la manera en que yo lo veo, podemos negociar aquí. Puedes poner tu otra pierna en mi regazo y estaré de acuerdo en demorar lo de inclinarte sobre mis muslos y hacer que te corras con mi mano sobre tu culo hasta que grites pidiéndolo...

—¿Pidiéndolo? —Prácticamente escupió las palabras.



Él se encogió de hombros. —Preguntar o suplicar, es tu decisión. —A él le encantaba su indignación— O puedes ponerme a prueba, al negarte a mostrarme tus cicatrices.

—Es un farol.

No contestó. No inclinó su mano. Sólo esperó mientras un nuevo deseo le asaltaba, uno que ella no sabía que tenía. Era un calor tan fuera de los registros, que casi se rindió y le dejó librarse de enseñarle la pierna.

Kat se movió, poniendo sus manos sobre la cama para sujetarse y levantó su pierna derecha.

Una mueca de dolor cruzó por su rostro. Tuvo que reprimir la necesidad de ayudarle.

Apoyó la pierna, ligeramente doblada, sobre él.

Sloane movió su mano hacia su pie con el arco delgado y luego suavemente le pasó la palma de la mano por encima de su tobillo y en parte por su pantorrilla.

Allí vio sus cicatrices. Recorrían doce centímetros por el interior y el exterior de la pierna, desde media pantorrilla hasta la rodilla. Las dos cicatrices probablemente significaban dos placas sujetas al hueso con tornillos. Buenas incisiones, algunas tirando del tejido cicatricial y había algunas otras pequeñas cicatrices apenas perceptibles en la rodilla. Probablemente artroscópicas para romper el tejido cicatricial y limpiar los fragmentos de hueso.

Levantó la vista hacia ella. —¿Qué tan mal está la rotula? —La sorpresa brilló en sus ojos— He tenido lesiones, fracturas y fisioterapia. Aunque no tengo placas, nada tan serio. He visto a otros luchadores pasar por mierdas así. Una vez que la rotula está involucrada, por lo general no es una buena noticia.

Sus ojos se calmaron un poco y sus hombros se relajaron bajando. —No es lo suficientemente malo como para una prótesis de rodilla, por lo menos no todavía. El rango de movimiento es mejor para la flexión, pero no puedo conseguir la extensión completa. Podrían ser las placas, la forma en que sanaron los huesos, la articulación o una combinación de todo.



—Sin la extensión completa para conseguir apoyar el talón en el suelo, cojeas. —Le pasó el pulgar por la cicatriz en su interior. Se habían atenuado y no eran tan obvias. Desde la distancia, la gente simplemente vería unas piernas tonificadas, no las cicatrices— Esta no es la pierna con la que quieres dar patadas. No puedes golpear o conseguir suficiente fuerza para hacer daño. Pero puedes equilibrarte sobre ella para patear con la otra. —Levantó la mano hacia su cara mientras seguía acariciando su pierna. Le gustaba tocarle.

A su polla también le gustaba.

Ella miró hacia donde le tocaba, y luego hacia su erección y volviendo a su rostro, le dijo: —Realmente no te molestan.

—¿Las cicatrices? No. —Él estaba bien, siempre y cuando no pensara en el Dr. Gilipollas dejándole a merced de dos hombres con un bate de béisbol. Apretó la mandíbula para dejar fuera la imagen. Ella ya estaba metiéndose bajo su piel, haciéndole sentir más de lo que quería. Tenía que centrarse en el sexo.

Acariciando sus piernas, cambió la conversación. —Tenemos que hablar sobre métodos anticonceptivos. —Tendría que haber hablado con ella en el gimnasio el domingo pasado, pero su polla se puso en el camino de su sentido común—. ¿Tomas la píldora?

Ella asintió.

Alzó una ceja. —¿Has estado planeándolo, chica de los pasteles?

Ella se rió. —Por supuesto. Planificando tener unos periodos regulares y más ligeros. ¿Alguna otra pregunta?

Deslizó un brazo debajo de sus piernas, luego la otra debajo de la espalda baja, levantando su culo a su regazo. Envolvió el cabello sedoso alrededor de su mano, le miró a los ojos y le preguntó: —¿Te gustaría ver mi certificado de buena salud?

—Sí.

Bien por ella. —Chica lista. Usaré condones hasta que consiga el informe para ti. Ahora ponte algo de ropa. Algo cómodo.



—¿Ahora? ¿Por qué? ¿Tengo que llevarte en coche a casa?

Se levantó con ella en sus brazos y lamentablemente la bajó hasta el suelo. —No te vas a librar de mí tan fácilmente. —Se inclinó, enmarcando su rostro con las manos— Pero esta noche entraste en pánico cuando David puso sus manos sobre ti. —¿El contacto de David siempre le provocaba ataques? La respuesta a eso no era tan importante como enseñarle a superar su pánico.

—No pienso en él como una amenaza. —Ella levantó las cejas— No exactamente, en cualquier caso. Simplemente no quiero que me toque.

Sloane no quería que dudara de sí misma. —Cuando un hombre no te quita las manos de encima después de que le digas que te suelte, considéralo una amenaza. ¿Me oyes, Kat?

—Sí.

Juraría que algo parecido al alivio apareció en su expresión. Por mucho que había tratado de dejarlo ir, no podía. —Kat, la noche en que fuiste atacada, ¿qué es lo que realmente crees que pasó?

Ella se dio la vuelta, dirigiéndose hacia un aparador.

Retirándose. Distanciándose. Porque nadie le creía. Sloane envolvió sus brazos alrededor de ella, atrayéndole contra él. —No retrocedas. Háblame.

—No lo sé. Sólo tengo flashes aleatorios.

Esas palabras planas le hacían rechinar sus molares. Estaba rígida en sus brazos, su piel se había enfriado. Apoyó la barbilla en su cabeza, su pelo sedoso contra su cuello.

Gradualmente se relajó contra él. —¿Sloane?

—Estoy aquí.

—Lo que sea que pasó esa noche, David está tratando de ocultarlo. Lo ha hecho durante años. —Ella suspiró— Eso es lo que nos destruyó. La mentira, siempre estaba allí entre nosotros hasta que no pude soportarlo más. Cosas como su teléfono. Él nunca lo dejaba en su coche, siempre lo llevaba consigo. Es un millón de pequeños detalles que se suman hasta



una gran mentira. No sé qué pasó, sólo que no sucedió de la manera en que él dijo que pasó.

Kat se volvió en sus brazos, mirándole a los ojos. —Si tú todavía estás dispuesto, quiero que me entrenes. Entré en pánico cuando David me tocó. —Sus ojos brillaban con determinación, parecían gemas duras— Tengo que aprender a controlarlo. Superarlo.

Eso es, justo ahí, ahí estaba: la cualidad que le golpeaba en el pecho y disparaba derecho hasta su polla. La luchadora que había en Kat. No le importaba que se estuviera haciendo tarde, quería entrenar ahora. Es lo que le daba ganas de trabajar con ella hasta que sudara agotada para luego lamerle hasta un orgasmo abrasador. —Está bien. Ponte la ropa de entrenamiento.



Capítulo 13

Había un hombre en su cama.

Kat encendió la máquina de café en la quietud del amanecer, las acciones familiares y el olor consolándole. Algo normal a lo cual aferrarse mientras luchaba con sus pensamientos desordenados.

Estaba en medio de un territorio emocional desconocido.

Como hacer el café para un hombre. Oh, lo había hecho para Kellen, pero eso era diferente.

Había tenido relaciones sexuales con Sloane. No sólo sexo, había sido... un despertar.

Respirar el aroma de granos colombianos hacía su magia, le preocupaba que, dada la oportunidad, Sloane podría fácilmente abrumar su sentido, quién era y quién estaba trabajando tan duro para llegar a ser. Fuerte e independiente, capaz de participar en una vida sexual sana con un hombre, tal vez compartir algunas comidas y reírse, pero sin perder de vista sus propias metas y sueños. Había trabajado para David en el laboratorio de su familia y se había perdido a sí misma. Su mayor alegría no había sido el anillo o la planificación de la boda, había estado investigando las panaderías para encontrar el pastel de bodas perfecto. Su pasión era la creación de recetas y hacerlas obras de arte, pero no había ido tras ella. En cambio, había tratado de ser lo que todo el mundo alrededor quería de ella. Su única salida para eso había sido encontrar un pastel para su boda. Triste y patético.

Pero ella y Sloane no eran más que amantes durante el tiempo que ambos quisieran. Mientras mantuviera ese pensamiento en su cabeza, podía manejarlo.



La energía nerviosa zumbaba en sus venas. Tenía que ir a trabajar donde tendría un par de horas de tranquilidad para procesar sus sentimientos. De pie en su mesa de trabajo en la cocina de Sugar

Dancer´s, con las manos trabajando la masa para bollos de canela, tendría la tranquilidad que necesitaba y el propósito que anhelaba para mantenerse centrada. Tomando un par de tazas de viaje[9], las llenó de café. Manipuló la suya, puso las tapas y las llevó al dormitorio.

Deteniéndose en la puerta, miró a Sloane tendido sobre la cama boca abajo, con los brazos abiertos, con una pierna doblada. La sábana descansaba en sus caderas, dándole una visión tentadora de su espalda. Piel bronceada se extendía sobre sus hombros poderosos y el estrecho valle sexy de su columna que quería recorrer. Él ocupaba la mayor parte de la cama con su gran cuerpo.

Exactamente la forma en que podría ocupar demasiado espacio en su cabeza, si le dejaba. Y su corazón si era estúpida.

—¿Vas a seguir mirándome o me traerás el maldito café?

Kat casi saltó. —No sabía que estabas despierto.

Rodando con una gracia ridícula para un hombre tan grande, Sloane se sentó y arrebató el teléfono de la mesita de noche. Sus cejas de cuervo se arrugaron. —Jesús, ni siquiera son las 5 a.m. —Le observó mientras se movía hacia él— Y estás vestida.

Vestida y deseando poder subir de nuevo a la cama con él. —Tengo que irme, llego tarde. Tengo que ir a la panadería.

—Es domingo. —Gruñó mientras tomaba la taza— Gracias.

Una rara incertidumbre se retorció en su estómago. —Lo puse en una taza de viaje.

Un destello de humor arrugó sus ojos. —Sutil, nena. —Dejó la taza sobre la mesa, se quitó las mantas y se levantó.

Desnudo. Potente. Pasó la mirada codiciosa por el pecho por encima de su estómago surcado por su enorme erección. Un pequeño desvío de su mirada revelaba sus fuertes muslos y pantorrillas, pero su enfoque se mantenía arrastrándose de nuevo a su polla. Larga, gruesa y muy atractiva.



9**Taza de viaje:** taza térmica con tapa de cierre hermético, generalmente de acero inoxidable y con revestimiento de polipropileno.

—Mirándome no vas a llegar al trabajo más rápido.

Correcto. Trabajo. Ella dio un paso atrás, pero su rodilla se dobló. Cedió por completo, derribándole.

Su taza de café cayó al suelo de madera mientras Sloane apretaba las manos debajo de sus codos y la estabilizaba.

Un rubor comenzó en su pecho y subió a su cuello. Odiaba cuando esto sucedía, la pérdida total de control sobre su propia pierna y equilibrio. —Gracias. Lo siento.

Continuo abrazándole, se acercó más, dándole una vista de su ira. —Te presionaste demasiado con tu rodilla anoche.

Porque quería aprender, maldita sea. Cada vez más, Kat tenía la sensación de que tenía que tomar el control de su vida ahora y no después. Así que sí, tal vez había exagerado al levantarse y girar sobre su pierna mala para golpear las rodillas de Sloane. ¿Pero que su rodilla cediera? Esta era su realidad. —Mis piernas se doblan a veces. Pasa. Sigo adelante. —Tenía un aparato ortopédico en el trabajo si tenía un mal día.

—Confío en que te detengas cuando tu pierna necesite un descanso. —Su mandíbula palpitó— Deberías habérmelo dicho antes de que te follara en la ducha y de nuevo en la cama.

La ira superó su vergüenza. —Follar es de lo que se trata esto. Mi pierna es mi asunto. —Apretando los dientes, agregó—: no debí dejarte pasar la noche aquí. —Tirando de sus brazos, agarro la jarra en el suelo. Había cerrado la tapa, así que no había derrames que limpiar. Todo con lo que tenía que lidiar era con su orgullo dañado y un hombre desnudo muy ceñudo.

—¿Arrepentida? —preguntó en voz baja.

Cerró los ojos, sorprendida por la facilidad con que veía a través de su enojo. Soltando el aliento, le miró. —Más bien con el nerviosismo del día después. —Y un infierno de confusión— Es que… tengo que ir a trabajar.

Sloane le acarició el pelo. —Si te hace sentir mejor, esto es nuevo para mí también. No suelo pasar la noche con nadie. —Se dirigió al cuarto de baño.



¿Mejor? Intenta con aterrorizada. ¿Quería algo más de ella? No, ¿por qué iba a hacerlo? Era una panadera con una pierna mala y bastante equipaje para llenar su limusina de lujo. Habían acordado las condiciones. Acababan de pasar la noche juntos, porque se había hecho tarde. O tal vez él estaba empujando un poco sus propios límites. Bueno, eso funcionaba para ella.

Con manos nerviosas, rápidamente hizo la cama, aunque una parte de ella quería subirse de nuevo y... no. Si iba a mantenerse fuerte, tenía que cortar esos pensamientos de raíz.

Sloane salió del baño y tiró de ella por un beso. Ella probó su pasta de dientes y el sabor más rico y oscuro de Sloane. Se echó hacia atrás y sonrió. —Buenos días. He utilizado el cepillo de dientes. Cámbialo si eres remilgada.

El beso desató una oleada de deseo, revolvió su ingenio y le hizo olvidar sus angustias. ¿Cómo hacía eso con tanta facilidad? ¡*No contestes eso! Concéntrate en cosas prácticas.* —Uh, te llevaré a casa.

Sacó su teléfono y comenzó a enviar mensajes de texto. —¡Tienes que ir a trabajar! Será más rápido si voy contigo a la panadería. Ethan me puede recoger allí.

Eso funcionaría mejor para ella. —Está bien.

—Voy a conducir.

Como el infierno lo haría. —Es mi coche. Yo voy a conducir. —Recogiendo sus cafés, le dio el suyo.

Se inclinó más cerca. —¿Quieres mi manos ocupadas conduciendo o mientras estás conduciendo? Tu elección.

Ella resopló y los condujo por su pasillo, a través de su pequeña sala de lavandería al garaje. —¿Sabes el concepto de juego limpio?

Le tendió la mano pidiendo las llaves. —Yo juego para ganar, chica panadera. Cada maldita vez.



Kat le dio las llaves y se preguntó si le estaba dando demasiado. Demasiado de sí misma. Tenía que recordar esto como un arreglo, una proposición.

Una vez que estuvieron en el camino, dijo: —Si te dejo conducir, tienes que responder a algunas preguntas. —Quería saber más acerca de él. Siempre hablaban de ella.

Él le miró. —Eso no estaba en las negociaciones.

—Lee la letra pequeña la próxima vez.

—Tramposa.

Se echó a reír. —Dado que conociste a mi familia, dime sobre la tuya.

Apretó las manos en el volante. —No hay nada que contar. Mi padre fue un donante de esperma que huyó. Mamá aparecía a veces. Otras veces estuve en hogares de acogida.

Kat se apoderó de la taza del viaje negra que había descansando entre sus muslos. —¿Hogares de acogida? Lo siento. —Eso tenía que ser duro. Su familia podría estar jodida, pero habían estado allí cuando los había necesitado. ¿Sloane tenía alguien allí para él?—. ¿Tu madre todavía está viva?

Guiando su pequeña camioneta a través de las calles de la tranquila mañana, mantuvo sus ojos en el camino. —Sí.

—Oh. —Estaba haciéndole sentir incómodo, pero quería saber más, entenderle mejor. Bueno, tenía que saber que había alguien que cuidaba de él si lo necesitaba—¿Está cerca ahora?

—No. —Él giró la cabeza, sujetándole con la mirada—. Déjalo ir, Kat.

Bien. Ella se movió de su madre a otra familia. —¿Algún hermano?

Él apretó su boca.

El silencio se espesó hasta que casi le dolió. Cediendo, dijo: —Lo siento, no es asunto mío. —No lo era. Sí, había conocido a su familia la noche anterior, pero ella le había llevado allí. Ella había abierto esa lata de gusanos, no Sloane. Eso no le daba un pase libre para interrogarle.



—No me gusta hablar de mi crecimiento.

—Está bien. —Kat no olvidó el hecho de que él no había respondido a su pregunta sobre los hermanos. Ni idea de lo que significaba eso. Estaban en esto por comodidad y sexo, no compartían conocimientos personales y dolorosos. No era su lugar el preocuparse por que no tenía a nadie que le ayudara si lo necesitaba.— Entonces, ¿qué pasa ahora? ¿Me llamas cuando quieras que vaya a un lugar contigo? —Si todavía quería hacerlo. Una vez que le preguntó por su familia, se había vuelto frío y distante, lo que provocó su inseguridad.

Sus hombros se relajaron un poco. —¿Tienes un vestido de cóctel? Si no es así, consigue uno. Hay una cata de vinos, aperitivos y cena en una bodega en Temecula el sábado de la semana próxima. Es un negocio. Haré que mi asistente te de los detalles sobre el evento. —Se metió en el estacionamiento de la panadería.

Kat se quedó helada. —No me pongo vestidos de cóctel.

Aparcó y le miró. —Eso es sólo una mierda. Tienes buenas piernas. Consigue el maldito vestido. —Empujando su puerta, salió.

Su pecho se tensó ante la sola idea de llevar un vestido. Recogiendo su bolso y cambiando su café, aceró la mano a la puerta.

Su puerta se abrió antes de que la tocara. Sloane la abrió. —Balancea tus piernas.

—Sé cómo salir de un auto. —Se dio la vuelta, entonces se dio cuenta de que la limo gris oscuro de Sloane estaba en el estacionamiento. Se detuvo en el otro lado, cerca de la calle, esperando.

Las manos de Sloane estaban envueltas alrededor de su cintura y sin esfuerzo la levantaron del suelo. Ella contuvo el aliento.

Cerró la puerta, le entregó las llaves y dijo: —Vas a comprar un vestido de cóctel y a usarlo.

Oh sí, lo conseguiría justo después de que prendiera su pelo en llamas. —¿Por qué estás tan enojado por eso?



Apretó la mandíbula. —Por lo general no me molesto. Pero, maldita sea, me haces algo.

Tal vez no era la única que necesitaba un poco de equilibrio. —Voy a usar pantalones o un vestido largo. Y no me pondré tacones altos.

Él entrecerró los ojos. —¿Te pedí usar zapatos de tacón?

—No me has pedido que haga nada. Estás dando órdenes.

Sloane dio un paso atrás y relajó visiblemente sus hombros. —Tienes razón. Mierda. —Se pasó una mano por el pelo—. Está bien, los de los zapatos de tacón alto, lo entiendo. Pero me gustaría mucho que llevaras un vestido de cóctel a la bodega. ¿Vas a pensar en ello?

Se apoyó en el auto. Sintió el frío metal en su espalda, mientras que la taza del viaje era cálida en su mano. —No sé si puedo hacerlo. ¿Sería tan malo si llevara pantalones?

Puso una mano en el techo y le miró. —No, lo malo es que pienses que tienes algo que ocultar. Son tus cicatrices, Kat. Las ganaste de la manera difícil. ¿Por qué las estás escondiendo?

Sus palabras de aliento no ahogaron los recuerdos o la humillación que le trajeron. La niña que se echó a llorar cuando vio las cicatrices de Kat y la anfitriona de la fiesta en la piscina pidiéndole que las ocultara o se fuera. O la vez que ella y David trataron de tener relaciones sexuales, pero él no fue capaz de mantener su erección y culpó a su discapacidad.

Pero esas eran excusas, ¿no? Cubriendo la verdad, odiaba pensar lo que había perdido. Le espetó: —Llevaba una falda corta la noche que fuimos atacados. No quiero volver a sentirme expuesta y vulnerable de nuevo. —Ella levantó una ceja— ¿Hablas de mi cicatriz emocional mientras te niegas a hablarme de cosas básicas como de tu familia? —Oh, bueno, la perra estaba de vuelta en servicio.

Sloane dejó caer su cabeza, sus hombros se flexionaron. Casi pasó un minuto antes de que él levantara la mirada. —El tatuaje es mi cicatriz. La S es por Sara, mi hermana. Ella murió. —Miró su brazo— No voy a olvidarlo. Nunca.



El aturdimiento le golpeó primero. Entonces sus palabras se hundieron y el dolor por él le arrancó el corazón. Le ardían los ojos. Ahora entendía por qué no quería hablar de su familia, le dolía demasiado. Pero lo había compartido con ella, porque ella había compartido su cicatriz con él. Poniendo su mano sobre su pecho, sintió el ritmo lento y brutal de su corazón. —Lo siento.

Él cubrió su mano con la suya, sosteniéndola con fuerza. —No puedo…

Ella negó con la cabeza. —No estoy pidiendo que digas nada más. —Sara era suya, la hermana que había perdido. Eso era todo lo que podía compartir con ella. Y era suficiente.

Tal vez incluso demasiado.

Tiempo para que los dos pusieran una cierta distancia. Tenía que ir a trabajar, entrar a su lugar seguro, donde pudiera pensar. Porque si se quedaba allí mucho tiempo, iba a caer en un peligroso terreno emocional con él. A pesar de su mano cubriendo la suya, Kat sabía que él no quería eso.

Ninguno de los dos. Es por eso que tenían un acuerdo.

Para Sloane, respondió: —Voy a pensar en el vestido.

Le soltó la mano. —Me parece bien… —comenzó, cuando sonó el teléfono. Sacándolo, miró la pantalla. Luego se inclinó y la besó— Ve a trabajar, chica panadera. —Dio un paso atrás, puso el teléfono en su oreja y respondió—: Aquí Michaels.

Kat se alejó, buscando las llaves para abrir la puerta de la panadería mientras hacía malabares con su café. Pasó junto a la limusina esperando, pero apenas le prestó atención, de inmediato sintiendo los ojos de Sloane en ella, incluso mientras continuaba su conversación telefónica. El sol estaba saliendo, proyectando largas sombras. El estacionamiento estaba al lado de la panadería, la parte delantera del edificio daba a la calle. Tenía una puerta trasera, pero el frente era más seguro cuando no era plena luz todavía.



Una farola iluminaba la ventana del frente de la panadería. Kat se detuvo, observando. El nombre de la panadería *Sugar Dancer Bakery* ardía en el vidrio de colores brillantes. La S al comienzo y la Y al final se curvaba en la

silueta de una bailarina. Cada vez que lo veía, Kat sentía ese golpe de alegría.

Mío. Había trabajado duro y ahora tenía su propia panadería.

Ya era hora de encender sus hornos. Volviendo de nuevo a la puerta, deslizó la llave.

Una mano cayó pesadamente sobre su hombro.

Kat saltó, dejando caer la taza de viaje. Su corazón se disparó a su garganta. Ella se dio la vuelta y miró al hombre que estaba allí.

David.

¿Qué estaba haciendo aquí? No tenía sentido. La piel alrededor de los ojos estaba hundida. ¿Había dormido en toda la noche? ¿Qué le pasaba? Ansiedad apretó su pecho.

Movió su mano a su brazo. —Vamos a hablar, Katie. Sin interrupciones en esta ocasión. Abre la puerta.

Sus dedos comenzaron a zumbar adormecidos y los bordes de su visión comenzaron a tornarse grises. Su mano se deslizó de las llaves que colgaban de la cerradura.

Tomando aliento, se dijo que mantuviera la calma y el control. —No, suéltame, David. Ahora.

Su labio se curvó con desdén. —Deja de ser infantil. Tenemos que hablar acerca de tus recuerdos. Hay cosas que no entiendes. —Le apretó el brazo— Pero tienes que decirme exactamente lo que recuerdas.

Esto no estaba bien. De pronto aparecer y exigir información después de haberle dejado sola durante años. —Dije que no. —Su voz era más fuerte y un pequeño núcleo de orgullo le calentó—. Si tienes algo que decirme, saca tu mano de encima, retrocede y a continuación voy a escuchar.

Él tiró de ella. —Entra. No tengo la intención de estar aquí para que tu novio pueda jugar al héroe. Ahora abre la puerta.

Cuando un hombre no saca sus manos de ti después de le dijeras que te soltara, considéralo una amenaza.



Las palabras de Sloane resonaban en su cabeza y reaccionó. Inclinó el codo debajo de donde David le abrazaba. Luego se giró con su brazo, rompiendo el control y sacando su mano de encima.

Funcionó. Así como Sloane le había mostrado. Enorgulleciéndose con su éxito, alzó la vista mientras David se lanzaba, agarrando sus hombros.

Sus pupilas estaban contraídas, su respiración acelerada. Manchas de color moteaban su rostro. —Tienes que salir de esto sola. He estado tratando de protegerte. Mantén la boca cerrada y acepta que nos asaltaron esa noche.

Kat se echó hacia atrás. Su sentido de control desapareció. El miedo estalló en sus venas. —¡Aléjate de mí! —Salió ronco y profundo en las sombras de su mente, un recuerdo apareció, un bate de béisbol balanceándose hacia ella.

Dios, ¡detente!

Consecuencia, Dr. Burke.

Niebla gris comió su visión, hasta que sólo podía ver a través de un túnel. El lodo se elevó en su pecho, cortándole el aire. Zumbando en sus oídos.

La boca de David se movió, pero no le oyó.

¡Lucha! ¡Rompe su dominio!

Desesperadamente, perfeccionó ese hilo de voz. Se obligó a respirar, hacer retroceder el pánico. Sus manos estaban entumecidas, pero tenía que intentarlo. Doblando los codos, metió las manos entre las suyas que estaban en los hombros y empujó para romper su agarre.

David golpeo su espalda contra la puerta. Dejando caer sus puños justo por encima de sus codos, le cubrió los brazos para que ella no pudiera luchar contra él, enviando su golpe en una vorágine de pánico.

¡No! No dejaría que esto sucediera. Sloane le había dicho que la lucha era tanto mental como física. *Piensa.* Sus brazos estaban inmovilizados, así que haría uso de sus piernas. *Golpe en la rodilla.*



Equilibrando su pierna buena, le dio una patada, con el objetivo de su rodilla. Pero ella se golpeó la espinilla. Un choque del dolor irradió en su pierna. Retorciéndose para escapar de él, gritó: —¡Vete! —la ira le incitó y golpeó de nuevo.

Le atrajo hacia ella y la golpeó contra la pared. —¡Basta! —Apretó los dedos alrededor de los brazos— No estás escuchando lo que estoy…

Un rugido bajo y vicioso, le interrumpió. Antes de Kat pudiera asimilar que David era arrancado de ella, levantado y arrojado.

Ella se encogió ante el sonido de él golpeando el pavimento y gritando.

Sloane de regreso llenaba su visión. Llevaba la misma camisa de la noche anterior, sólo que ahora las costuras de la tela estaban tensas en sus hombros mientras se flexionaban.

—¡Me atacaste! —le gritó David a Sloane—. ¡Voy a llamar a la policía!

Tragando aire, Kat se inclinó alrededor de la forma grande de Sloane para ver a David levantarse y limpiar la sangre de un rasguño en su brazo. En ese momento, deseaba desesperadamente haberle golpeado. Lamentó no haber estrellado su puño en su nariz y hacerle sangrar. Él se quejaba de que Sloane le había herido, cuando le había estado sacudiendo como un perro de trapo, aterrorizándole. ¿Qué demonios le había pasado? Antes del asalto nunca le había arrojado contra una pared.

Sloane dio un paso hacia David. —Haz eso, idiota. Te vi con las manos sobre Kat. Lo mismo hizo mi conductor en la limusina. Vas a ir a la cárcel.

—¿Yo? —La cara de David estaba en shock— ¡Estoy tratando de ayudarle!

Las manos de Sloane se hicieron puños a sus costados y sus brazos se flexionaron y se hincharon. Incluso sus antebrazos se ondularon. —Le sacudiste. Le golpeaste contra la pared. Tienes suerte de que no te rompiera la mandíbula por eso. —Haciendo una pausa, añadió en un tono suave y mortal—: La próxima vez que la toques, lo haré.

David se tambaleó hacia atrás, agarrándose a un poste de luz. Sus ojos estaban muy abiertos, con la mirada moviéndose alrededor como si buscara ayuda. Kat lo vio todo, algo así como si estuviera viendo un programa de televisión. Algo brilló en su mente, una imagen de otra



escena. Otra vez. *Alguien agarrándole, manteniéndole mientras David sostenía el poste de luz... dolor...*

Luego se desvaneció y la realidad le devolvió a su lugar, dejándole sudorosa y mareada. Sus dedos se estremecieron.

Recuerdos del ataque hace seis años. Por lo general, se producían en sus pesadillas. Pero no podía aferrarse a ellas, siempre se escabullían.

El movimiento le llamó la atención. David corrió y desapareció. Sloane se volvió y se dirigió hacia ella. —Déjame ver tus brazos donde te agarró, Kat. ¿Estás herida?

—¡No! —Desesperada buscando el control, dijo—: No te acerques. —Todo se acercaba a ella. Los recuerdos, el pánico, su incapacidad para luchar contra David y una rabia fea quemando su vientre. No sabía lo mucho que había llegado a odiar a David. Odiaba cuando había estado indefensa, no podía recordar lo que había sucedido la noche del ataque, no sólo le había mentido, sino a su familia. Esta mañana lo demostraba, estaba desesperado porque no recordara.

Y Sloane se alzaba allí, más grande que la vida, después de haberle rescatado otra vez. Si le tocaba, ella se hundiría, perdería el control. Se arrojaría en sus brazos, en busca de la fuerza que le faltaba.

Sólo la idea le daba náuseas. Dejaría de ser Kat, la mujer que estaba luchando muy duro para llegar a ser y volvería a Katie, desesperada por una pizca de cariño.

Sloane se detuvo a unos metros de distancia y extendió las manos a su lado. —No me acercaré más. Sólo dime si estás bien.

Su bondad, su comprensión, casi le empujó al borde. Lágrimas calientes amenazaban con salir y su garganta se sentía espesa. Podía disolverse fácilmente en la debilidad, dejando que otros se preocupen por ella, tomaran sus decisiones...

Ella sería nada. Exactamente lo que su familia pensaba que era.

Se aferró, enderezándose. —Se supone que me enseñas a cuidar de mí misma. No a combatir mis batallas. Ese no es el trato. —Ella confiaría en él y cuando terminaran las cosas entre ellos, él se iría...



Y todas las grietas en ella se romperían. Incapaz de soportarlo, se dio la vuelta y se detuvo ante un destello de dolor caliente en su rodilla. Una vez pasado lo peor, vio las llaves colgando en la cerradura. Rápidamente, abrió la puerta, cojeando hacía el interior, cerrando con llave.

Bloqueado a Sloane, David y al mundo.

Se encerró en el interior.

Sin mirar atrás, se fue a la cocina, encendió una luz y se sentó en el taburete con su bolso todavía colgando de su hombro. Temblando, puso sus manos sobre su mesa de trabajo de acero inoxidable.

En la comodidad de su cocina, su pánico salvaje se calmó y sus pensamientos giraban más lento. Su pecho se relajó y su visión volvió.

Ella había fracasado. Había dejado que David le atrapara en una esquina y luego tuvo un ataque de pánico en toda regla. En vez de usar lo que Sloane estaba enseñándole efectivamente, utilizo torpemente las lecciones, incluso pateándole con la pierna equivocada. Perdiendo su señal.

Y lo peor, mucho peor, cuando oyó la enfurecida voz de Sloane y vio que le sacaba a David de encima, había sido relevada. Alegremente.

Se había metido en esto con Sloane, con la esperanza de llegar a ser más fuerte. Aprender a cuidar de sí misma.

Para no depender de un hombre. Cualquier hombre. Alguna vez.

Su teléfono sonó con un mensaje de texto. Ignorando el latido persistente en su pierna, deslizó el bolso de su hombro y sacó su teléfono. El mensaje era de Sloane.

Necesito saber si estás bien.

Se quedó viendo el texto durante unos minutos. Finalmente, escribió su respuesta:

No estoy herida.

Su pierna no contaba eso, eso era sólo parte de lo que era ahora. Lo envió y se preguntó dónde estaba Sloane. ¿Le había dejado? ¿Estaba sentado en el frente?



Su teléfono sonó de nuevo.

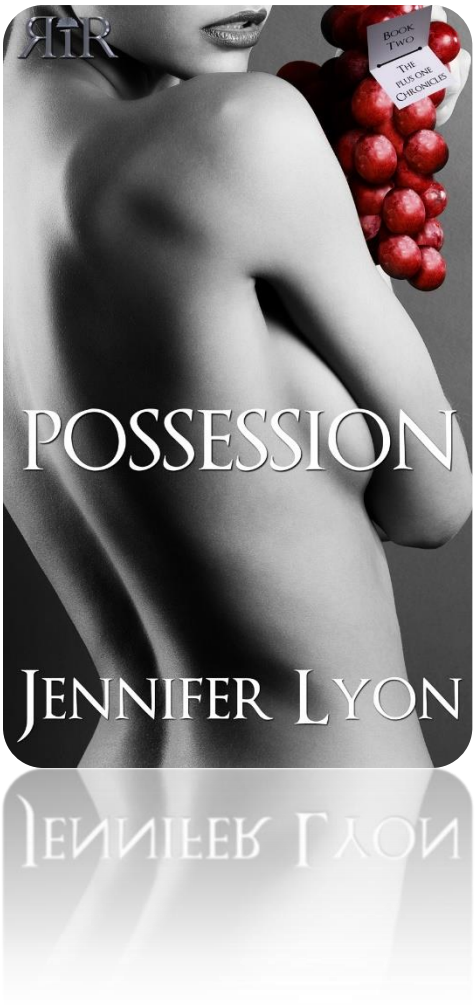
Kat miró el texto y palideció. ¿Se trataba de un error? ¿Era lo suficientemente fuerte como para manejar el ser poseída por Sloane Michaels? Volvió a leer el mensaje:

Él te toca de nuevo y voy a hacerle daño. Mientras estemos juntos, eres mía. Protejo lo que es mío.

Fin



Próximamente



02-Possession (The plus one chronicles serie #2)

El salvajemente sexy billonario Sloane Michael controla despiadadamente su vida y todo lo que hay en ella. Incluso sus parejas sexuales son acuerdos de compañía cuidadosamente negociados, incluyendo la última, la ardiente propietaria de una pastelería, Kat Thayne. Pero el control de Sloane es desafiado cuando su mentor se pone seriamente enfermo y su necesidad por Kat, su necesidad de poseerla a cualquier precio, solo rivaliza con su decidido objetivo de venganza por el asesinato de su hermana.

Después de sobrevivir a un ataque hace seis años, Kat Thayne escapa de sus temores en el mundo protector de su adorada pastelería. Entonces Sloane Michaels irrumpe abruptamente en su vida, haciéndole sentir bella, fuerte y sexy. Mientras Kat pone a prueba sus límites y descubre un peligroso secreto de su pasado, el lado controlador de Sloane emerge. Preocupada de que Sloane posea su mente, cuerpo y alma, Kat lucha por mantener su independencia duramente ganada. Pero justo cuando Sloane demanda su completa rendición, descubre que él tiene un lado oscuro que podría destruirles a ambos.



Acerca del Autor



Jen vive en el sur de California donde continuamente trama formas de convencer a su marido de que deberían tener un perro. Hasta ahora ha fallado en sus esfuerzos perrunos. Se consuela a sí misma vertiendo su pasión en escribir libros. Hasta la fecha, Jen ha publicado más de quince libros, incluyendo una divertida y sexy serie de misterio y una variedad de romances contemporáneos bajo el nombre de Jennifer Apodaca, y una oscura y sugerente serie paranormal como Jennifer Lyon. Ha ganado premios y tiene sus libros traducidos a múltiples idiomas, pero aun así no ha conseguido encontrar una manera de persuadir a su marido de que necesitan un perro.

A Jen le encanta conectar con sus fans. Visita su página web en www.jenniferlyonbooks.com o síguela en https://www.facebook.com/jenniferlyonbooks



Traducido, corregido y diseñado en…



¡Esperamos nos visites!



Fallen Angels